

EL SECRETO DEL *fichaje estrella*

— OFFSIDE HEARTS. —
CORAZONES EN FUERA DE JUEGO 2



SCARLETT SIMMONS

PRESS.



10

EL SECRETO DEL FICHAJE ESTRELLA

Scarlett Simmons

Serie

OFFSIDE HEARTS

Corazones en fuera de juego

(2)

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2026

Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons

Imagen de cubierta generada por IA (ChatGPT)

Distribuido por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE OFFSIDE HEARTS

Corazones en fuera de juego

De Scarlett Simmons

**Bienvenidas a la élite de la Premier League,
donde los contratos se firman con sangre y las
reglas del juego se rompen por amor.**

Dinero, poder, estadios llenos hasta la bandera y portadas salvajes en los medios británicos. Los jugadores del Kingsford FC parecen tener el mundo a sus pies, pero detrás de los focos de los palcos VIP, los flashes de los paparazis y la adrenalina del vestuario, los partidos más difíciles y peligrosos son los que se juegan fuera del césped.

Esta serie de **novelas autoconclusivas de romance deportivo** te sumergirá en el corazón de Londres, donde los despachos del club arden tanto como el campo. A través de sus páginas, descubrirás un universo adictivo de deportistas de élite indomables, secretos de alta sociedad y la asfixiante tensión que surge cuando el deseo choca de frente con las normas de la directiva.

Encuéntralas aquí:



SOBRE MÍ

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



¿Nos seguimos en Facebook?



S.S.

EL SECRETO DEL *fichaje estrella*

— OFFSIDE HEARTS. —
CORAZONES EN FUERA DE JUEGO 2



PRÓLOGO

Noah

CAPÍTULO 1

Maia

CAPÍTULO 2

Noah

CAPÍTULO 3

Maia

CAPÍTULO 4

Noah

CAPÍTULO 5

Maia

CAPÍTULO 6

Noah

CAPÍTULO 7

Maia

CAPÍTULO 8

Noah

CAPÍTULO 9

Maia

CAPÍTULO 10

Noah

CAPÍTULO 11

Maia

CAPÍTULO 12

Noah

CAPÍTULO 13

Maia

CAPÍTULO 14

Noah

[CAPÍTULO 15](#)

[Maia](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Noah](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[Maia](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[Noah](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[Maia](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Noah](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Maia](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[Maia](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[Noah](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Maia](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Noah](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[Maia](#)

[EPÍLOGO](#)

[Maia](#)

PRÓLOGO

Noah

El olor a humedad y a tabaco rancio de aquel hostel de mala muerte en las afueras de Liverpool me revolvió el estómago. No encajaba en absoluto con la tapicería de cuero del coche que había aparcado a dos calles de allí, ni con el reloj de lujo que se ocultaba bajo la manga de mi sudadera. El contraste era ridículo, casi tanto como la rabia que me quemaba el pecho cada vez que me veía obligado a volver a ese rincón del mundo.

Frente a mí, el hombre que compartió su sangre conmigo apuró el vaso de cristal barato. Tenía las manos temblorosas y los ojos inyectados en sangre, fijos en el sobre de color marrón que yo acababa de dejar sobre la mesa coja.

—Esto es lo último —le dije. Mi voz sonó dura, fría, desprovista de cualquier atisbo de afecto—. No habrá más transferencias hasta el mes que viene. Y si se te ocurre llamar a mi madre o acercarte a mi hermana, no verás ni un solo penique más. Cumpliré mi palabra.

Él soltó una carcajada ronca que terminó en una tos seca. Cruzó los brazos sobre la mesa y me miró con una mezcla de lástima y despecho.

—Te avergüenzas de mí, ¿verdad, muchacho? Mírate, con tu ropa de marca y tu cara de no haber roto nunca un plato. Te crees muy listo por haberte cambiado el apellido, pero tienes mi misma zancada. Has heredado hasta mi mismo remate. Todo Londres aplaude tus goles, pero corres gracias a lo que yo te enseñé. Nunca lo olvides, forma parte de ti.

Apreté los puños dentro de los bolsillos. El deseo de estampar su orgullo contra la pared me nubló la vista por un segundo, pero respiré hondo. No me rebajaría a su nivel. Mi madre se dejó la juventud en turnos dobles de limpieza para alejarnos de sus deudas, de sus adicciones y de las portadas de los periódicos que arruinaron nuestra infancia. Yo no iba a echarlo todo a perder por un arrebató de ira.

—Tú no me enseñaste nada. ¿Cuándo crees que lo hiciste si nunca estabas con nosotros? Sufres alucinaciones —respondí de manera tajante mientras dábamos por zanjada la conversación—. Todo lo que tengo lo gané el día que decidí borrar tu rastro de mi vida. No malgastes mi dinero. Y ni se te ocurra pronunciar mi verdadero nombre en voz alta.

Me di la vuelta sin esperar una respuesta y salí a la calle. El aire frío de la tarde me endureció el rostro más todavía, pero no logró calmarme. Pasé por la recepción para dejar pagados tres meses; si se le daba todo el dinero a él, lo gastaría en sus adicciones en vez de en pagar el alojamiento. Como en otras ocasiones, iba todo lo camuflado que podía para que no me reconocieran, aunque cada vez dudaba más de conseguirlo si sabían quién era él. No podía ni quería arriesgarme a cargar con su fama y que afectara a mi carrera profesional justo cuando empezaba a despegar.

Tres días después, me subí a un avión rumbo a la capital para firmar el contrato de mi vida con el Kingsford Football Club, después de haber pasado la última temporada jugando en España. Todo el mundo creía que me iba a Londres para convertirme en el nuevo héroe de la Premier League, pero la realidad era otra muy distinta.

Iba para esconderme, con el objetivo de proteger a mi madre y a mi hermana, que no pudieron trasladarse a España conmigo. Y, sobre todo, me mudaba convencido de que nadie sería capaz de derribar el muro que había construido a mi alrededor.

Qué equivocado estaba.

CAPÍTULO 1

Maia

La sala de prensa del Kingsford FC siempre me había parecido el vivo reflejo de un teatro de ópera, aunque bastante más despiadado. Aquella tarde, el aire acondicionado resultaba a todas luces insuficiente para combatir el calor sofocante y la expectación de los casi cien periodistas que nos agolpábamos en las hileras de asientos de cuero negro. El club no solo presentaba a su nuevo delantero centro; presentaba la inversión más alta de su historia, un fichaje capaz de hacer temblar los cimientos de la Premier League y de reavivar el acoso de los medios británicos, hambrientos de carne fresca.

Ajusté los auriculares de mi grabadora y repasé mis notas en el portátil. A mi izquierda, dos reporteros de un conocido diario sensacionalista comentaban entre risas los últimos rumores sobre las juergas nocturnas del jugador en su etapa anterior en España. Arrugué el gesto de inmediato. Detestaba ese tipo de periodismo vulgar y superficial. Llevaba cinco años trabajando para la revista deportiva de mayor prestigio del país y me había ganado cada centímetro de respeto en aquel vestuario a base de análisis tácticos rigurosos, seriedad y crónicas impecables. No me interesaba con quién se acostaba el nuevo héroe de Londres; me interesaba saber si sus piernas valían los ochenta millones de libras que el club acababa de desembolsar.

Un murmullo generalizado interrumpió mis pensamientos cuando la puerta lateral se abrió de par en par.

En primer lugar entró Olivia Ward, la flamante directora de comunicación del Kingsford. Su sola presencia transmitía una seguridad aplastante; vestía un impecable traje de chaqueta oscuro y caminaba con la tranquilidad de quien ya había lidiado con suficientes crisis mediáticas en ese club como para inmutarse por un pasillo lleno de flashes. Detrás de ella aparecieron el entrenador, el presidente Arthur Pendelton y, finalmente, el hombre en el que se concentraron todas las miradas y el feroz tableteo de las cámaras fotográficas.

Noah Hayes.

Su sola presencia física cortaba la respiración. Rozaba los dos metros de altura, poseía una envergadura imponente y vestía un traje de tres piezas confeccionado a medida que acentuaba la rectitud de sus hombros. Avanzó hacia la mesa presidencial con paso firme, casi militar, desprovisto de la típica sonrisa ensayada que los futbolistas suelen exhibir en estos eventos de gala. Tenía una mandíbula cuadrada, marcada por la tensión, y el cabello oscuro perfectamente recortado. Sin embargo, lo que verdaderamente llamaba la atención eran sus ojos: un par de iris verdes, gélidos y sumamente afilados que escudriñaron la sala entera como si se enfrentase a un batallón enemigo en lugar de a los medios de comunicación.

Se sentó en el centro de la mesa y cruzó las manos sobre la superficie de madera, ocultando las muñecas bajo los puños de la camisa blanca. Olivia tomó la palabra a través del micrófono para dar las gracias a los asistentes, dar la bienvenida oficial al jugador y establecer las normas de la rueda de prensa. Se notaba su mano experta en la organización, pero Noah ni siquiera se molestó en mirarla a ella o al entrenador. Mantuvo la vista al frente, fija en un punto indeterminado de la pared del fondo, con una actitud blindada que la mayoría de los presentes interpretó al instante como pura y llana arrogancia.

El Presidente agradeció a Noah Hayes que aceptara venir al equipo y dijo alguna cosa más que no registré porque era lo de siempre.

—Bien, abrimos el turno de preguntas —anunció Olivia con voz clara y profesional, escaneando las filas con la mirada, cuando el Presidente acabó su discurso. Esa era la señal para llamar mi atención—. Por favor, esperen a que les llegue el micrófono e identifíquense con su medio antes de formular la pregunta.

Las manos se alzaron en masa. Los primeros tres periodistas se limitaron a lanzar las preguntas amables de siempre: que si estaba feliz de llegar a Londres, que si el vestuario lo había recibido bien o cuántos goles prometía marcar en su primera temporada. Noah contestó a todos con monosílabos, con una voz ronca y profunda, desprovista de entusiasmo, empleando un tono cortante que generó los primeros cuchicheos de incomodidad entre la prensa. Aquel chico no quería estar allí. Se notaba a leguas que despreciaba el circo mediático y que consideraba las entrevistas una soberana pérdida de tiempo.

Decidí que ya era suficiente de formalidades inútiles. Alcé el brazo con firmeza y el asistente me tendió el micrófono. Me puse en pie despacio, alisando la falda de mi vestido, y esperé a que los murmullos cesaran.

—Maia Thawne, para la revista *Tactical Football* —me presenté con voz clara y pausada, asegurándome de sostenerle la mirada—. Bienvenido a Londres, Noah. Las estadísticas de su última temporada reflejan un rendimiento excepcional durante los primeros dos tercios del campeonato, pero también muestran un bajón preocupante de efectividad en los últimos dos meses, coincidiendo con los rumores sobre su posible traspaso. Dado que llega a un club con una presión mediática asfixiante y un vestuario que lleva años sin levantar un título, ¿debemos interpretar esa irregularidad como una falta de resistencia psicológica ante la incertidumbre profesional, o considera que la Premier League le exigirá un nivel de madurez que hasta ahora no ha demostrado tener fuera del campo?

La pregunta cayó como una losa de hormigón en la sala de prensa. Varios compañeros se giraron para mirarme, unos divertidos y otros escandalizados por mi franqueza directa. A un lado de la mesa, vi que Olivia Ward arqueaba una ceja, sorprendida pero manteniendo su habitual compostura.

Noah, que hasta ese momento se había limitado a responder con la mirada perdida en el infinito, reaccionó de inmediato. Su cabeza giró con lentitud hacia mi posición y, por primera vez desde que entró en la sala, clavó sus ojos verdes directamente en los míos. Sentí una punzada de calor en la boca del estómago ante la intensidad de su escrutinio. No había calidez en su rostro, solo una furia fría, sutil y contenida que habría hecho titubear a cualquiera. Pero yo no di un paso atrás. Sostuve el micrófono con fuerza y mantuve mis hombros firmes, desafiándolo en silencio a que esquivase el golpe.

El delantero apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó ligeramente hacia el micrófono, sin apartar la vista de mí ni un solo segundo. Se hizo un silencio sepulcral en la estancia, roto únicamente por el siseo del aire acondicionado.

—Las especulaciones de los periódicos no entran al terreno de juego, señorita Thawne —contestó de manera tajante, arrastrando cada palabra con una ironía gélida—. Mi rendimiento en el césped habla por sí solo, y los ochenta millones que este club ha pagado demuestran que sus directivos confían en mi madurez bastante más que usted. Si le preocupa mi resistencia psicológica, le sugiero que se siente en la primera fila de la grada el próximo domingo. Así tendrá una vista privilegiada para comprobar cómo hago mi trabajo, en lugar de perder el tiempo analizando gráficos desde su oficina. Siguiente pregunta.

Se apartó del micrófono con brusquedad, dando la espalda a mi intervención con un desprecio absoluto. Olivia Ward, intervino con rapidez para rebajar la tensión del ambiente, y señaló apresuradamente a otro reportero para reconducir el acto.

Me senté despacio, sintiendo las pulsaciones aceleradas en las sienes. El pulso me iba a mil por hora, no por miedo, sino por la tremenda descarga de adrenalina. Noah Hayes se creía intocable tras su fachada de tipo duro y su talento indiscutible, pero acababa de cometer un error garrafal conmigo. Su reacción defensiva y su soberbia desmedida me confirmaron justo lo que sospechaba: debajo de esa armadura de millonario arrogante, había una fibra sensible y un secreto que intentaba proteger a toda costa.

Abrí mi libreta con una sonrisa gélida y apunté una única frase en la página en blanco: «Noah Hayes: un gigante con pies de barro. Hora de empezar a excavar».

La guerra profesional acababa de comenzar, y yo no tenía la más mínima intención de perderla.

CAPÍTULO 2

Noah

El nudo de la corbata empezó a molestarme antes incluso de cruzar el umbral de la sala de prensa. Me la aflojé un par de centímetros con dos dedos, inspirando el aire fresco del pasillo interior del estadio. No estaba enfadado, pero sí sentía una extraña inquietud que me subía por el estómago, una sensación de alerta que no recordaba haber tenido en todo el año que pasé jugando en España. Allí las ruedas de prensa eran intensas, pero lo de esta tarde en Londres había sido harina de otro costal.

Caminé despacio, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje, hasta que unos pasos rápidos llamaron mi atención a mis espaldas.

—Noah, un segundo, por favor.

Me detuve y me giré para encontrarme con Olivia Ward. La directora de comunicación del Kingsford caminaba hacia mí con la tranquilidad de una profesional que ya está de vuelta de todo, aunque sus ojos reflejaban una ligera preocupación.

—Buen trabajo ahí dentro —me dijo, con una bonita sonrisa de cortesía—. Has mantenido el tipo, pero te he notado un poco tenso al final. Bienvenido a la Premier League. Aquí los medios de comunicación no te van a dar ni un solo día de tregua.

—Gracias, Olivia. Estoy acostumbrado a la presión, pero esa última pregunta... —Dejé la frase en el aire, frunciendo el ceño—. No iba a mala fe, supongo, pero ha ido directa a darme donde duele. ¿Quién era esa chica?

Olivia se cruzó de brazos y dejó escapar un suspiro, apoyando la espalda contra la pared del pasillo.

—Se llama Maia Thawne. Es la redactora jefa de *Tactical Football*, la revista de fútbol más leída del país —explicó, mirándome con seriedad—. Y te sugiero que tengas mucho cuidado con ella, Noah. Maia no busca el cotilleo barato, ni te va a preguntar con quién sales por la noche. Lo suyo es el análisis puro y duro. Es inteligente, es meticulosa y tiene un instinto asombroso para detectar cuándo un jugador esconde algo o no está al cien por cien. Si ha notado ese bajón de rendimiento en tus últimos meses en España, no va a parar hasta averiguar el motivo. Llévate mucho cuidado, de verdad. No dejes que te cale.

Un escalofrío helado me recorrió la espina dorsal, aunque me esforcé por mantener el rostro completamente inexpresivo. «No va a parar hasta averiguar el motivo». Esas palabras resonaron en mi cabeza como una campana de alarma. Mi reacción en la sala no había sido por arrogancia; había sido puro instinto de supervivencia. Cuando esa periodista mencionó mi vida fuera del campo y mi resistencia psicológica, por un segundo absurdo pensé que lo sabía todo. Pensé en el hostel de Liverpool, en las llamadas de mi padre, en las deudas y en el verdadero apellido que tanto me había costado borrar de los registros del fútbol profesional.

—Descuida, sé cuidarme solo —respondí, suavizando el tono para no parecer desagradecido—. No he venido a Londres a hacer amigos en los periódicos, sino a marcar goles. Ella puede escribir los análisis que quiera.

—Eso espero, Hayes —concluyó Olivia, dándome una palmada afectuosa en el hombro—. Mañana es tu primer día y te queremos ver a primera hora en el campo de entrenamiento. Descansa. Estos actos promocionales agotan.

Nos despedimos y continué el camino hacia el aparcamiento subterráneo. Media hora después, entraba en la suite del hotel de lujo donde el club me había alojado provisionalmente, hasta que encontrara una casa segura y con toda la privacidad posible. Dejé las llaves sobre la cómoda de la entrada y caminé por el espacioso salón hasta el gran ventanal. Las vistas de Londres eran espectaculares, y

nada más, era todo lo que tenía de especial; la suite me resultaba extrañamente fría y ajena. Había un par de cajas a medio abrir en una esquina con mis cosas básicas, el resto aguardaba en casa de mi madre, y un par de maletas sobre el soporte del vestidor. Tras mi año en Madrid, regresar a Inglaterra implicaba empezar de cero, y lo primero que necesitaba era encontrar una casa de verdad, un hogar con jardín donde mi madre y mi hermana pudieran venir sin sentirse en un escaparate dentro de un hotel.

Me quité la chaqueta del traje, la arrojé sobre la cama y me senté en el borde del colchón con el teléfono móvil en la mano. Tenía la intención de llamar a mi madre para contarle que la presentación había terminado, pero mis dedos actuaron por su cuenta en la barra del buscador de internet.

Tecleé el nombre de Maia Thawne junto al de su revista.

Aparecieron decenas de crónicas firmadas por ella. Me tumbé de lado, con la cabeza apoyada en la almohada, y pasé la siguiente hora leyendo sus textos. El estómago se me fue apretando a medida que avanzaba. Olivia no exageraba en absoluto. Sus análisis tácticos eran brillantes, limpios y desprovistos de cualquier tipo de floritura innecesaria. Desarmaba los partidos con la precisión de un cirujano y señalaba los errores de los delanteros de forma clara y sin posicionarse del lado de ningún equipo.

Maia no buscaba un titular escandaloso; buscaba la verdad del juego. Y eso la convertía en la persona más peligrosa de todo Londres para mí, porque no se limitaba a hacer una crítica de lo que pasaba, sino que buscaba la causa. Y lo que menos me convenía era que rebuscaran en mis asuntos.

Bloqueé la pantalla y dejé el teléfono sobre la mesilla de noche, me tumbé y me dediqué a contemplar el techo de la suite en penumbra, sin encender las luces y sin haber pedido la cena. Estaba abatido y triste en la soledad de la suite y, a la vez, ilusionado por la nueva etapa que empezaba; tenía que hacerlo bien y ser muy cuidadoso.

El domingo era el primer partido de liga y debutábamos en casa. Sabía perfectamente que ella estaría allí arriba, en el palco de prensa, observándome con su libreta y sus ojos atentos.

Me tapé la cara con el brazo, soltando un suspiro largo. Tenía que concentrarme en el fútbol y en buscar una maldita vivienda donde mudarme cuanto antes para gozar del máximo de intimidad y que ni siquiera una periodista demasiado puntillosa metiera las narices donde no debía.

CAPÍTULO 3

Maia

El aroma a césped recién cortado y el murmullo ensordecedor de sesenta mil almas inundaban la atmósfera de Kings Crown Stadium aquella tarde de domingo. El ambiente de la Premier League poseía una electricidad única, un magnetismo que te atrapaba las entrañas tanto si te sentabas en los banquillos como si lo hacías en la última fila del palco de prensa. Ocupé mi asiento habitual en la zona reservada para los medios de comunicación, colgué mi acreditación del cuello y coloqué el ordenador portátil sobre la pequeña mesa de madera. A mi alrededor, el tecleo frenético de mis compañeros y las conexiones en directo de las cadenas de televisión generaban un ruido de fondo constante, un zumbido que yo ya había aprendido a aislar por completo después de tantos años en el oficio.

Antes de que los jugadores saltaran al campo, aproveché para revisar las alineaciones oficiales que el departamento de comunicación acababa de distribuir. Al ver el nombre de Noah Hayes en el once titular, una leve sonrisa me asomó a los labios. Recordé su mirada gélida del jueves pasado y las advertencias veladas que corrían por los pasillos sobre su carácter reservado. No me importaba lo más mínimo. Para mí, aquel chico era un folio en blanco que requería un análisis minucioso, desprovisto de los prejuicios que los medios británicos ya empezaban a tejer a su alrededor.

Ajusté los prismáticos analógicos que siempre me acompañaban y enfoqué directamente el túnel de vestuarios. Faltaban apenas diez

minutos para el inicio del encuentro y la expectación por el debut del delantero era máxima. Toda la prensa aguardaba el momento con los colmillos afilados, listos para encumbrarlo al Olimpo o para destrozarlo en las portadas del lunes si no daba la talla.

Cuando la fila de camisetas oscuras del Kingsford FC asomó por el pasillo, mis ojos lo localizaron al instante. Noah caminaba en penúltima posición, sobresaliendo por encima de la mayoría de sus compañeros con esa envergadura imponente que lo hacía parecer un coloso de piedra. No llevaba la mirada perdida ni mostraba la menor señal de nerviosismo; al contrario, sus iris verdes escudriñaban el graderío con una fijeza que denotaba una concentración absoluta. Se recolocó las medias, saltó al césped con el pie derecho y corrió hacia el círculo central con una zancada potente, elegante y felina que evidenciaba su impecable estado físico.

Durante la primera mitad del encuentro, me limité a registrar cada uno de sus movimientos en mi libreta de anotaciones tácticas, ajena por completo a las conversaciones superficiales de los reporteros que se sentaban a mi izquierda. No utilicé gráficos genéricos ni me dejé llevar por el entusiasmo de las jugadas ensayadas; me concentré exclusivamente en su colocación, en sus desmarques y en la forma en que buscaba el espacio libre entre los defensas centrales rivales. Su nivel técnico resultaba innegable. Había traído de su año en España un control de balón exquisito, un juego al primer toque que agilizaba las transiciones del Kingsford y una capacidad de protección de la pelota soberbia, usando su cuerpo como un escudo infranqueable.

Sin embargo, mi instinto me decía que algo fallaba en el engranaje. Había una milésima de segundo de retraso en sus giros, una leve indecisión a la hora de pedir el pase al hueco que solo alguien que conociera al milímetro su trayectoria en Madrid sería capaz de percibir. Noah jugaba con una cautela excesiva, como si temiera cometer un error que atrajera demasiada atención sobre su persona. Estaba blindado, cumpliendo las órdenes del entrenador a rajatabla, pero sin arriesgar esa genialidad individual que lo había convertido en el fichaje estrella del verano. No era un problema de calidad, sino de contención; corría como si llevara una mochila

invisible llena de piedras, una tensión oculta que se manifestaba en la rigidez de sus hombros cada vez que el balón se alejaba de su zona de influencia.

En el minuto setenta y cinco, con el marcador empatado a uno y la tensión a punto de ebullición en las gradas, llegó el momento decisivo que todo el estadio reclamaba. El extremo derecho del Kingsford desbordó a su marcador con un cambio de ritmo endiablado y puso un centro raso, tenso y envenenado al corazón del área pequeña. Fue ahí donde Noah demostró por qué el club había apostado una fortuna por él. Anticipándose al portero con una intuición asombrosa, metió la punta de la bota de manera limpia y sutil, desviando la trayectoria de la pelota justo lo necesario para colarla por la escuadra izquierda.

El estadio estalló en un rugido unánime que hizo vibrar los cristales del palco. Los aficionados se pusieron en pie, agitando las bufandas del Kingsford, mientras Noah corría hacia el banderín de córner para celebrar el tanto con los brazos abiertos y la cabeza alta. Sus compañeros lo rodearon de inmediato, saltando sobre él y golpeándole la espalda con júbilo, pero él mantuvo una extraña serenidad en mitad de la locura colectiva.

Aparté los ojos de la pantalla del ordenador y lo enfoqué de nuevo con los prismáticos mientras regresaba a su posición para el saque de centro. Esperaba ver la típica expresión de triunfo absoluto, la euforia desmedida del héroe del partido. En su lugar, encontré un rostro serio, casi aliviado, que buscó la tribuna superior del estadio de manera inconsciente. Alcé un poco más la lente y me di cuenta de que sus ojos verdes apuntaban con precisión matemática hacia la fila de la prensa. Hacia mí. Fue un destello apenas perceptible, un segundo de conexión visual en la distancia antes de que el árbitro hiciera sonar el silbato, pero resultó suficiente para hacerme sonreír de medio lado. Sabía perfectamente que se acordaba de mi pregunta del jueves. Sabía que ese gol iba dedicado, en parte, a callarme la boca y a demostrarme que su madurez dentro del terreno de juego estaba fuera de toda duda.

Cuando el partido concluyó con la victoria del Kingsford, redacté mi crónica con una velocidad envidiable, espoleada por la adrenalina

del momento. No escatimé en elogios hacia su gol, que estructuralmente había sido impecable, pero mantuve mi postura analítica sobre su falta de agresividad en los balones divididos durante la primera mitad y esa contención que tanto me intrigaba. Apagué el ordenador, guardé mis pertenencias en el bolso de cuero y abandoné las instalaciones con una sensación de profunda satisfacción profesional. Noah Hayes era un enigma fascinante, un futbolista extraordinario que jugaba con el peso del mundo sobre las espaldas, y yo estaba completamente decidida a desentrañar cada una de las capas que componían su misterio, por mucho que él intentara levantar sus muros defensivos.

Me fui de allí convencida de proponerle a mi jefe un reportaje del jugador y dispuesta a investigar por mi cuenta si la respuesta fuera un no.

CAPÍTULO 4

Noah

El agua fría me golpeó la nuca con fuerza, pero no logró despejarme la cabeza por completo. El vestuario era un hervidero de risas, música a todo volumen y gritos de celebración por los tres primeros puntos de la temporada, pero yo me sentía extrañamente ajeno a toda aquella euforia colectiva. Me apoyé contra los azulejos de la ducha, cerré los ojos y dejé que las gotas me limpiaran el sudor y el cansancio acumulado tras los noventa minutos de brega sobre el césped.

Había marcado el gol de la victoria en mi debut. Eso debería haber sido suficiente para otorgarme una noche de paz absoluta y acallar las dudas sobre mi fichaje, pero la realidad era que me sentía inquieto. La maldita pregunta de esa periodista en la rueda de prensa del jueves se me había quedado grabada como una astilla molesta. Cuando busqué la zona de prensa tras el gol, lo hice por puro orgullo, por demostrarle a esa tal Maia que se equivocaba al cuestionar mi resistencia psicológica. Era un fastidio saber que alguien intentaba buscar una grieta en mi armadura desde el primer día.

—Los solteros vamos a celebrarlo en un club del centro, ¿te vienes, novato?

—Gracias, Mason, no. Más adelante, cuando esté instalado —me escabullí con una excusa tonta para disimular mi falta de ganas.

Me sequé deprisa, me vestí con unos vaqueros oscuros y una sudadera negra cómoda, y abandoné las instalaciones del club casi

dos horas después del pitido final. Agradecí internamente que Olivia Ward me hubiera liberado de la zona mixta; no tenía cuerpo para aguantar más micrófonos.

El verdadero problema surgió cuando llegué a la suite del hotel. El reloj de la mesilla marcaba casi la medianoche, el subidón de adrenalina del partido me impedía conciliar el sueño y el estómago me rugió con fuerza. Descarté de inmediato el servicio de habitaciones; la idea de esperar cuarenta minutos a que un camarero me trajera un plato precocinado en mitad de aquel silencio me agobiaba. Necesitaba moverme, estirar las piernas y despejar la mente del eco del estadio.

Me puse las zapatillas, cogí las llaves del coche y bajé al aparcamiento. Recordaba haber visto un supermercado gourmet de veinticuatro horas en una de las avenidas principales de Kensington, a diez minutos de allí. Era un local enorme, enfocado a una clientela de alto poder adquisitivo, lo que garantizaba que a esas horas de la madrugada estaría prácticamente desierto.

Aparqué en la puerta y entré en el establecimiento. La iluminación de los pasillos era intensa, casi cegadora en comparación con la penumbra de la calle. Cogí una cesta de plástico y caminé despacio hacia la sección de productos frescos, buscando algo rápido para cenar. Me detuve frente a la estantería de los lácteos, con el ceño fruncido, concentrado en comparar las etiquetas de un par de yogures griegos orgánicos. En Madrid tenía un nutricionista que me lo controlaba todo, pero en Londres me tocaba apañarme solo hasta que lograra asentarme en una casa de verdad.

Fue en ese preciso instante cuando el sonido de unos pasos ligeros rompió el silencio del pasillo contiguo. Ladeé la cabeza despacio, abandonando los yogures en la estantería, y miré hacia el extremo del pasillo.

Se me cortó la respiración de golpe y los músculos se me tensaron por completo.

Maia estaba allí, a menos de tres metros de distancia. Llevaba el cabello ligeramente húmedo por la fina lluvia que caía sobre la capital, una gabardina de color arena abierta sobre un jersey de punto fino y unos vaqueros oscuros. Sostenía una pequeña cesta de

la compra con una mano mientras examinaba con atención unos envases de comida preparada. Tenía aspecto de cansada, con unas leves ojeras bajo los ojos que delataban que llevaba horas sin dormir. Aun así, me di cuenta de que era más bonita de lo que pensé la primera vez que la vi, sin la careta de periodista implacable.

Intenté retroceder por el pasillo opuesto antes de que me descubriera, pero el movimiento hizo que mi zapatilla chirriara contra el suelo pulido.

Maia alzó la vista de inmediato, alertada por el ruido. Sus ojos castaños se abrieron con sorpresa al reconocermela, pero tardó apenas un segundo en recuperar su habitual expresión severa y analítica. Se cruzó de brazos, sosteniéndome la mirada con una frialdad que me devolvió al instante la desconfianza que me transmitió el jueves.

Londres tenía casi diez millones de habitantes, y era demasiada casualidad que coincidiéramos a las doce y media de la noche en la sección de refrigerados de un supermercado de Kensington.

—Vaya —pronunció ella, rompiendo el silencio con una voz carente de calidez—. Noah Hayes comparando marcas de lácteos de madrugada. Eso sí que es una exclusiva que mi revista no vio venir.

—¿Me estás siguiendo, señorita Thawne? —le acusé sin rodeos, dando un paso al frente y entornando los ojos. Mi tono sonó duro, cortante, desprovisto de cualquier amabilidad—. Porque el estadio ya ha cerrado y creo que mi lista de la compra no entra dentro de tus competencias periodísticas.

Ella arqueó una ceja, claramente ofendida por mi acusación, y dejó escapar una risa seca, carente de humor.

—¿Seguirte? No te creas tan importante, Hayes. Vivo a tres calles de aquí y vengo de cerrar la crónica de tu partido. Algunos tenemos que trabajar hasta tarde para ganarnos el sueldo, no como otros que solucionan su papeleta empujando un balón en el minuto setenta y cinco. Por cierto, veo que buscas el yogur desnatado. ¿Cuestión de dieta o es que te gusta que las cosas no tengan sabor?

—Me gusta comprar en paz —repliqué de forma borde, dejando el envase de mala gana en la estantería—. Y me gusta que la gente no meta las narices en lo que hago fuera del terreno de juego.

Maia dio un paso hacia mí, acortando la distancia. No había dulzura en su rostro, solo el brillo afilado de una periodista que olía la sangre y disfrutaba con la provocación.

—A veces es imposible no mirar, Noah —soltó con una ironía gélida, ladeando la cabeza—. Sobre todo cuando alguien se esfuerza tanto por ocultarse. Sabes, me tienes intrigada; resulta curioso que un futbolista recién llegado de España, con un contrato de ochenta millones, elija un supermercado de veinticuatro horas en lugar de los locales exclusivos que frecuentan sus compañeros. Me consta que han salido de marcha, ¿por qué no has ido? Es casi como si buscaras el anonimato a la desesperada. Como si tuvieras pánico de que alguien rasque un poco en la superficie y descubra que el gran fichaje del Kingsford esconde algo que no quiere que salga a la luz. ¿O es que no te gusta salir? Eso sí que es raro.

Aquellas palabras me cayeron como un cubo de agua helada en mitad del pecho. Sentí una punzada de pánico real, un zarpazo de alarma que me aceleró el pulso de golpe. La advertencia de Olivia Ward regresó a mi mente con una fuerza devastadora: «Tiene un instinto asombroso para detectar cuándo un jugador esconde algo». Maia no mencionó a mi padre, ni el hostel de Liverpool, ni las deudas, pero aquella frase sobre que escondo algo sonó demasiado directa, demasiado intencionada como para ser una simple coincidencia.

Apreté el asa de mi cesta con tanta fuerza que los nudillos se me quedaron blancos. Me incliné ligeramente hacia ella, y clavé mis ojos verdes en los suyos, bloqueando cualquier atisbo de debilidad en mi rostro.

—No sé a qué estás jugando —le susurré con voz ronca y amenazante—, pero te sugiero que dejes de inventarte historias para tus artículos. Quédate con tus gráficos y tus estadísticas, y mantente alejada de mi vida; se supone que tu revista solo trata temas deportivos, no la vida personal de cada uno. No me conoces, Maia. No tienes ni la más remota idea de quién soy.

—Tienes razón, no lo sé —respondió ella, sin dar un solo paso atrás, sosteniéndome el pulso con una firmeza que me crispó los

nervios—. De momento. Buenas noches, Noah. Que disfrutes de la cena.

Se dio la vuelta con parsimonia, colgándose el bolso del hombro, y se marchó por el pasillo central hacia las cajas.

Me quedé estático junto a la estantería de los lácteos, respirando con dificultad y sintiendo cómo la rabia y la incertidumbre me carcomían por dentro. Miré mi cesta, completamente vacía, y me di cuenta de que se me había quitado el apetito por completo. Dejé la cesta sobre el suelo y caminé a zancadas hacia la salida, con el único deseo de salir de aquel maldito lugar.

Mientras conducía de regreso al hotel bajo la lluvia, la cabeza no paraba de darme vueltas. ¿Había sido una provocación aleatoria para ponerme nervioso, o verdaderamente estaba investigándome? La duda me quemaba las entrañas. Maia acababa de convertirse en una amenaza directa para la seguridad de mi familia, y supe, con una certeza que me heló la sangre, que si esa mujer seguía escarbando, arruinaría todo lo que tanto me había costado ocultar.

CAPÍTULO 5

Maia

No pegué ojo en toda la noche. El tic-tac del reloj de mi salón me acompañó hasta que los primeros rayos de sol rasgaron el cielo gris de Londres, pero mi mente seguía estancada en el pasillo de refrigerados de aquel supermercado de Kensington.

«No me conoces, Maia. No tienes ni la más remota idea de quién soy».

La voz ronca de Noah Hayes se repetía en mi cabeza como un eco molesto. Me serví una taza de café bien cargado y me apoyé contra la encimera de la cocina, contemplando el vapor que ascendía del líquido oscuro. Todavía me costaba asimilar la escena. Había visto a ese chico a través del objetivo de mis prismáticos hacía apenas unas horas, imponente, aclamado por sesenta mil personas bajo los focos de Kings Crown Stadium. Y, de pronto, allí estaba: a mitad de la madrugada, desprovisto de su armadura de futbolista millonario, con una sudadera vieja y una mirada que destilaba pura desconfianza.

Pero lo que verdaderamente me inquietaba no era la casualidad del encuentro, sino su reacción.

Noah no se había limitado a mostrarse esquivo o molesto por la presencia de una periodista, algo habitual en los jugadores de su nivel. Su respuesta fue defensiva, casi visceral. Cuando le solté aquel comentario irónico sobre su empeño en ocultarse y sus posibles secretos, sus ojos verdes, de un tono esmeralda tan intenso y afilado que me obligó a contener el aliento, brillaron con un destello que no era simple arrogancia. Era pánico. Un pánico frío, sutil y

perfectamente camuflado tras una fachada de tipo duro, pero pánico al fin y al cabo.

Como redactora jefa de táctica, mi trabajo consistía en leer los detalles que los demás pasaban por alto. En el campo, Noah jugaba con el freno de mano echado; fuera de él, reaccionaba ante una pregunta casual y sin intención como si alguien apuntara con un arma hacia su cabeza.

Dejé la taza vacía en el fregadero, me vestí con un traje de chaqueta entallado y salí hacia la redacción de *Tactical Football*. El trayecto en el metro me sirvió para ordenar mis prioridades profesionales. Tenía claro que no pretendía convertirme en una reportera de cotilleos; aborrecía las exclusivas baratas sobre la vida privada de los deportistas. Sin embargo, el comportamiento de Noah Hayes afectaba de manera directa a su rendimiento sobre el césped. Había una desconexión evidente entre su indudable talento y la rigidez de su juego, y yo necesitaba entender el motivo si quería escribir crónicas que aportaran un valor real a nuestros lectores.

Al llegar a la oficina, el ambiente era un caos absoluto. El triunfo del Kingsford FC abría todas las secciones deportivas y mis compañeros andaban revolucionados con las estadísticas del debut del delantero.

—Maia, necesito que mires esto —me dijo Marcus, uno de los redactores analistas, nada más verme entrar—. El artículo que publicaste anoche sobre la contención táctica de Hayes está funcionando de maravilla en la web, pero el club acaba de enviar una nota. Las solicitudes para entrevistas individuales con él están cerradas hasta nuevo aviso. Olivia Ward ha blindado al chico.

—¿A todos los medios o solo a nosotros? —pregunté, mientras encendía mi ordenador y me colocaba los auriculares de diadema.

—A todos. Dice que el jugador necesita adaptarse a la ciudad y centrarse exclusivamente en los entrenamientos. Pero me huelo que tu pregunta del jueves tuvo algo que ver. Le tocaste las narices, jefa.

Sonreí para mis adentros, recordando la distancia de apenas medio metro que nos separó unas horas antes en Kensington. Noah no quería que nadie se acercase, y Olivia Ward le hacía de escudo protector. Aquello no hizo más que confirmar mis sospechas: el gran

fichaje del Kingsford arrastraba una carga pesada, una debilidad que intentaba proteger a toda costa detrás de sus muros de piedra.

Pasé el resto de la mañana sumergida en bases de datos, repasando sus años de formación en las categorías inferiores de Liverpool antes de su salto a la liga española durante un año, donde se destapó como el gran jugador que es. Busqué registros, actas de partidos antiguos y entrevistas de su adolescencia. Todo parecía extrañamente limpio, demasiado idílico para un chico que mostraba semejante nivel de alerta ante la prensa. No había escándalos, ni salidas nocturnas conflictivas, ni declaraciones fuera de tono. Su expediente era impecable. Era como si su vida hubiera comenzado el día en que debutó en el fútbol profesional, dejando un vacío absoluto en los años previos.

A mediodía, el cansancio empezó a pasarme factura y decidí tomarme un descanso. Salí al balcón de la redacción para respirar un poco de aire fresco y despejar la mente del runrún de la oficina. Saqué mi teléfono móvil y contemplé la pantalla durante unos segundos. Tenía el número directo de Olivia Ward en mi agenda gracias a los años que llevábamos colaborando en el sector, y sabía que si alguien podía darme una pista sin saltarse el código ético, era ella.

Marqué el número antes de arrepentirme. El tono de llamada sonó tres veces antes de que una voz clara y profesional respondiera al otro lado de la línea.

—¿Maia? Dime que no me llamas para pedirme una exclusiva con Hayes porque te vas a llevar una decepción —saludó Olivia, aunque percibí un tono de complicidad en su voz.

—Hola, Olivia. Enhorabuena por la victoria de ayer, el equipo estuvo fantástico —respondí, apoyando los brazos en la barandilla de metal—. Y no, no te llamo por la entrevista. Sé perfectamente cómo están las cosas. Solo quería comentarte una curiosidad. Me crucé con tu nuevo delantero anoche, muy tarde, en un supermercado de Kensington.

Se hizo un silencio repentino al otro lado de la línea. Fue apenas un segundo, pero resultó lo suficientemente largo como para que mi

instinto de periodista se pusiera en guardia. Olivia Ward no era una mujer que se quedara sin palabras fácilmente.

—¿En un supermercado? —repitió—. Vaya, no sabía que Noah fuera de los que hacen la compra a deshoras. Pensaba que preferiría el servicio de habitaciones del hotel.

—Pues ya ves, estaba allí. Y la verdad es que tuvimos una conversación un tanto... peculiar —continuó, midiendo cada palabra con cuidado—. Le hice un comentario inocente sobre su juego y se lo tomó de una manera tremendamente personal. Se puso a la defensiva de inmediato, como si pensara que lo estaba investigando o que buscaba trapos sucios sobre su vida. Me pareció una reacción muy desproporcionada para un simple encuentro casual.

Olivia soltó un suspiro largo a través del auricular, y esta vez su tono abandonó la ligereza corporativa para volverse mucho más serio y directo.

—Maia, escúchame bien. Te conozco desde hace años y sé lo minuciosa que eres con tu trabajo, pero te lo pido como favor personal: deja en paz a Noah. Él ha venido a Londres a jugar al fútbol y a ganarse el respeto de la afición en el campo. Ha pasado un año complicado en España con la presión de los medios y lo último que necesita es que la prensa empiece a buscar fantasmas donde no los hay. Ten un poco de consideración.

—Yo siempre soy considerada con los jugadores, Olivia. Sabes perfectamente que no hago periodismo de cotilleo —repliqué, frunciendo el ceño—. Pero su nivel de alerta no es normal. Reacciona como si escondiera algo grave.

—No esconde nada, Maia. Simplemente es un chico tímido, solo, muy celoso de su intimidad, que se está adaptando a una ciudad nueva —sentenció Olivia con firmeza—. Déjalo estar, de verdad. Concéntrate en el análisis táctico, que es lo tuyo, y no te metas en camisas de once varas. Tengo que colgar, nos vemos el próximo fin de semana en el estadio.

La llamada se cortó antes de que pudiera replicar. Me aparté el teléfono de la oreja y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta, con una sonrisa gélida dibujada en los labios. Olivia Ward acababa de cometer el mayor error posible con alguien como yo. Al pedirme de

forma tan insistente que lo dejara en paz y al ponerse tan tensa, no había hecho más que confirmarme que mis sospechas eran cien por cien acertadas. Noah Hayes no era un simple futbolista tímido; ocultaba una carga enorme, y el club lo sabía perfectamente.

Regresé a mi mesa de trabajo con una energía renovada. La advertencia de Olivia, lejos de frenarme, había encendido una chispa insoportable de curiosidad en mi interior. Mi apellido era Thawne, y en mi familia nadie se echaba atrás cuando un misterio se ponía interesante. Si Noah creía que sus miradas amenazantes y el escudo protector del departamento de comunicación iban a hacerme retroceder, estaba muy equivocado. La conversación del supermercado no había sido el final de nada; había sido el detonante de una obsesión profesional que no pensaba abandonar hasta obtener respuestas. Si Noah quería guerra, la tendría. Y la próxima vez que nos encontráramos en una zona mixta, me aseguraría de que sus ojos verdes descubrieran que yo no era una periodista fácil de intimidar.

Me senté frente al ordenador y abrí una carpeta nueva en mi disco duro privado, una que no compartía con ningún otro redactor de la revista. Tecleé el nombre del jugador en el encabezado y guardé el enlace de la única pista que me quedaba por explorar: las actas de nacimiento y los registros civiles de la ciudad de Liverpool, el lugar donde se suponía que se había criado antes de marcharse al extranjero. Tenía claro que no pretendía airear sus trapos sucios en una portada sensacionalista, pero necesitaba entender con qué clase de gigante me estaba enfrentando en esta guerra profesional. Y estaba dispuesta a llegar hasta el final para averiguarlo.

CAPÍTULO 6

Noah

Detestaba los trajes de etiqueta casi tanto como las ruedas de prensa, pero Olivia Ward había dejado muy claro que la asistencia a la gala anual con la prensa de inicio de temporada del Kingsford FC era obligatoria para toda la plantilla. El evento se celebraba en un majestuoso salón de un hotel de cinco estrellas en Mayfair, un escenario propenso al exceso donde el champán corría sin límite y las joyas de los invitados brillaban bajo las enormes lámparas de cristal. Todo el mundo sonreía, todo el mundo aparentaba y, lo peor de todo, la sala estaba inundada de periodistas.

Me pasé la primera hora de la noche sintiéndome un auténtico impostor entre la multitud. Aquel ambiente asfixiante de alta sociedad me recordaba demasiado a la clase de lujos efímeros que sepultaron la carrera de mi padre, y la incomodidad se me reflejaba en la rigidez de los hombros. Por suerte, Sebastian Everton, el capitán del equipo, me vio desubicado cerca de la entrada y me acogió de inmediato debajo de su ala. Sebastian transmitía una autoridad natural, tranquila y desprovista de humos, probablemente contagiada por su relación con Olivia. Se quedó a mi lado un buen rato, presentándome a algunos directivos y amortiguando las preguntas incómodas de los patrocinadores con una soltura que le agradecí internamente con el alma.

Fue mientras Sebastian hablaba con un miembro de la junta directiva cuando mis ojos se desviaron, por puro instinto, hacia el

centro del salón. Andaba buscando una ruta de escape hacia la terraza, pero me topé con algo muy diferente. Ahí la vi.

Se me cortó la respiración por un instante. Maia acababa de entrar en la zona principal y resultaba imposible ignorarla. Su vestido de seda de un color verde botella profundo contrastaba de manera espectacular con la palidez de su piel. El diseño, de líneas sencillas pero elegantísimo, se ceñía a su cintura y caía hasta el suelo con una caída limpia, dejando sus hombros completamente al descubierto. Tenía el cabello recogido en un moño alto, un par de mechones sueltos enmarcándole el rostro y una copa de vino blanco sujeta entre los dedos.

Pero lo que verdaderamente me paralizó no fue el vestido, sino su actitud. Maia se movía entre los invitados con una soltura envidiable. Sonreía con sinceridad, bromeaba con los fotógrafos de la entrada y charlaba de manera animada con cualquiera que se le acercase. Era una chica alegre, llena de luz, una faceta que no tenía nada que ver con la versión gélida e implacable que me había mostrado en el supermercado o en la sala de prensa. Verla reír de esa manera, tan libre de las cargas que a mí me aplastaban los días, me provocó una punzada de algo muy parecido a la envidia. Estaba preciosa, una realidad que me golpeó el pecho con la fuerza de un balonazo y que me obligó a tensar la mandíbula para disimular el impacto.

El punto fuerte de la velada llegó con el tradicional sorteo benéfico. Me despedí de Sebastian y subí los escalones del escenario cuando el presentador pronunció mi nombre, ya que los nuevos éramos los encargados de ser la mano inocente. Además, se nos otorgaba el privilegio de decidir a qué organización iba destinada la recaudación de la cena. Metí la mano en el recipiente de cristal, saqué la papeleta y me acerqué al micrófono para anunciar el resultado.

—El ganador de esta noche de un pase VIP para toda la temporada es el señor Abernathy, y la recaudación se destinará íntegramente a la Fundación Hope, un centro de rehabilitación y apoyo para personas con problemas de adicciones graves en el norte del país —anuncié.

Un murmullo sutil recorrió las primeras filas. La mayoría de mis compañeros elegían fundaciones infantiles o escuelas de fútbol base. Destinar semejante cantidad de dinero a un centro de drogodependencia resultaba inusual, casi chocante en un entorno tan pulcro.

Al bajar del escenario, busqué la barra para recuperar mi copa de agua mineral, deseando huir de las miradas curiosas. Sin embargo, no alcancé a dar tres pasos antes de que Maia se interpusiera en mi camino, obligándome a detener el avance de golpe. La calidez y las sonrisas que había repartido por el salón desaparecieron al instante; al mirarme, sus ojos castaños recuperaron ese brillo afilado de cazadora.

—Vaya, Hayes —comenzó ella, ladeando la cabeza con una sonrisa helada—. Una elección bastante peculiar para el nuevo chico de oro del Kingsford. La mayoría de tus compañeros prefiere asociar su imagen a causas más... fotogénicas de cara a las marcas de publicidad. ¿A qué se debe ese repentino interés por las clínicas de desintoxicación?

Me mantuve firme, con mis ojos verdes clavados en los suyos. Por suerte, yo preveía que algo así podía pasar y me sabía la respuesta de memoria porque no era la primera vez que me la hacían. La había ensayado mil veces frente al espejo de mi hotel para que sonara natural, impecable y definitiva.

—No hay ningún misterio, Maia —respondí, adoptando un tono de voz sereno y profesional—. El fútbol de élite nos otorga una plataforma inmensa, y creo que es nuestra responsabilidad visibilizar problemas reales que la sociedad prefiere ignorar, sobre todo de cara a los jóvenes que nos admiran. Las adicciones destruyen miles de familias en este país cada año. Si cincuenta mil libras sirven para que un chaval tenga la oportunidad de recuperar las riendas de su vida y alejarse del fango, considero que es un dinero mucho mejor invertido que en cualquier campaña de marketing.

El discurso fue fluido y desprovisto de fisuras. Cualquier otra persona se habría tragado la milonga filantrópica, pero Maia no era una periodista cualquiera. Dio un paso hacia mí, acortando la distancia de tal manera que el sutil aroma a jazmín de su piel volvió

a nublar-me los sentidos. Exhalaba una sensualidad abrumadora, deliberada, un arma que utilizaba sin el menor reparo para desestabilizarme mientras sostenía mi escrutinio. Se humedeció los labios despacio antes de clavar la vista en mi boca.

—Un discurso impecable, de verdad —susurró, inclinándose un poco—. Casi parece que lo llevaras escrito en el reverso de la mano desde hace años. Tienes una respuesta perfecta para cada pregunta, una excusa ideal para tus compras nocturnas y una declaración maravillosa para tus obras de caridad. Eres como un mecanismo de relojería, Noah. Pero a los relojes que van tan sincronizados siempre les pasa lo mismo: les aterra que alguien les abra la tapa trasera y les toque los engranajes. ¿O hay algún otro motivo para que te interese la Fundación Hope que no me quieras contar?

De nuestras bocas salían auténticos cuchillos encubiertos en mitad de la música clásica que sonaba de fondo. La rabia me encendió la sangre, mezclada con una frustración salvaje por la cercanía de su cuerpo y la provocación descarada de su mirada. Aquella mujer me estaba desquiciando. Estaba jugando con fuego, arrojándose demasiado al borde del precipicio que ocultaba mi secreto, y ni se inmutaba.

—¿Qué pasa aquí, Hayes? ¿Es que os odiáis tanto que no podéis estar en la misma habitación sin intentar degollaros con la mirada?

La voz burlona de Aiden, el centrocampista estrella del equipo y uno de los pesos pesados del vestuario, interrumpió el ambiente asfixiante que nos rodeaba. Se acercó a la barra con una sonrisa pícaro, acompañado por un par de jugadores de las categorías inferiores que miraban la escena con evidente diversión.

Me obligué a apartar los ojos de Maia con un esfuerzo supremo y miré a mi compañero con rigidez.

—Solo intercambiábamos impresiones sobre el evento, nada más —respondí de manera cortante, con la voz notablemente más ronca.

—Sí, claro. Impresiones —replicó Aiden, guiñándole un ojo a Maia de forma cómplice—. Tómatelo con calma, Maia, que este tío acaba de llegar y todavía tenemos que conseguir que nos pase algún balón en el área. No me lo dejes traumatizado antes del próximo partido.

Maia guardó silencio, limitándose a dar un sorbo pausado a su copa de vino mientras me sostenía una última mirada cargada de ironía y de un desafío que me dejó el pulso temblando. Se despidió de Aiden con un gesto cariñoso y se alejó hacia la zona de las mesas, con un contoneo de caderas que hacía que el tejido de seda de su vestido verde oscilara con suavidad a cada paso.

Me quedé estático junto a la barra, apretando el vaso de agua mineral con tanta fuerza que temí romper el cristal entre mis dedos. El sudor frío me recorría la nuca y la incertidumbre me carcomía por dentro. Temí que Maia Thawne hubiera encontrado la primera pista real sobre mi pasado gracias a esa maldita donación, aunque también podía ser paranoia mía que tendía a creer que cualquier gesto o palabra me delataba, aunque mi interpretación estuviera a años luz de la realidad. Lo que no me estaba imaginando era la forma en que Maia me provocaba, mezclando su agudeza profesional con esa sensualidad insultante. Todo ello la convertía en la criatura más peligrosa de Londres. Tenía que detenerla antes de que fuera demasiado tarde, costara lo que costara.

CAPÍTULO 7

Maia

El sonido de los tacones contra el suelo de parqué de mi piso me pareció insoportablemente ruidoso en mitad del silencio de la madrugada. Me desabroché la cremallera del vestido verde botella con un suspiro de alivio, la seda resbaló hasta el suelo rozando mi piel y recordé que nadie me acariciaba desde hacía tiempo; tanto trabajar no me dejaba tiempo para una vida privada normal para una chica de mi edad. Me lo repetía cada día, me lo decía mi madre y, aun así, no era capaz de reducir mi carga de trabajo: me gustaba demasiado. Me puse una camiseta de algodón vieja de la Universidad de Boston, donde pasé un año glorioso. El glamour de la gala del Kingsford FC se había evaporado en el instante en que crucé el umbral de mi casa, pero la adrenalina seguía intacta, quemándome por dentro.

Me metí en la cama y apagué la luz, dispuesta a dormir, pero fue una causa perdida. Me pasé casi una hora dando vueltas entre las sábanas, contemplando el reflejo parpadeante de las farolas de la calle contra el techo del dormitorio. Tenía el cuerpo agotado, pero la mente funcionaba a mil revoluciones por hora, atrapada en los detalles de la noche.

Todavía sentía el eco de la música clásica en los oídos y, sobre todo, la vibración extraña que había flotado en el aire durante mi conversación con Noah. Su mirada verde, tan afilada y hostil en la barra del bar, se me había quedado grabada a fuego. Nos habíamos lanzado auténticos cuchillos envueltos en sonrisas de cortesía, y la

corriente eléctrica que había fluctuado entre nosotros mientras Aiden Brooks bromeaba, todavía me ponía la piel de gallina.

Había una contradicción fascinante en él que no me dejaba en paz. Por su físico imponente, por su estatura de coloso y por los ochenta millones que el club había pagado, Noah Hayes tenía todas las papeletas para ser el típico futbolista fanfarrón, ligón y soberbio que domina las fiestas de la Premier League. Sin embargo, se empeñaba en mantenerse en un segundo plano. Se mostraba esquivo, tímido con los patrocinadores y extrañamente incómodo bajo los focos mediáticos. ¿Por qué alguien con el mundo a sus pies elegía actuar como un fugitivo?

Cansada de pelear contra el insomnio, me incorporé en la cama, encendí la lámpara de la mesilla y estiré el brazo para coger el ordenador portátil. El aparato pesaba sobre mis muslos y la luz de la pantalla me obligó a entornar los ojos unos segundos en mitad de la penumbra del cuarto.

—Fundación Hope —susurré, a la vez que tecleaba el nombre en el buscador.

La intuición rara vez me fallaba. Mi trabajo en la revista consistía precisamente en leer los pequeños detalles que los demás pasaban por alto en los esquemas tácticos, y ahora aplicaba ese mismo ojo clínico a la actitud del delantero. Para mí, la mente del jugador era tan importante como su físico. Empecé a investigar sobre ello y fijarme en todos los aspectos de cada futbolista a raíz del aclamado gol de Iniesta en la final del Mundial de Sudáfrica, cuando ni siquiera era periodista, pero sí una fanática del fútbol gracias a mi padre. Los jugadores necesitan estabilidad o una mente fría muy entrenada para poder rendir en el campo. Y en Hayes había algo que hacía que su mirada y su actitud fueran, ¿cómo decirlo?, ¿hurañas, huidizas? Su discurso sobre la juventud y el fango de las adicciones había sido demasiado fluido, un guion perfecto aprendido de memoria para salir del paso. He asistido a demasiadas ruedas de prensa como para notar un discurso aprendido de uno espontáneo, que salga de dentro. Noah Hayes temía que esa elección levantara sospechas, y precisamente por eso la había justificado con tanta vehemencia.

La página web del centro de rehabilitación de adicciones mostraba la típica fachada institucional y pulcra. Sin embargo, gracias a la estricta Ley de Transparencia británica, todas las organizaciones benéficas que recibían fondos o exenciones fiscales estaban obligadas a publicar sus informes financieros anuales y sus balances de cuentas. Descargué los documentos en formato PDF de los últimos cinco años, dispuesta a analizar las cifras con calma.

A medida que pasaba las páginas del balance, mis dedos se detuvieron en la sección de ingresos. El centro se gestionaba de manera muy humilde, pero había un detalle técnico que llamó mi atención de inmediato: la enorme cantidad de donaciones privadas de carácter completamente anónimo que sostenían la estructura. En este tipo de fundaciones del norte de Inglaterra, las aportaciones sin nombre eran habituales, pero los picos de capital de los últimos ejercicios resultaban sospechosos. Coincidían en el tiempo, casi al milímetro, con los grandes hitos de la carrera de Noah en el extranjero. ¿Sería casualidad?

No había nombres, ni registros bancarios directos, ni magia informática que yo pudiera hacer desde mi cama para romper ese anonimato. Pero la coincidencia temporal estaba ahí, latente, desafiando mi lógica periodística. La clínica principal estaba ubicada a las afueras de Liverpool, la ciudad en la que él se había criado.

Tomé varias notas mentales, uniendo los puntos con cautela. Tenía una corazonada sólida, pero los números del documento no bastaban para construir una crónica seria. Necesitaba información real, de esa que no se publicaba en los balances de transparencia ni se colgaba en internet.

«El lunes a primera hora llamaré directamente a la sede de la fundación», decidí, cerrando el ordenador con suavidad y dejándolo sobre la alfombra.

Aprovechando el revuelo mediático de la gala y las cincuenta mil libras del sorteo benéfico, llamaría con el pretexto de preparar un reportaje de perfil humano sobre el impacto de la donación del Kingsford FC en el centro. Era una excusa profesional impecable, una puerta trasera perfecta para charlar con los directores de la clínica o con los voluntarios veteranos sin levantar las alarmas. Algún

administrativo descuidado o algún enfermero con buena memoria terminaría soltando un dato, un apellido o una conexión local con el pasado del jugador, si es que la había. Cabía la posibilidad de que estuviera errando el tiro y Noah solo tuviera un mal de amores, el típico rechazo a mudarse de alguna novieta española. Podría ser, desde luego, pero eso no restaba ni un ápice mi interés por seguir investigando. Prefería equivocarme a dejar cabos sueltos.

«Sí, ese es un buen plan», me dije a mí misma, acomodando la almohada para intentar conciliar el sueño por fin.

La única duda que me carcomía mientras la luz de la habitación se apagaba era si debía poner al corriente a mi jefe de redacción o si era mejor actuar por libre. Si informaba a la dirección de la revista, se activarían los protocolos habituales, abrirían una investigación formal y la presión sobre el club aumentaría, algo que no quería hacer porque valoraba mi relación profesional con Olivia Ward. No pretendía enfadar a nadie, ni buscaba iniciar una caza de brujas contra el fichaje estrella de la temporada; solo necesitaba entender, porque odiaba dejar hilos abiertos. Ese era uno de mis defectos y de mis virtudes como periodista.

Pero Noah Hayes me tenía intrigada. Su misterio se había convertido en un reto intelectual que me tocaba de cerca, y la perspectiva de descubrir qué se ocultaba detrás de esos ojos verdes tan cargados de desconfianza resultaba demasiado tentadora como para compartirla con nadie más. De momento, jugaría mis cartas en solitario y con cuidado, convencida de que el siguiente asalto de esta particular partida se libraría muy pronto.

CAPÍTULO 8

Noah

El motor del coche ronroneó en silencio cuando me detuve frente a la enorme verja de hierro forjado. Al otro lado del cristal, la propiedad se alzaba con una elegancia imponente, rodeada de castaños centenarios y un manto de césped impecable que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Estaba en una de las urbanizaciones más exclusivas de las afueras de Londres, un reducto de paz protegido por un despliegue de seguridad privada digno de una embajada. Cámaras de vigilancia de última generación, patrullas constantes y un control de acceso estricto garantizaban que ningún fotógrafo ni periodista con exceso de curiosidad pudiera aproximarse a menos de un kilómetro. Por eso era el lugar que gente famosa del mundo del cine, de la televisión y de los deportes, elegía para vivir.

El agente inmobiliario me acompañó en un recorrido rápido por las estancias. La casa era espaciosa, luminosa y, sobre todo, segura. Tenía un gran jardín trasero donde mi hermana podría estar sin sentirse observada y suficientes habitaciones para albergar los restos de nuestra rota familia. No quise mirar más opciones; la suite del hotel se me caía encima y necesitaba un cuartel general con urgencia. Firmé el precontrato de alquiler allí mismo, sobre la encimera de mármol de la cocina, y pagué una fianza desorbitada sin pestañear. El dinero, por primera vez en mi vida, ya no era un obstáculo.

Nada más subirme al coche para regresar a las instalaciones del club, busqué el teléfono móvil y marqué el número de mi madre.

Necesitaba darle la noticia. El tono sonó cuatro veces antes de que su voz, siempre teñida de esa fatiga crónica que arrastraba desde hacía años, respondiera al otro lado de la línea.

—¿Noah? Hola, cielo. ¿Cómo estás? —preguntó, e intenté descifrar su estado de ánimo a través de ese simple saludo.

—Hola, mamá. Muy bien. Acabo de salir de una propiedad a las afueras de la ciudad y ya he firmado los papeles para el alquiler —anuncié, apoyando el brazo en la ventanilla—. Es perfecta. Tiene una seguridad increíble, jardín y espacio de sobra. Quiero que preparéis las maletas. Ya podéis veniros a vivir conmigo, tanto tú como Kimberly. Se acabó lo de estar escondidas en Liverpool.

Se produjo un silencio denso al otro lado de la línea, uno de esos silencios que me encogieron el estómago al instante. Escuché el suspiro pesado de mi madre y supe que la respuesta no sería la que yo esperaba.

—Noah, hijo... agradezco con el alma todo lo que haces por nosotras, de verdad —comenzó a decir con un hilo de voz titubeante—. Pero no es tan sencillo. Nuestra vida entera está aquí, en Liverpool. Mis pocas amigas, la rutina que tanto me ha costado construir para no volverme loca... Además, Kimberly está muy nerviosa con el tema de los estudios y un cambio más puede alterarla demasiado. Los diecisiete son muy difíciles, sobre todo para empezar de cero, y aquí creo que la tengo controlada.

—Mamá, Londres está lleno de oportunidades —le repliqué, apretando el volante con fuerza—. Kimberly podría ir a una de las mejores universidades del país. Yo me ocuparía de todos los gastos, de la matrícula, de lo que hiciera falta. Estaríamos juntos. Podría protegerlos.

—Lo sé, pero hay algo más —me interrumpió ella, y el tono de su voz cambió por completo, volviéndose temeroso y sombrío—. Ayer me llamaron de la clínica. Los responsables de la Fundación Hope se pusieron en contacto conmigo para informarme de la situación. Han conseguido localizarlo tras su última crisis, en el hostel que dijiste, y... lo han ingresado de nuevo, Noah. Tu padre está otra vez bajo tratamiento.

La mención de mi padre me cayó encima como una losa de hormigón. Sentí un escalofrío helado en la espina dorsal y la inquietud me atenazó las entrañas. Cada vez que ese hombre entraba en un centro, el frágil equilibrio que tanto nos costaba mantener amenazaba con saltar por los aires. Los fantasmas del pasado regresaban siempre con más fuerza, dispuestos a cobrarse sus deudas.

—¿Está controlado? —pregunté con voz ronca, incapaz de articular otra frase.

—De momento sí, pero ya sabes cómo funciona esto. No sé qué pasará si decide firmar el alta voluntaria o si intenta escapar y buscarnos otra vez en pleno delirio. Por eso prefiero no tomar decisiones precipitadas sobre irnos de aquí. Puede que nos necesite. Déjame pensarlo, ¿de acuerdo? Te quiero, hijo. Concéntrate en el fútbol.

La llamada concluyó y me quedé mirando la pantalla del teléfono con la mente sumida en un auténtico caos. La tranquilidad que me había aportado el alquiler de la casa se disipó por completo, sustituida por una preocupación sorda que me acompañó durante todo el trayecto de vuelta hacia el campo de entrenamiento.

Dos horas más tarde, me encontraba en las instalaciones del Kingsford FC. Había completado la sesión de gimnasio en solitario para soltar los músculos, pero la cabeza seguía en otra parte. Justo cuando cruzaba el pasillo interior hacia los vestuarios, una silueta imponente me cortó el paso.

Alistair McGregor, el entrenador jefe del equipo, me observaba con los brazos cruzados sobre el pecho. McGregor era un escocés de la vieja escuela, un tipo de rostro curtido por el viento y ojos pequeños que parecían capaces de leer los pensamientos de cualquiera. No utilizaba rodeos con sus jugadores; su fama de hombre directo y exigente lo precedía en toda la Premier League.

—Hayes, a mi despacho un momento —ordenó con su marcado acento escocés, reforzado por una palmada en mi hombro que me obligó a enderezar la postura.

Lo seguí en silencio hasta la estancia, un lugar sobrio decorado con pizarras tácticas y fotografías de antiguos campeonatos.

McGregor se sentó tras su escritorio y me indicó la silla de enfrente con un movimiento de cabeza. Me acomodé en el asiento, manteniendo la espalda recta y la mirada fija en mi superior.

—Vamos a hablar claro, muchacho —empezó el míster, apoyando los codos en la mesa—. Has marcado el gol de la victoria el domingo, sí, y la prensa se ha deshecho en elogios contigo. Pero yo no soy un periodista en busca de titulares que vendan. Llevo toda la semana observándote en los entrenamientos y sé perfectamente que no estás aquí al cien por cien. Tienes la cabeza en otra parte.

—Estoy bien, míster. Solo es el proceso habitual de adaptación —intenté justificarme, con un tono suave totalmente forzado.

—No me vengas con tecnicismos —me cortó McGregor, tajante—. Entiendo perfectamente que mudarse a un país nuevo, asimilar un traspaso millonario y lidiar con la presión de Londres requiere un tiempo de transición. Eso pasa siempre, con todos los fichajes. Pero nadie tarda tanto en meterse en la dinámica del grupo como tú. Estás ausente, Noah, y apenas interactúas con tus compañeros. No olvides que sois un equipo. He visto que juegas con una cautela que me desespera en el campo, como si tuvieras miedo a cometer un error que rompa algo a tu alrededor. Y tus compañeros me dicen que siempre estás solo.

El entrenador hizo una pausa, escrutándome con una fijeza que me resultó incómoda. Removió unos papeles sobre la mesa antes de continuar.

—El club dispone de una estructura excelente para estas situaciones. Si necesitas hablar con el psicólogo del equipo, o si requieres cualquier asistencia especial para solucionar asuntos personales, solo tienes que decírmelo. Mi trabajo es darte las herramientas para que rindas en el césped, pero tú tienes que poner de tu parte. Te necesito centrado, Noah. No dentro de un mes. Te necesito ya.

Tragué saliva, asimilando la reprimenda con disciplina. No podía permitir que McGregor sospechara que el motivo de mi distracción era un asunto familiar tan grave, y mucho menos que una periodista andaba husmeando en mis secretos. Me pensé mucho si decirle quién era mi padre y al final preferí callar para no condicionar su

trato hacia mí. Para salir de este atolladero en el que me acababa de meter, decidí utilizar la única excusa válida que tenía a mano para desviar la atención.

—Tiene razón, míster, y le pido disculpas —respondí, mirándolo directamente a los ojos—. He estado un poco intranquilo estos días por el asunto de la vivienda. Estar metido en una suite de hotel con las maletas sin abrir me resultaba agobiante. Pero precisamente hoy he encontrado una casa adecuada a las afueras. Ya he firmado el contrato de alquiler, así que ese problema está resuelto. A partir de mañana, mi único objetivo será el equipo.

Omití cualquier mención a mi madre, a mi hermana y al reingreso de mi padre en la Fundación Hope. McGregor asintió despacio, sin dejar de mirarme, y parecía que aceptaba la explicación, aunque su rostro no se relajó por completo.

—Me alegra escuchar eso, chico —concluyó el escocés, se apoyó en el respaldo de su silla y su mirada se relajó—. Le diré a Olivia que envíe al equipo de logística del club para que te ayuden con la mudanza y el transporte de tus pertenencias. De ese modo abreviaremos los plazos y no perderás el tiempo con cajas y camiones. Pero recuerda nuestro trato, Hayes: te queremos concentrado en el balón. A ver si esa supuesta estabilidad que acabas de conseguir en tu vida personal se nota en tu rendimiento en el próximo partido. Puedes marcharte.

Me puse en pie, le di las gracias con un asentimiento educado y abandoné el despacho con una opresión en el pecho que no lograba hacer desaparecer. El club me ofrecía todas las facilidades del mundo, el entrenador me exigía el máximo y yo acababa de alquilar una fortaleza para proteger a los míos. Todo parecía encaminado, pero la realidad era que los muros empezaban a agrietarse antes incluso de haber mudado la primera caja. Las palabras de mi madre sobre el regreso de mi padre y el recuerdo de la mirada sagaz de Maia Thawne en la gala se mezclaron en mi mente, configurando una amenaza invisible que amenazaba con destruir mi carrera en el Kingsford FC antes de que lograra arrancar por completo.

A veces me preocupaba que todos estos peligros que me acechaban estuvieran solo en mi mente. Decidí guardar la opción del

psicólogo para cuando me viera desbordado, si es que eso llegaba a ocurrir.

CAPÍTULO 9

Maia

El murmullo de las conversaciones cruzadas y las risas de un sábado por la noche inundaban el reservado del restaurante del Soho. Observé a mis amigos a través del borde de mi copa de vino, y sentí una calidez en el pecho que hacía meses que no experimentaba. Estaban Sarah, mi compañera de la universidad que ahora editaba en una revista de moda, y David, un fotógrafo de viajes que siempre regresaba con historias inverosímiles de rincones perdidos del mundo. Hacía demasiado tiempo que mis fines de semana se reducían a portátiles encendidos, estadísticas de partidos de madrugada y tazas de café frío en la cama. Había decidido que aquello tenía que cambiar; la vida no podía ser solo una obsesión constante por descifrar el siguiente enigma táctico o desentrañar los secretos de futbolistas herméticos. Necesitaba respirar, reír y recordar lo que era tener veintiséis años en una ciudad como Londres.

—...y entonces David intentó convencer al guía de que su equipo de cámaras era material médico —relató Sarah, provocando una carcajada unánime en la mesa.

Me uní a las risas de manera genuina, empeñada en que la ligereza de la conversación me arrastrara lejos de las bases de datos de la revista. Durante unas horas, el nombre de Noah Hayes no cruzó por mi mente, y la molesta y atractiva imagen de sus ojos verdes bajo las luces del salón de la gala se desdibujó por completo.

Me sentía libre, relajada y decidida a no cerrarme tanto en las cuatro paredes de la redacción.

Esa renovada promesa de equilibrio personal, sin embargo, se puso a prueba apenas dos días después.

El lunes por la tarde, Olivia Ward me llamó para cubrir un evento inusual, junto a otros tres periodistas de otros medios seleccionados por ella. El Kingsford FC abría las puertas de su centro de alto rendimiento para una sesión fotográfica exclusiva con una prestigiosa marca de relojes de lujo suizos, el nuevo patrocinador oficial del club. Como redactora jefa de una revista especializada, me correspondía coordinar las notas técnicas sobre el impacto comercial del acuerdo, lo que me obligaba a trasladarme a las instalaciones de entrenamiento.

Cuando entré en el pabellón cubierto, transformado temporalmente en un plató fotográfico con enormes focos y pantallas reflectoras, lo vi en el centro del escenario. Noah vestía un traje de corte impecable, sin corbata, con los primeros botones de la camisa blanca abiertos y un imponente reloj de esfera oscura en la muñeca izquierda. El fotógrafo le daba indicaciones precisas mientras los flashes estallaban de forma intermitente, capturando las líneas duras de su rostro y esa presencia física tan imponente que llenaba el espacio por sí sola. Lo miré sin el filtro periodístico que solía usar y, como mujer, me di cuenta de lo impresionante que era. ¿Cuánto tiempo hacía que no compartía cama con alguien como él? Un cosquilleo delator me recorrió los muslos y el vértice que los une.

Sacudí ligeramente la cabeza para espantar esos pensamientos y me mantuve en un segundo plano, junto a los técnicos de iluminación y el resto de periodistas, anotando un par de detalles en mi cuaderno digital. Me prometí a mí misma mantener una distancia estrictamente profesional. No iba a ser la periodista intensa que lo perseguía con preguntas incómodas; de hecho, durante la breve rueda de prensa que el club organizó justo después con los medios en la sala contigua, me limité a escuchar. Varias agencias preguntaron por los contratos, y yo permanecí sentada en la tercera fila, con los brazos cruzados, sin pedir el micrófono en ningún momento.

A través de la sala, noté cómo Noah buscaba mi posición con la mirada entre el tumulto de redactores. Cuando se dio cuenta de que la ronda de preguntas terminaba y yo no había intentado atacarlo ni interrogarlo sobre su rendimiento o su fundación, sus hombros se relajaron de manera visible. Vi flaquear por un instante esa armadura de desconfianza que siempre exhibía ante mí; sus ojos verdes me observaron con una mezcla de sorpresa y extrañeza, como si tratara de descifrar por qué el sabueso había decidido no morder ese día. Ese sutil bajón en sus defensas me pareció una pequeña victoria silenciosa.

El verdadero giro se produjo al finalizar el acto, cuando la sala comenzó a vaciarse. Me acerqué a la mesa de catering para coger una botella de agua antes de marcharme, convencida de que él ya se había retirado a los vestuarios.

—Vaya, Thawne —la voz profunda y ronca de Noah resonó justo a mi espalda, haciéndome girar de inmediato—. Hoy has estado inusualmente callada ahí dentro. Empezaba a pensar que te habías equivocado de sala o que habías perdido el bloc de notas por el camino.

Me giré despacio, y encontré su figura a menos de un metro de distancia. Sin los focos del plató, su cercanía resultaba todavía más abrumadora. Se había aflojado un poco más el cuello de la camisa y exhalaba un magnetismo puramente físico, una mezcla de perfume caro y la calidez propia de alguien que acababa de terminar una jornada intensa. Su tono no era borde; era casi cordial, teñido de una curiosidad franca que acortaba las distancias entre los dos de una forma nueva.

—Los periodistas también sabemos escuchar, Hayes —respondí, sosteniéndole la mirada con una sonrisa tranquila, desprovista de la hostilidad de nuestros anteriores encuentros—. Además, era una presentación comercial. No creo que te apeteciera discutir sobre la presión del bloque bajo del equipo mientras intentas vender un reloj de lujo.

Noah dejó escapar una pequeña sonrisa, la primera sonrisa real y relajada que le veía desde que llegó a Londres, y el gesto transformó por completo sus facciones duras, volviéndolo peligrosamente

atractivo. La tensión entre nosotros mutó de golpe; ya no era la hostilidad de la sala de prensa ni el pánico del supermercado. Era una vibración sutil, una atracción magnética y eléctrica que flotó en el espacio vacío que nos separaba, acelerándose el pulso de manera imprevista.

—Un detalle por tu parte —admitió él, dando medio paso hacia delante. La distancia se redujo tanto que alcancé a percibir la intensidad de sus pupilas verdes—. Empezaba a creer que tu único objetivo en esta ciudad era hacerme la vida imposible.

—Solo hago mi trabajo, Noah. Y hoy mi trabajo consistía en comprobar si eres tan buen modelo como delantero —le provoqué con suavidad, ladeando la cabeza y recorriendo con la vista la línea de su mandíbula.

El comentario, cargado de una coquetería sutil que se me escapó de las manos, hizo que el ambiente se volviera asfixiante en cuestión de segundos. Noah clavó sus ojos en los míos, y por un instante eterno, el aire pareció congelarse entre nuestras bocas. Vi cómo su mirada descendía un instante hacia mis labios antes de regresar a mis ojos con una intensidad salvaje, un chispazo de deseo puro que nos dejó a ambos inmóviles.

Sin embargo, justo cuando la distancia parecía a punto de disolverse, algo cambió en su mente. Fue un destello casi imperceptible. Recordé la advertencia de Olivia, los secretos de este hombre que yo misma andaba rastreando en mi portátil, y vi cómo Noah recuperaba el control de golpe. Sus facciones se endurecieron, la calidez desapareció de su rostro y dio un paso hacia atrás, levantando de nuevo ese muro de piedra impenetrable que tanto lo caracterizaba.

—Bueno, las fotos ya están hechas —sentenció de manera fría y distante, con los puños cerrados a los lados del cuerpo—. Tengo que volver al vestuario, el míster me espera para la sesión de vídeo. Buenas tardes, Thawne.

Se giró sin darme tiempo a responder, y se alejó a zancadas por el pasillo interior con una rigidez que delataba lo mucho que le había costado forzar esa retirada. Me quedé estática junto a la mesa, respirando hondo para intentar calmar el vuelco que me había dado

el corazón. Noah se había blindado a la desesperada porque, con toda seguridad, había sentido el mismo peligro que yo: la certeza de que, detrás de nuestra rivalidad profesional, empezaba a arder una tensión sexual tan potente que amenazaba con devorarnos a los dos si nos aproximábamos demasiado. No creo que mi intuición me fallara. Lo sentí tan cierto que me dio miedo. Quizá yo también debería blindarme.

CAPÍTULO 10

Noah

El entrenamiento matutino había sido inusualmente duro, bajo una de esas lluvias persistentes que calababan los huesos y convertían el césped en un terreno pesado. Me encontraba en el vestuario, secándome el cabello con una toalla mientras disfrutaba del silencio posterior a la marcha de mis compañeros, cuando el teléfono móvil vibró con insistencia sobre el banco de madera. Al ver el nombre de mi madre en la pantalla, el corazón me dio un vuelco.

Al responder, su voz llegó rota, cargada de una ansiedad que me puso los vellos de punta de inmediato.

—Noah, hijo, menos mal que me coges el teléfono —comenzó a decir, con un hilo de voz tembloroso—. Me han llamado de la clínica. El director de la Fundación Hope se ha puesto en contacto conmigo muy preocupado.

Se me cortó la respiración por un instante. Mi condición de donante anónimo era el secreto mejor guardado de mi carrera; si la junta directiva de la clínica conocía mi verdadera identidad, era única y exclusivamente a través de mi madre, que figuraba como el contacto familiar de mi padre y el enlace para la gestión de los ingresos. Para el resto del mundo, los fondos procedían de una fundación opaca.

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Él está bien? —pregunté, forzando la voz para no contagiarle mi propio pánico.

—Sí, él sigue aislado en su tratamiento, pero el director me ha dicho que ayer por la tarde recibieron una solicitud telefónica muy

extraña de una periodista de Londres. Una tal Maia Thawne, de la revista *Tactical Football*. Utilizó la donación pública de la gala del Kingsford FC como excusa para intentar meter las narices donde no debe. Ha estado haciendo preguntas muy específicas sobre los primeros colaboradores del centro en Liverpool, ha solicitado acceso a las actas fundacionales de hace una década y quería saber qué familias de la ciudad ayudaron a levantar el proyecto. El doctor Harris intuyó que buscaba algo turbio y me ha avisado para que estemos alerta. Noah, ¿esto es por ti? ¿Es casualidad o esa mujer está escarbando en nuestro pasado? Si descubre tu apellido real, si se entera de lo de tu padre...

—Tranquila, mamá. Escúchame bien: no va a descubrir nada —la interrumpí con firmeza, aunque por dentro sentía un frío glacial recorriéndome las venas—. Se ha topado con un muro de confidencialidad y ahí se va a quedar. Yo me encargo de esto. No le digas nada a Kimberly y mantén la calma. De ahí no va a pasar. Te lo prometo.

Colgué el teléfono y me apoyé contra la pared de azulejos, respirando hondo. La certeza de que mis peores miedos se habían cumplido me dejó un sabor amargo en la boca. Maia Thawne no era solo una analista meticulosa; era un sabueso incansable que había decidido ignorar mis advertencias de la gala para escarbar directamente en las raíces de mi vida. Estaba buscando el apellido proscrito sin saberlo porque, a efectos legales, mi apellido era Hayes desde hacía años. Si seguía escarbando, se iba a encontrar con la verdad sobre las adicciones de mi padre, y si continuaba tirando de ese hilo, acabaría exponiendo la vulnerabilidad de mi familia ante la opinión pública.

La rabia me encendió la sangre, pero no era una rabia destructiva, sino una necesidad imperiosa de proteger a los míos y a mi propia historia de futbolista hecho a sí mismo. Tenía que frenarla, pero sin intermediarios. Necesitaba un enfrentamiento de frente, de tú a tú.

Me vestí a toda prisa, abandoné las instalaciones del club y conduje hacia el centro de Londres bajo un diluvio torrencial. Sabía perfectamente dónde se ubicaba la redacción de su revista, en el edificio que ocupaba el grupo editorial al que pertenecía. Aparqué el

coche a una manzana de distancia y me refugié en una pequeña cafetería de ambiente tranquilo situada justo en la esquina de su avenida, un local discreto con grandes cristalerías empañadas donde los redactores solían acudir a media tarde a por un descanso.

Me senté en una mesa del fondo y pedí una taza de café que ni siquiera llegué a probar. El debate interior empezó a carcomerme la mente a medida que los minutos avanzaban. Me sentía ridículo, atrapado en una encrucijada mental que me resultaba insoportable. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejarlo estar para no darle más alimento a su hambre de noticias? ¿Enfrentarla y decirle lo que sea para que husmeara por otro lado? ¿Entrar directamente en el edificio de la redacción, subir hasta su planta y preguntar por ella en la recepción? Aquello levantaría las sospechas de sus compañeros y de su jefe de inmediato. ¿O era mejor quedarme allí plantado, pegado al cristal, esperando a que saliera a la calle como si fuera un auténtico acosador? La sola idea me revolvió el estómago; aborrecía ese tipo de conductas invasivas y no pensaba rebajarme a actuar como un tipo perturbado.

En mitad de ese tenso dilema, cuando estaba a punto de irme, la puerta de cristal de la cafetería se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío y el sonido de unas risas familiares. Me encogí instintivamente en mi asiento, pero fue inútil.

Maia acababa de entrar en el local y no iba sola; le acompañaban un chico joven y un hombre mayor que imaginé eran compañeros de la redacción. Maia vestía su gabardina color arena abierta sobre un jersey fino y reía con ganas ante un comentario del joven, mostrando esa faceta alegre, luminosa y relajada que tanto contrastaba con la seriedad de su faceta profesional. Verla así, tan ajena al caos que acababa de desatar en mi vida, me provocó un vuelco extraño en el pecho.

El hombre de más edad fue el primero en percatarse de mi presencia. Sus ojos se abrieron con sorpresa y le dio un sutil toque con el codo a Maia, indicándole mi posición en el fondo del local. Las risas se cortaron de golpe. Maia se quedó estática por un segundo, asimilando la inverosimilitud de encontrar al delantero estrella del equipo oculto en un rincón de su cafetería habitual, pero tardó

apenas un instante en recuperar la compostura. Les hizo un gesto rápido a sus compañeros para que se adelantaran hacia la barra y caminó decidida hacia mi mesa.

Se detuvo frente a mí, se cruzó de brazos y clavó sus ojos castaños en mi rostro. Al observar la rigidez de mi mandíbula y la fijeza de mi mirada, su expresión de burla se desvaneció por completo, sustituida por una mueca de sutil preocupación.

—Noah —pronunció mi nombre con una voz suave, exenta de la hostilidad de nuestros anteriores encuentros—. ¿Te pasa algo? Tienes una cara espantosa, parece que hayas visto a un fantasma.

—Siéntate, por favor, Maia. Disculpa que me haya presentado así. ¿Podemos hablar un minuto? —le pedí, manteniendo un tono de voz bajo, educado pero cargado de una firmeza que no admitía réplica. Indiqué la silla de enfrente con un gesto de la mano.

Ella miró de reojo hacia la barra, donde sus compañeros la vigilaban mientras pedían los cafés, y terminó por ceder. Se quitó la gabardina, la dejó en el respaldo y se sentó, apoyando los antebrazos en la mesa de madera. La distancia física volvía a ser mínima, y esa extraña corriente eléctrica que nos envolvía cada vez que estábamos cerca regresó de golpe, complicándome la tarea de mantener las defensas altas.

—Me he enterado de que andas husmeando en la Fundación Hope —solté sin rodeos, inclinándome ligeramente hacia ella para que mis palabras quedaran entre nosotros—. Sé que estuviste llamando a la clínica ayer por la tarde, para sacarles información sobre los detalles de la donación del club.

La expresión de Maia cambió en un instante. Una rigidez absoluta transformó sus facciones al darse cuenta de que la había descubierto en mitad de sus pesquisas, confirmando que sus llamadas telefónicas habían hecho saltar las alarmas antes de lo esperado.

—¿Qué hay de extraño y por qué te importa? A eso nos dedicamos los periodistas cuando investigamos. ¿O crees que lo que escribimos nos viene dado por arte de magia? —replicó entre dientes.

—Me importa porque sé que sabes que dono dinero a ese centro. Creo que tengo derecho a realizar aportaciones benéficas donde y

cuando me apetezca sin que la prensa intente fiscalizar cada uno de mis movimientos —continué, manteniendo la voz ronca, contenida y lo más neutral posible—. No pretendo presumir de filántropo, ni busco campañas de publicidad, ni me interesa que se airee lo que decido hacer con mi dinero. Es un asunto estrictamente privado y no hay nada más que rascar ahí. Te ruego que no sigas por ese camino. No quiero titularles de Noah Hayes el filántropo ni nada similar.

—¿Qué te hace pensar que mi investigación tiene que ver contigo? —*Touché*, eso no lo había considerado. ¿Por qué pensaba que todo tenía que ver conmigo?

—Me da igual si lo haces con intención de hablar de mí más allá del deporte o ha sido casualidad. No importa quién done, es algo privado y has puesto a la Fundación en un aprieto. Déjales hacer su labor. Nada más.

Nuestras miradas se entrelazaron a quemarropa en un duelo silencioso y asfixiante. La tensión sexual y el pique profesional se mezclaron en el ambiente de la cafetería, creando una atmósfera tan densa que apenas me permitía respirar. Podía ver el sutil destello dorado en sus iris castaños y la forma en que sus labios se apretaron. Había una atracción innegable entre nosotros, una gravedad salvaje que nos empujaba a acercarnos a pesar de la desconfianza mutua que nos dividía. No tenía certezas de que fuera así, pero estaba convencido de que no me equivocaba. Y yo no me podía permitir tener nada con ninguna mujer en esos momentos, menos aún con una periodista chismosa que podría querer estar conmigo para sacarme información. No dejaría que nadie me engañara.

Maia guardó silencio unos segundos, asimilando mis palabras con seriedad, sopesando el límite que acababa de marcar frente a ella. Finalmente, se enderezó en la silla y me clavó una mirada cargada de una determinación que me tensó todos los músculos.

—Agradezco que hayas venido a decírmelo a la cara y no a través de un comunicado del club, Noah —admitió, con una voz suave pero firme—. Demuestra que te importa lo que hago. Pero no me amenaces. Soy una Thawne, llevo el periodismo en las venas, y nadie me dicta sobre qué puedo o no investigar. No busco trapos

sucios ni portadas sensacionalistas. Aborrezco ese tipo de periodismo y lo sabes perfectamente. Pero tu actitud no es normal.

—¿Entonces?

—Relájate. De momento no tengo motivos para publicar nada, pero si descubro que ese empeño tan absoluto en ocultarte interfiere con tu rendimiento o con el equipo, haré mi trabajo porque entonces sí que será algo que tenga que ver con tu yo deportivo, estés de acuerdo o no. Respecto a ti, ya que te crees tan importante para venir aquí con esta absurda reclamación, que sepas que, como periodista, mi trabajo es entender el juego, y tú eres una pieza que no encaja en el tablero. Solo quiero entender qué te pasa a nivel deportivo, lo demás me trae sin cuidado. Por mí, como si ocultas un harén en tu casa mientras seas responsable en el campo.

—Pues deja de buscar —le espeté de forma borde, clavando mis ojos verdes en los suyos—. Ni mi vida privada ni la de ningún compañero te incumben en absoluto, tienes razón. Hay límites que no deberías cruzar, Maia, por muy buena que te creas en tu profesión. Detrás del futbolista hay personas reales que no tienen nada que ver con este circo y a las que pienso proteger de cualquiera que intente husmear. Así que te lo pido por última vez, por el respeto profesional que nos tenemos: mantente al margen de la Fundación Hope.

—No te preocupes, no soy tan rastrera. Pero ten muy claro que nada de lo que me digas impedirá que haga mi trabajo.

Se puso la gabardina con movimientos elegantes, cogió su bolso y regresó junto a sus compañeros de redacción, que la esperaban con los cafés listos para llevar. Los tres abandonaron la cafetería sin mirar atrás, dejándome solo frente a mi taza de café frío.

Me quedé estático en el rincón, con el pulso a mil revoluciones por hora. El tiro me había salido por la culata. En lugar de disuadirla, mi enfrentamiento directo solo había servido para confirmar todas sus sospechas y avivar su curiosidad. ¡Qué estúpido había sido! La rabia me pudo y ahora Maia Thawne sabía con total certeza que había tocado una fibra sensible, y la mezcla de su agudeza periodística con esa sensualidad desafiante que me volvía loco la convertía en la

amenaza más real, peligrosa y fascinante a la que jamás me había enfrentado.

CAPÍTULO 11

Maia

El trayecto de vuelta a la redacción fue un auténtico ejercicio de contención. Caminé junto a mis dos compañeros de equipo, manteniendo una sonrisa de circunstancias mientras asentía de manera mecánica a sus comentarios sobre el frío que hacía en Londres o los plazos de entrega del próximo número. No abrí la boca sobre lo que acababa de ocurrir en el fondo de la cafetería. Ellos pensaban que Noah Hayes simplemente se había mostrado esquivo o molesto por la presencia de la prensa, una reacción habitual en el delantero, y preferí dejar las cosas así.

No le había dicho nada a nadie en la oficina, ni pensaba hacerlo. Estaba llevando toda esta investigación de manera estrictamente personal, por mi cuenta y riesgo, sin registrar las llamadas en los teléfonos de la empresa ni dejar rastro en los servidores compartidos. Tenía muy claros mis principios profesionales. Jamás en mi vida había sacado trapos sucios de nadie; aborrecía el amarillismo, las exclusivas baratas sobre la intimidad de los deportistas y el acoso de los tabloides que destrozaba reputaciones a cambio de un puñado de clics en una página web. Aún tenía fresca en la memoria lo que pasó con el capital, Sebastian Thorpe, cuando una *influencer* venida a menos lo acusó en falso y lo desestabilizó; menos mal que enamorarse de Olivia Ward le devolvió la estabilidad y su buen desempeño en el campo. No, yo no era como Noah pensaba. Lo mío era el deporte en su estado más puro y las letras. Me apasionaba el análisis táctico, la geometría invisible del juego

sobre el césped y la narrativa humana que se escondía detrás de un gran rendimiento atlético.

Pero el caso de Noah era diferente. No buscaba un escándalo para vender revistas, sino entender la raíz de esa rigidez que atenazaba sus movimientos en los minutos decisivos de los partidos. Quería descifrar por qué un portento físico de ochenta millones de libras corría por el campo con la precaución de quien pisa un terreno minado, y por qué esa obsesión por no dar que hablar.

Al salir del trabajo, pasadas las siete de la tarde, la noche ya se había desplomado por completo sobre la ciudad, trayendo consigo una densa niebla que desdibujaba las siluetas de los edificios. Llegué a mi piso con el cuerpo entumecido y la mente saturada. Dejé el bolso en la entrada, colgué la gabardina y, sin darme tiempo a pensarlo dos veces ni a encender el ordenador, me cambié de ropa. Necesitaba quemar la energía acumulada, liberar la tensión que me atenazaba los hombros desde mi encuentro con el delantero.

Me puse las mallas deportivas, una sudadera térmica y las zapatillas de correr. Salí a la calle y empecé a trotar a buen ritmo en dirección al parque más cercano, dejando que el aire gélido de la noche me acariciara el rostro con fuerza. El impacto constante de mis pisadas contra el asfalto mojado me obligó a concentrarme en la respiración, un metrónomo natural que buscaba desesperadamente apagar el runrún de mis pensamientos.

A medida que devoraba kilómetros bajo la tenue luz de las farolas, la escena de la cafetería regresaba a mi mente con una nitidez desconcertante. Todavía podía sentir la fijeza de sus ojos verdes clavados en los míos, cargados de una mezcla de pánico defensivo y de un orgullo indomable que me había erizado la piel. Noah se había expuesto por completo al ir a buscarme. Al bajar a la arena y encararse conmigo en mi propio terreno, no había hecho más que confirmar que mis sospechas iban en la dirección correcta. Estaba asustado, y un hombre de su calibre solo se mostraba tan vulnerable cuando intentaba proteger algo que consideraba sagrado.

«Es un asunto estrictamente privado y no hay nada más que rascar ahí», me había dicho con esa voz ronca que todavía me vibraba en el pecho.

Aumenté el ritmo de la carrera, sentí el esfuerzo en los gemelos y el frío colándose en mis pulmones. La contradicción de Noah Hayes me resultaba insoportable y, al mismo tiempo, peligrosamente magnética. Se suponía que debía limitarme a juzgar sus desmarques y su juego de espaldas a la portería, pero la tensión eléctrica que flotaba entre nosotros cada vez que estábamos a menos de un metro de distancia empezaba a difuminar las líneas de mi rigurosa ética profesional. No era solo curiosidad periodística; era un desafío intelectual y personal que me empujaba hacia un abismo que no lograba controlar.

Crucé la entrada del parque, rodeada de árboles desnudos que proyectaban sombras alargadas sobre los caminos de tierra. El sudor me corría por la frente a pesar de la baja temperatura, y los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, compitiendo con el recuerdo de su mirada salvaje. Noah creía que su advertencia me iba a parar y había hecho lo contrario, había aumentado mi interés. No sabía que para mí la persistencia era una ley no escrita. No iba a traicionar mis principios, no iba a publicar sus secretos, si los tenía, en ninguna portada, pero no pensaba detenerme hasta descubrir qué clase de demonios arrastraba el nuevo ídolo del Kings Crown Stadium.

Di la vuelta para emprender el camino de regreso a casa, con las piernas cansadas pero la mente finalmente despejada y decidida. La próxima vez que nos viéramos en el estadio, Noah Hayes descubriría que el sabueso no había perdido el rastro; solo estaba esperando el momento idóneo para dar el siguiente paso.

CAPÍTULO 12

Noah

La mañana había comenzado con una mezcla inusual de ilusión y nerviosismo. Por primera vez desde que salté al fútbol profesional, mi madre y mi hermana Kimberly habían viajado para visitarme. Durante mi etapa en España, la distancia, el idioma y el miedo constante a que alguien las localizara hicieron imposible que vinieran a verme jugar. Pero ahora, con el club facilitándome un palco privado blindado para los familiares y la seguridad de la nueva casa de las afueras, por fin se habían atrevido a dar el paso.

Las dejé en el centro de la ciudad a primera hora de la mañana para que pasearan y conocieran un poco los alrededores antes de mi entrenamiento. Kimberly estaba entusiasmada con la idea de ver las tiendas y los edificios históricos, y yo me marché hacia las instalaciones del Kingsford FC con una extraña sensación de ligereza en el pecho.

Esa paz, sin embargo, saltó por los aires a mitad de la sesión táctica.

Estábamos en mitad de un partido de entrenamiento cuando vi a uno de los ayudantes de McGregor hacerme señas urgentes desde la banda, sosteniendo mi teléfono móvil en la mano. El corazón me dio un vuelco. Corrí hacia el lateral del campo, me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano y cogí el aparato con dedos temblorosos.

—¿Noah? ¡Noah, por favor, ven! —la voz de mi madre llegó al otro lado de la línea completamente rota por el llanto, lo que desató el pánico en mis entrañas—. Estábamos en una avenida grande, cerca de unos edificios de oficinas... Kimberly se ha despistado un segundo para mirar un escaparate y ya no está. La he buscado por todas partes, Noah. No aparece. No conoce la ciudad, no responde al móvil y debe estar asustada. No sé qué hacer.

—Mamá, escúchame. Mantén la calma —le pedí, aunque a mí me temblaban las piernas—. Quédate exactamente donde estás, en un sitio visible. Voy para allá ahora mismo. ¿Dónde estáis exactamente? ¿Qué ves a tu alrededor?

—No lo sé muy bien, hijo... Es una zona llena de oficinas y ejecutivos. Estamos justo al lado de un mercado cubierto muy antiguo, con pasillos de madera y techos pintados de verde y rojo... Leadenhall, creo que se llama el mercado. Hay un edificio enorme con forma de pepino de cristal un poco más adelante. No sé hacia dónde ir, Noah.

Se me cortó la respiración. El mercado de Leadenhall y la zona financiera de la City.

—No te muevas de donde la viste por última vez por si ella vuelve. Te llamo enseguida. Y si ves a algún policía, díselo.

Colgué el teléfono con el pulso a mil revoluciones por hora. Entré en las oficinas del club a la carrera, todavía con las botas de tacos puestas, buscando desesperadamente a Olivia Ward para que me ayudara a gestionar la situación, pero su secretaria me informó de que estaba en una reunión crucial con los inversores en la otra punta de Londres y tenía el teléfono apagado. McGregor intentó calmarme, y un par de compañeros del vestuario se ofrecieron a cambiarse a toda prisa para acompañarme en el coche, pero el trayecto hasta el centro de la ciudad requería casi una hora por culpa del tráfico del mediodía. Yo estaba lejos, atrapado en la periferia, y mi hermana estaba sola y desorientada en mitad de una metrópolis desconocida.

Desesperado, en mitad del pasillo de las oficinas, abrí la agenda del teléfono. Mi vista pasó de largo por los contactos de los directivos y los representantes, hasta que se detuvo en un nombre concreto.

Maia Thawne.

No me detuve a analizar el orgullo, ni la rivalidad, ni el hecho de que fuera la periodista que andaba husmeando en mi vida. Mi mente solo registró un dato objetivo: Maia trabajaba justo en esa zona del centro, era joven, se movía por esas calles todos los días, conocía la ciudad a la perfección y tenía una agudeza mental que ya me había demostrado de sobra. Si alguien podía reaccionar con rapidez y eficacia en ese distrito, era ella.

Marqué su número con la respiración entrecortada. Respondió al segundo tono, con su habitual voz profesional.

—¿Noah? ¿Quieres hacerme más advertencias sobre mi trabajo? —preguntó, con ironía.

—Maia, por favor, necesito tu ayuda —solté, tragándome cualquier atisbo de reservas—. No sé si es lo apropiado, pero..., por favor, necesito... —gemí—. Mi hermana Kimberly se ha perdido. Estaba con mi madre por la zona de tu oficina, junto al mercado de Leadenhall. Se ha despistado y no la encuentran. Yo estoy en el campo de entrenamiento, el tráfico es un caos y voy a tardar demasiado en llegar. Por lo que más quieras, Maia... si tienes un momento, mi madre está sola y no sabe qué hacer. Es una chica de diecisiete años, delgada; lleva una chaqueta vaquera clara y el pelo castaño recogido en una trenza.

Se produjo un segundo de silencio absoluto al otro lado de la línea, el tiempo justo para que ella procesara la gravedad de mi petición y el hecho de que el hermético Noah Hayes la estuviera llamando al borde de las lágrimas.

—No te preocupes, Noah. Salgo ahora mismo —respondió ella, y el tono profesional mutó en una calidez firme y resolutiva que me devolvió el aliento—. Conozco perfectamente los alrededores de la oficina y las plazas peatonales que hay detrás. Quédate tranquilo y conduce con cuidado. Voy a buscarla. Si puedes, pásame una foto.

Colgó. Le envié una foto que nos habíamos tomado el día anterior en mi casa y me cambié de ropa a una velocidad ridícula, subí al coche junto a Seb y Ethan, dos compañeros del equipo que se negaron a dejarme solo, y salí hacia el centro de Londres, desafiando los límites de velocidad bajo la lluvia. El trayecto fue una

auténtica tortura de retenciones y semáforos en rojo que me crispó los nervios.

Cuando por fin logramos estacionar cerca de la avenida principal del distrito financiero, bajé del coche y corrí hacia la dirección que mi madre me había indicado por mensaje. Al doblar la esquina de una calle peatonal, cerca de una pequeña plaza con soportales donde la gente se refugiaba de la lluvia, me detuve en seco.

Ahí estaban.

Maia había llegado mucho antes que yo. Estaba sentada en un banco de piedra resguardado de la lluvia, junto a mi hermana Kimberly. Le había echado su propia gabardina de color arena por los hombros para abrirla y sostenía entre las manos dos vasos de cartón con chocolate caliente que acababa de comprar en un puesto cercano. Kimberly, aunque todavía tenía los ojos enrojecidos por el susto, sonreía levemente mientras escuchaba a Maia, que le hablaba con una suavidad y una ternura que me conmovieron las entrañas. Mi madre estaba al lado, visiblemente más tranquila, agradeciéndole el gesto con las manos en el pecho. Maia no había hecho magia; simplemente había aplicado el sentido común de una buena periodista, recorriendo las cafeterías y los soportales resguardados donde una chica asustada buscaría refugio de la tormenta, según me contó más tarde cuando volvimos a la calma.

Me acerqué a ellas a zancadas, con el pecho agitado y la respiración rota. Kimberly, al verme, se puso en pie y corrió a refugiarse en mis brazos. La estreché contra mí con una fuerza desmedida, oculté el rostro en su cabello, y sentí cómo la tensión acumulada de la última hora amenazaba con desbordarme por completo.

—Estás bien, estás bien... Ya estoy aquí, pequeña —le repetí contra la sien, con la voz entrecortada, mientras la acunaba levemente en el sitio para asegurarme de que era real.

Kimberly se separó un poco, lo justo para mirarme. Tenía las mejillas coloradas por el frío y los ojos todavía empañados por las lágrimas, aunque el temblor de sus manos ya había empezado a remitir gracias al chocolate caliente que Maia le había comprado.

—Lo siento muchísimo, Noah. De verdad, perdóname —consiguió articular, con la voz quebrada por la culpa—. Todo ha sido por mi culpa. Me distraje con el escaparate de una tienda de música que tenía unos vinilos antiguos en la entrada. Me pareció escuchar tu nombre dentro del local y entré sin avisar a mamá, pensando que estarías saliendo en alguna televisión. Cuando quise darme cuenta, salí por la puerta contraria y todas las calles me parecieron exactamente iguales. Me agobié tanto que me bloqueé por completo.

—No pasa nada, Kim. Olvídalo. Lo importante es que no te ha pasado nada —la tranquilicé, apartándole un mechón de pelo mojado de la cara; el miedo a que le pasara algo otra vez era demasiado fuerte—. Menos mal que Maia te encontró.

—Ha sido encantadora, Noah —asintió mi hermana, mirando de reojo a la periodista con una gratitud infinita—. Estaba muy asustada, llorando en un rincón de los soportales porque no tenía cobertura en el móvil, y ella se acercó y me dijo que la habías avisado y que ya venías de camino. Si no llega a aparecer...

—Ya pasó, ya estás a salvo —la interrumpí con dulzura, dándole un beso en la frente antes de volver a estrecharla contra mi pecho.

Mis compañeros de equipo se quedaron un paso atrás, charlando con mi madre y restándole importancia al asunto para rebajar el drama. Tras asegurarme de que mi hermana estaba perfectamente, me separé un poco y miré a Maia. Ella se había puesto en pie, desprovista de su gabardina, vestida solo con un jersey fino bajo la fina lluvia que empezaba a colarse bajo el soportal. Me acerqué a ella despacio. Sentía los ojos húmedos, el pulso alterado y una gratitud tan inmensa que me nublaba el juicio.

Sin importarme la presencia de mis compañeros, ni la calle, ni el hecho de que estuviéramos a las puertas de su propio entorno laboral, di un paso al frente y la envolví en un abrazo corto pero de una intensidad arrolladora. Maia se tensó por la sorpresa durante una milésima de segundo, pero de inmediato correspondió al gesto, apoyando una mano en mi espalda con una suavidad que me apaciguó el alma. El aroma a jazmín de su piel volvió a inundarme los sentidos, pero esta vez no traía hostilidad, sino una paz absoluta.

Me incliné hacia su oído, rozando apenas su mejilla con mis labios húmedos por la lluvia, y le susurré con la voz rota por la emoción:

—No cuentes esto. Por favor.

Me refería a todo, a la existencia de mi hermana, a mi vulnerabilidad, al hecho de haberla llamado a ella antes que a nadie. Me separé despacio, y sostuve sus hombros entre mis manos. Maia me miró con sus ojos castaños, desprovistos de cualquier brillo de astucia periodística o de ironía. Me dedicó una sonrisa amable, sincera y reconfortante que me llegó directamente al corazón.

—Descuida, Noah —me respondió en un susurro, manteniendo la voz baja para que nadie más nos escuchara—. No soy de esa clase de periodistas. No utilizo estas cosas. Gracias por confiar en mí.

—Te debo una. No sabes cuánto te lo agradezco. Ella es lo más importante de mi vida.

Tras decir esas palabras, me quedé clavado en el sitio, contemplándola en silencio mientras ella daba un paso atrás y se despedía de mi familia con un gesto cariñoso antes de enfilear el camino de vuelta hacia su redacción. Seguí su silueta con la mirada hasta que la lluvia la difuminó por completo al girar la esquina, con los hombros firmes, y supe con total certeza que las reglas del juego habían saltado por los aires para siempre. Maia Thawne acababa de derribar la fortaleza que tanto me había costado levantar, pero esta vez no lo había hecho con preguntas afiladas, sino con una humanidad que me había dejado completamente desarmado ante ella.

CAPÍTULO 13

Maia

El recuerdo de los soportales del mercado de Leadenhall me acompañó durante toda la semana. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentir el impacto de los brazos de Noah envolviéndome, una presión firme, desesperada y desprovista de cualquier tipo de máscara profesional. El delantero inalcanzable, el chico de los ochenta millones, se había quebrado un instante contra mi hombro, susurrándome un ruego que no nacía de la soberbia, sino del miedo más puro a perder el control sobre su vida a la persona que más quería. Había visto su grieta. Y lo que era más perturbador: él me había permitido verla.

Cumplí mi palabra a rajatabla. No registré ningún dato en los ordenadores de la revista, no comenté el episodio con mis compañeros de redacción y archivé mis notas mentales sobre la Fundación Hope en el rincón más hondo de mi cerebro. El juego había cambiado. Noah ya no era un enigma táctico que descifrar ni un perfil que publicar; se había convertido en un hombre real, con una hermana vulnerable que se abrigaba con mi gabardina y una madre que me apretaba las manos con los ojos llenos de lágrimas y agradecimiento. Vi en ellos a una familia tan unida como atormentada y no iba a ser yo quien hurgara en esa herida que querían tapar.

La sorpresa llegó el jueves por la tarde, en forma de un mensaje de texto corto y formal desde el número privado de Noah.

«A mi madre y a Kimberly les gustaría invitarte a cenar mañana en casa para agradecerte lo del otro día. Sé que es una molestia, pero insisten mucho. Si te viene bien, te paso la dirección, pero no te sientas obligada. Noah».

El corazón me dio un vuelco contra las costillas. Me quedé con la mirada perdida unos segundos frente a la pantalla antes de teclear una respuesta afirmativa.

El viernes por la noche, mientras conducía mi pequeño utilitario hacia la urbanización privada de las afueras, los nervios me atenazaban el estómago. El control de seguridad de la entrada me hizo sentir fuera de lugar, y cuando por fin estacioné frente a la imponente fachada de la propiedad, tuve que respirar hondo tres veces antes de apagar el motor.

Fue Kimberly quien me abrió la puerta. Su sonrisa gigante y su abrazo espontáneo disiparon la tensión de golpe.

—¡Maia! Qué alegría que hayas venido —exclamó la chica, tirando de mi mano hacia el interior de la vivienda.

Al cruzar el umbral, me quedé muy sorprendida con la decoración. La casa era espectacular, de líneas puras, techos altísimos y enormes cristalerías que daban a un jardín sumido en la penumbra. Sin embargo, resultaba llamativamente minimalista, casi desalmada. Los muebles eran de un diseño impecable pero frío, de tonos neutros, y no había apenas objetos personales en las estanterías de obra. Parecía la suite de un hotel de superlujo más que un hogar familiar.

Noah apareció por el pasillo lateral, vestido con unos vaqueros oscuros y un jersey de punto gris que acentuaba la anchura de sus hombros. Al cruzarse con mi mirada, sus facciones se suavizaron sutilmente, desprovistas de la rigidez de nuestros encuentros en el club.

—Vaya casa, Noah —comenté, ladeando la cabeza mientras contemplaba el salón—. Es impresionante. Tienes un gusto excelente.

—No tiene ningún mérito, estaba así amueblada cuando firmé el contrato de alquiler —respondió él con una media sonrisa, metiéndose las manos en los bolsillos—. Me resultaba cómoda y segura, pero no he tocado nada. Ojalá fuera mía de verdad y tuviera

tiempo para pensar en estas cosas y personalizarla. Espero que mi madre me ayude a darle un toque más hogareño.

Mientras su madre terminaba de ultimar los detalles de la cena en la cocina, Kimberly me guio por el salón para enseñarme el equipo de música que Noah le había comprado esa misma semana. Mientras caminábamos, mi ojo de periodista, habituado a escanear los detalles del entorno, no pudo evitar fijarse en un mueble aparador donde reposaban tres fotografías enmarcadas, las únicas por el momento: una de Kimberly de pequeña, otra de la madre sonriendo en un parque y una de Noah celebrando su primer gol en el fútbol profesional. En esos pocos lugares donde había puesto fotos, no había ni rastro de una figura paterna. Ninguna mención, ninguna imagen antigua, ningún hueco que sugiriera su existencia. Registré el detalle en silencio y me hice la firme promesa de no tocar ese tema bajo ningún concepto. El pacto de confianza seguía vigente.

—Me apasiona la música y colecciono cedés de mis grupos preferidos —me contó Kimberly, sentándose en la alfombra junto al equipo mientras sacaba uno de su funda—. En Liverpool suelo ir a todas las tiendas de segunda mano que puedo. Noah me ha traído este de una tienda del centro.

Nos enfrascamos en una conversación fluida sobre grupos independientes británicos de los noventa. Para mi sorpresa, compartíamos exactamente los mismos gustos musicales; conocíamos las caras B de las mismas bandas y recordábamos los mismos festivales de la televisión, a pesar de la diferencia de edad. La conversación se volvió tan divertida y cotidiana que me olvidé por completo de que estaba en la casa del jugador más cotizado de la Premier League. Noah se limitaba a escucharnos desde el sofá, con una expresión de paz y relajación que transformaba por completo sus ojos verdes. Verlo sonreír de esa manera, disfrutando de la normalidad de su hermana, me aceleró el pulso de una forma nueva. Sin duda, entre ellos había una conexión especial. Desde que Kim se extravió, pensé que ya no era una niña para que Noah la sobreprotejera tanto, así que ahí debería haber uno de sus puntos débiles. Vi, de una manera clarísima, que lo que le ocurriera a ella le afectaba como si fuera a él mismo. ¿Tendrían un pasado complicado

que le llevara a actuar así? Saqué la idea de mi cabeza; no había aceptado la cena para indagar en el jugador, sino para pasar un rato agradable con su familia.

A mitad de la noche, Noah se levantó para ir a la cocina a ayudar a su madre con las bandejas del postre. En cuanto sus pasos se alejaron por el pasillo, Kimberly se inclinó hacia mí sobre la mesa, con los ojos brillándole de pura picardía.

—Te gusta mi hermano, ¿verdad? —me preguntó a bocajarro, en un susurro cómplice.

Sentí cómo un calor súbito me encendía las mejillas de golpe. Me sonrojé de manera inevitable, atrapada por la astucia de la chica, e intenté buscar una salida elegante para desviar la respuesta antes de quedar en evidencia.

—Bueno... es un futbolista muy interesante de analizar, ya sabes que lo mío es la táctica de los jugadores, la esencia que plasman en su juego... —empecé a decir, pero Kimberly me cortó con una risita suave.

—No me refiero al fútbol, Maia —me interrumpió, guiñándome un ojo—. Sé cómo lo mira la gente, sobre todo quienes lo admiran o las chicas, pero tú lo miras de otra manera. Y lo mejor es que él también te mira a ti como no ha mirado a nadie en años. Se le nota en la cara. Solo quería que lo supieras.

Noah y su madre volvieron con el postre y la cena terminó entre risas y anécdotas locales de Liverpool que la madre relató con una timidez entrañable. Hacia la medianoche, me puse la gabardina para marcharme. La madre y Kimberly se despidieron de mí en el porche con sendos abrazos cargados de afecto, y Noah se ofreció a acompañarme hasta el coche, que estaba estacionado a unos metros, junto al camino de entrada.

La noche se había vuelto completamente silenciosa y oscura. La lluvia, que había dado una tregua, dejó el asfalto brillante bajo la luz de la luna y un aroma a tierra mojada que lo envolvía todo. Caminamos uno al lado del otro, sin prisa, manteniendo una distancia mínima que hacía que nuestras chaquetas se rozaran a cada paso.

Al llegar junto a la puerta del conductor, me giré para mirarlo. Noah se detuvo a un palmo de mí. La penumbra de la urbanización suavizaba las líneas de su rostro, y sus ojos verdes me observaban con una intensidad salvaje, un magnetismo puramente físico que me cortó la respiración de inmediato. La corriente eléctrica que siempre fluctuaba entre nosotros regresó de golpe, multiplicada por el silencio de las afueras.

—Gracias por venir, Maia —pronunció mi nombre con esa voz ronca que me erizaba la piel—. Y gracias por lo del otro día. No sé qué habría hecho si...

—No tienes que darme las gracias por nada, Noah —lo interrumpí con suavidad, dándole un sutil toque en el brazo—. Te lo dije en el mercado y te lo repito hoy: lo que conozco de tu familia está a salvo conmigo. No soy esa clase de persona.

Noah guardó silencio, pero sus ojos descendieron un instante hacia mis labios antes de regresar a los míos. Vi cómo flaqueaba su última línea de defensa. Dio un paso al frente, acortando la distancia que nos separaba hasta que sentí el calor de su pecho contra el mío, y levantó una mano despacio, rozando la línea de mi mandíbula con las yemas de sus dedos. Su tacto era cálido, tembloroso y de una ternura que me conmovió por dentro.

Se inclinó despacio, dándome todo el tiempo del mundo para apartarme si así lo deseaba, pero no lo hice. Contuve el aliento y cerré los ojos en el instante en que sus labios encontraron los míos.

Fue un beso precioso, largo y pausado, cargado de una emoción contenida que llevaba semanas buscando una salida. No había prisa, ni la urgencia de nuestros piques profesionales; era una caricia profunda que sabía a alivio, a gratitud y a un deseo latente que nos hizo perder la noción del tiempo bajo el cielo estrellado de Londres. Noah me rodeó la cintura con el otro brazo, pegándose a su cuerpo con una firmeza que me hizo temblar las piernas, mientras yo hundía los dedos en el punto de su jersey, aferrándome a él.

Cuando nos separamos despacio, nuestras respiraciones se mezclaron en el aire húmedo de la noche. Noah mantuvo la frente apoyada contra la mía unos segundos, con los ojos cerrados,

respirando hondo, como si intentara asimilar el vuelco que acababa de dar nuestro mundo.

Se apartó unos centímetros, me dedicó una mirada cargada de una dulzura inédita y me abrió la puerta del coche con un gesto caballeroso.

—Conduce con cuidado, por favor —me pidió en un susurro, acariciando mi hombro una última vez.

Subí al coche con el corazón desbocado y las manos temblorosas sobre el volante. Arranqué el motor y salí de la propiedad; por el retrovisor vi que se había quedado de pie junto al camino, sin dejar de seguirme con la mirada hasta que giré hacia la calle principal de la urbanización. Conduje de regreso a Londres con una sonrisa involuntaria dibujada en los labios, sabiendo que la frontera que nos dividía se había disuelto por completo en mitad de la noche.

CAPÍTULO 14

Noah

Durante el trayecto de vuelta a mi habitación tras su marcha, el silencio de la noche se me hizo insoportable. Tenía los labios todavía encendidos por el tacto de los suyos y el aroma a jazmín de su piel flotando en mis manos. No lograba comprender cómo me había atrevido a dar ese paso. Yo, que llevaba años calculando cada movimiento, cada distancia y cada palabra para no dejar ningún flanco descubierto, me había saltado mis propias líneas rojas por el simple hecho de verla sonreír bajo la luna. Había sido un beso precioso, sí, pero también un error estratégico monumental. Una voz interna, fría y pragmática, me repitió durante toda la madrugada que no debía acercarme más a ella. Maia seguía siendo una periodista en busca de titulares. Por muy íntegra que se hubiera mostrado con mi hermana, su profesión consistía en desvelar lo que otros ocultaban, y yo arrastraba demasiados cadáveres en el armario como para permitirme el lujo de enamorarme del sabueso.

Los días posteriores a la cena se convirtieron en una auténtica tortura psicológica. El calendario de la Premier no daba tregua y nos enfrentamos a dos partidos consecutivos en casa. Cada vez que saltaba al césped para el calentamiento, mi mirada se desviaba de manera inconsciente hacia la tribuna de prensa del Kings Crown Stadium, buscando su melena castaña entre la multitud de cronistas. Cuando la localizaba, una inquietud sorda me atenazaba las entrañas, entorpeciendo mi concentración. Lo mismo ocurría en las

ruedas de prensa colectivas; sentir sus ojos fijos en mí desde la tercera fila, estática y en silencio, me obligaba a medir cada respuesta con una rigidez que McGregor no tardó en notar.

El domingo por la tarde llegó el momento de despedir a mi madre y a Kimberly en la estación de Euston para su regreso a Liverpool. Mientras esperábamos el anuncio del tren en el andén, intenté quemar mi última baza para convencerlas.

El bullicio de la estación de Euston a esa hora de la tarde era ensordecedor. El ruidoso viento helado se colaba por los andenes, arrastrando el eco de los avisos por megafonía y el traqueteo de las maletas sobre el suelo de piedra. Me subí el cuello del abrigo y hundí las manos en los bolsillos, buscando un calor que no terminaba de llegar, mientras contemplaba a mi madre y a Kimberly.

Aproveché que faltaban quince minutos para la salida de su tren hacia Liverpool para volver a poner las cartas sobre la mesa. No quería que se marcharan, no ahora que las tenía cerca.

—Sigo pensando que os deberíais instalar conmigo de forma definitiva lo antes posible —les insistí, rompiendo el silencio que se había instalado entre los tres—. Ya habéis visto la casa. Está lista, es segura y allí nadie os va a molestar.

Kimberly desvió la mirada hacia las vías, mordiéndose el labio, pero yo mantuve los ojos fijos en mi madre. Ella suspiró, ajustándose la bufanda con un deje de cansancio que me encogió el corazón.

—Noah, hijo, no es tan fácil dejarlo todo de la noche a la mañana —respondió ella en un hilo de voz, esquivando la firmeza de mi propuesta—. En Liverpool tenemos nuestra rutina. Tu padre está allí, en el centro, y no quiero desentenderme de él. A pesar de todo lo que nos ha tocado vivir... siento que debemos estar cerca, por si nos necesita.

Una punzada de amargura y rabia contenida me tensó la mandíbula de golpe. Me dolió escucharla hablar así, con esa lealtad ciega que casi nos cuesta la vida a todos. Nunca entendí esa actitud hacia él cuando lo que debería haber hecho desde el primer momento era largarse bien lejos. Di un paso hacia ella, bajando el

tono para que los pasajeros que abarrotaban el andén no pudieran escucharnos.

—De verdad que no te entiendo, mamá —dejé caer, y la crudeza de mis palabras sonó fría, casi cortante—. No entiendo cómo puedes seguir queriendo estar cerca de él. No después de lo que hizo. Lo de la clínica es lo de menos, los dos sabemos perfectamente que lo que pasó hace diez años fue muchísimo peor que una simple adicción. Nos destrozó la vida, estuvo a punto de acabar con nosotros. Deberías pasar página de una vez. Allí está cuidado y nunca dejaré de pagar esas cuentas, aunque no se lo merezca. Es más, creo que es dañino para ti. ¿Nunca vas a soltar? No le debes nada. Piensa en ti de una vez, piensa en Kim.

Mi madre palideció y bajó la cabeza, incapaz de sostener la verdad de mi mirada. El peso de ese secreto, de aquello tan grave que permanecía oculto para el resto del mundo pero que a nosotros nos había marcado a fuego, volvió a flotar entre nosotros como un fantasma del que no podíamos escapar.

Para destensar el ambiente, me giré hacia mi hermana, con toda la suavidad que pude en mi voz.

—Además, Kim, tienes que empezar la universidad este mismo año y Londres es el mejor lugar del mundo para ello —le recordé, buscando su complicidad, a pesar de haberlo hablado muchas veces en casa—. El campus de musicología que visitaste con mamá el otro día es uno de los más prestigiosos del país. Tienen unos estudios de grabación increíbles y un programa que no vas a encontrar en el norte. Te vendría bien un cambio de aires definitivo. Olvidarte de todo aquello.

Kimberly miró a nuestra madre con los ojos abiertos de par en par, encendidos por una ilusión desbordante que no pudo ni quiso disimular. Le había encantado la energía de la ciudad, el ambiente cultural de las calles que habíamos recorrido y, sobre todo, la posibilidad real de estudiar lo que verdaderamente le apasionaba en una facultad moderna, lejos de las sombras del pasado que aún la perseguían en Liverpool.

—A mí me encantaría, Noah —susurró Kim, agarrando la manga de la chaqueta de nuestra madre con timidez—. El campus es

precioso y el programa es lo que me gustaría estudiar. Mamá, piénsatelo, por favor. Sería como empezar de nuevo. Las dos.

—Lo pensaré, Noah, te lo prometo —respondió mi madre, suavizando la tensión con una caricia en mi brazo—. Déjanos volver, organizar las cosas allí y asimilar todo esto. Ha sido un viaje muy intenso.

Antes de subir al vagón, Kimberly esperó a que mi madre se adelantara con las maletas para quedarse rezagada un instante conmigo. Me clavó una mirada cómplice que me puso a la defensiva de inmediato.

—Le gustas, Noah —me soltó a bocajarro, con esa naturalidad que a veces me asustaba—. Y ella a ti te vuelve loco, se te nota en los ojos cada vez que sale su nombre. ¿Por qué no la llamas y quedas con ella a solas? No seas tan cobarde.

No supe qué responder. Le di un beso de despedida en la frente, las dos subieron y, en pocos minutos, vi cómo el tren se alejaba hacia el norte, dejándome a solas con mis dudas en mitad del bullicio de la estación.

Para colmo de males, la presión no solo venía de mi familia. En el vestuario, mi adaptación iba por buen camino y había hecho buenas migas con Ethan y Seb, dos de los centrocampistas veteranos del equipo.

El martes, después de la sesión de baño y masaje, me encontraba en los bancos del vestuario terminando de abrocharme las zapatillas. Ethan y Seb estaban sentados un par de metros más allá, revisando los últimos análisis de la prensa en una tablet mientras compartían un batido de proteínas.

—Vaya, Hayes —soltó Seb de pronto, levantando la vista de la pantalla con una sonrisa burlona—. Tienes que leer la crónica técnica que han subido hoy los de *Tactical Football*. Menudo repaso te da la Thawne con los movimientos de arrastre del último partido. Dice que juegas con el freno de mano puesto.

—Esa mujer no te pasa ni una, tío —se mofó Ethan, soltando una carcajada mientras se apoyaba en la taquilla—. Es alucinante. Cada vez que hay rueda de prensa, os lanzáis unas miradas que parece que vais a sacar los cuchillos en mitad de la sala.

Sentí una punzada de incomodidad en el estómago, pero me esforcé por mantener el rostro completamente inexpresivo. Cogí mi camiseta de entrenamiento de la percha con la intención de fingir una indiferencia que no sentía en absoluto.

—Es periodista, es su trabajo, supongo —respondí con voz plana, cortando el tema—. Analiza lo que ve en el campo y ya está. Tampoco le presto tanta atención.

—Ya, claro, lo que tú digas —replicó Seb, guiñándole un ojo a Ethan con evidente picardía—. Pero aquí el amigo y yo llevamos los suficientes años en esto como para saber que los que tanto se pelean, al final se desean. Es un clásico. Entre el pique que os traéis en los micrófonos y la forma en que os vigiláis en el túnel de vestuarios, hay más tensión ahí que en una final de Copa. Se nota a la legua que te tiene ganas, Hayes, aunque sea para morderte.

—O para otra cosa —añadió Ethan con tono de guasa, dándole un empujón amistoso en el hombro a Seb—. Vigila tus espaldas en la próxima zona mixta, coloso, no vaya a ser que la redactora estrella te meta un gol por la escuadra fuera del campo.

Me limité a negar con la cabeza, esbozando una media sonrisa forzada para quitarle hierro al asunto antes de ponerme la camiseta y enfilar la puerta hacia el gimnasio. No añadí nada más. Sus bromas, aunque nacían del típico compadreo del vestuario, me habían dejado el pulso alterado. Ellos lo veían como un entretenimiento divertido, un simple flirteo de oficina entre un jugador y una periodista analítica, pero la realidad era que el recuerdo de su boca bajo la lluvia seguía actuando como un cable de alta tensión dentro de mi cabeza, además, el miedo a que descubriera la recaída de mi padre o el entramado de la Fundación Hope actuaba como un freno de mano insuperable.

El punto de inflexión se produjo el viernes siguiente, al finalizar la rueda de prensa previa al derbi del fin de semana. Como venía siendo habitual desde que me ayudó a encontrar a mi hermana, Maia no había sido incisiva conmigo durante la ronda de preguntas; se había limitado a formular un par de cuestiones técnicas sobre el repliegue defensivo del rival, dándome un respiro que agradecí enormemente.

Al concluir el acto, los periodistas comenzaron a recoger sus ordenadores y a desalojar la sala de prensa por el pasillo lateral que conectaba con la zona mixta. Yo caminaba despacio hacia la salida de jugadores cuando su silueta se interpuso en mi camino. Nos cruzamos justo en el umbral de la puerta, un rincón con menos iluminación donde el tránsito de personas obligaba a ralentizar el paso. Temía este momento desde hacía días, todos los que habían transcurrido desde el beso y sin que ninguno de los dos volviera a sacar el tema ni hacer nada por volver a vernos. Sé que no estuvo bien poner esa distancia, pero es que estaba hecho un lío. No quería quedar como el futbolista que se aprovecha de su fama para besar a una chica, ni abrirle de par en par mi vida porque tampoco deseaba una relación en la que seguir ocultando mi realidad. No sería justo. Con esa duda constante en mi mente fueron avanzando los días hasta ese momento en que cruzarnos fue inevitable y lo tenía que afrontar.

—Vaya, Hayes —comentó ella en voz alta, con la cabeza ladeada y una sonrisa cargada de una ironía muy afilada—. Veo que hoy has aprendido a responder sin morderte la lengua. Tu análisis sobre el tercer hombre en el centro del campo ha sido casi aceptable.

—Intento estar a la altura de tus elevadas exigencias periodísticas, Thawne —le devolví la pulla, cruzándome de brazos y sosteniéndole la mirada con el mismo tono cínico—. Aunque ya sabes que los futbolistas no tenemos tanta imaginación como los que escribís las crónicas desde la comodidad de la tribuna.

A nuestro alrededor, varios redactores de otros medios pasaron de largo, riéndose del intercambio de golpes y tomándolo como el típico pique folclórico entre el delantero estrella y la analista de moda. Sin embargo, en cuanto el grueso del grupo se alejó unos metros por el pasillo, la máscara cayó de golpe. La fricción profesional mutó en una tensión ambiental sofocante.

Maia dio medio paso hacia delante, reduciendo la distancia hasta que su aroma a jazmín anuló cualquier otra percepción en mis sentidos. Me clavó sus ojos castaños con una fijeza que me cortó la respiración.

—¿Qué está pasando, Noah? —me preguntó con un hilo de voz, un susurro apenas perceptible que no pretendía verbalizar el beso ni el distanciamiento de los últimos días por la presencia de testigos, pero cuyo significado exacto capté al vuelo. Había una mezcla de reproche y de urgencia en sus pupilas que me desarmó por completo.

Sentí un vuelco violento en el pecho. La frialdad y las barreras que tanto me había esforzado en construir durante la semana se agrietaron ante la proximidad de su boca.

—Vamos a tomarnos un café. Fuera de aquí. Y hablemos —le respondí, en un susurro que volvió áspero y rotundo mi tono de voz, incapaz de seguir sosteniendo esa ridícula farsa por más tiempo.

Maia sostuvo mi mirada unos segundos, asimilando la seriedad de mi propuesta, antes de asentir despacio y dar un paso atrás para recuperar la distancia profesional antes de que alguien se girara. Me quedé clavado en el umbral del pasillo, mientras la veía alejarse hacia la salida, con la certeza absoluta de que esa tarde la verdad y el deseo iban a colisionar de manera inevitable.

CAPÍTULO 15

Maia

El local que Noah había elegido para nuestra cita estaba escondido en una callejuela apartada de Chelsea, lejos del bullicio de las avenidas comerciales y de las miradas indiscretas de los paparazzi. Era un establecimiento pequeño, de luces tenues y aroma a grano de café tostado, donde los pocos clientes se limitaban a susurrar tras sus periódicos. Nos sentamos en una mesa del fondo, resguardados por una columna de ladrillo visto.

Pedimos dos cafés que tardaron una eternidad en enfriarse sobre la madera barnizada. El silencio entre nosotros era tan denso que casi se podía cortar, un cable de alta tensión que amenazaba con soltar una chispa al menor movimiento.

Al observarlo de cerca, desprovisto de los focos del Kings Crown Stadium y de las barreras del club, noté algo que me descolocó por completo. Noah Hayes estaba inseguro. Sus dedos daban toques rítmicos y nerviosos contra la taza de porcelana, y su mirada verde, siempre tan fiera y penetrante sobre el césped, rehuía la mía de manera constante, perdiéndose en los reflejos del ventanal. Aquella vulnerabilidad no pegaba en absoluto con su fachada pública ni con la actitud arrolladora que demostraba jugando. El delantero insaciable, capaz de tumbar defensas enteras con un desmarque, parecía ahora un chico atrapado en una encrucijada que lo superaba.

—Bueno —rompí el hielo, apoyando los antebrazos en la mesa y obligándolo a mirarme—. Supongo que no me has traído aquí para

analizar el repliegue táctico del derbi. ¿Qué pasa, Noah? Desde la cena en tu casa actúas como si fuera invisible. O peor, como si te arrepintieras de haberme dejado entrar en tu vida y, peor aún, de haberme besado. Que sepas que no soy de las que se deja besar así como así, por si lo estabas pensando.

Noah detuvo el movimiento de sus dedos. Suspiró con una gravedad que le tensó los hombros y, por fin, me clavó esos ojos verdes que me hacían tambalear las ideas.

—No es que seas invisible, Maia. Es que eres peligrosa —admitió con una voz ronca, bajando el tono hasta volverlo un susurro apenas audible. No me esperaba una respuesta tan directa, que me llegó como una flecha al corazón—. Lo que pasó la otra noche... ese beso. No debió suceder. Me pillaste con las defensas bajas por lo de Kimberly y el buenrrollo de la cena, pero las cosas no pueden salirse de lo estrictamente profesional entre nosotros. No nos conviene. A ninguno de los dos.

Una oleada de frío me recorrió el pecho, seguida de una punzada de orgullo que me escoció con fuerza. Así que era eso. Para él, aquel beso largo y profundo bajo la lluvia, aquella caricia que me había dejado las piernas temblando, no había sido más que un desliz fruto de la debilidad del momento. Una concesión por lástima o por puro desahogo.

—Entiendo —respondí, esforzándome al máximo para que mi voz sonara firme, teñida de esa ironía profesional que usaba como escudo—. Así que fue un error de cálculo. Un bache en el camino que el gran Noah Hayes necesita corregir para no desestabilizar su preciosa carrera y la imagen de lobo solitario.

—No lo retuerzas, Maia —me cortó él, y por un instante la fijeza salvaje de su mirada delató que la atracción entre nosotros seguía intacta, quemando con la misma fuerza que aquella noche—. Sabes perfectamente que no es por mi carrera. Hay demasiadas cosas en juego. Tú eres periodista y yo... yo tengo prioridades que no puedo desatender. No quiero que te hagas ideas equivocadas.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Que sugiriera que yo me estaba haciendo ilusiones o que no comprendía los límites de la situación me pareció de una soberbia intolerable. Me molestó

profundamente su arrogancia defensiva, esa manía de cerrarse en banda en cuanto alguien se acercaba un milímetro a su fortaleza.

—No te preocupes, Hayes, no me hago ninguna idea —le espeté, poniéndome en pie de golpe y cogiendo mi bolso del asiento de al lado—. No hace falta que me recuerdes quién soy ni cuál es mi trabajo. Me ha quedado clarísimo. Aunque en poca estima me tienes si crees que no sé separar una cosa de la otra. Disfruta de tu café.

Me di la vuelta y abandoné la cafetería a zancadas, sin esperar a ver su reacción. Durante todo el trayecto de vuelta a mi piso en el metro, y durante el resto de la tarde, no dejé de dar vueltas a la cabeza. Estaba furiosa, frustrada y, sobre todo, profundamente confundida. ¿Cómo podía un hombre besar con tanta ternura y luego mostrarse tan sumamente frío y esquivo? Había una contradicción enorme en su comportamiento, un misterio que iba muchísimo más allá del fútbol o de la simple timidez.

Al llegar a casa, ya de noche, encendí el ordenador de manera mecánica para revisar el correo, necesitaba pensar en otra cosa. En mitad de la bandeja de entrada, un mensaje captó mi atención de inmediato. Provenía de una dirección privada de Liverpool.

Se trataba de un contacto que había hecho semanas atrás en la propia Fundación Hope, un enfermero del turno de noche al que había estado sonsacando información con la excusa de un reportaje sobre salud mental en el deporte. Como investigar los nombres de los donantes de la clínica había resultado imposible, decidí cambiar de estrategia y pedirle un favor bajo cuerda: que echara un vistazo al registro histórico de pacientes ingresados a largo plazo durante la última década. Quería saber si había alguien de los círculos futbolísticos, familiares o gente relacionada con famosos.

Mi contacto me adjuntaba una lista escueta con apenas media docena de nombres que cumplían ese perfil. Al repasar el documento, mis ojos pasaron de largo por varios nombres desconocidos hasta que se detuvieron en uno que me hizo fruncir el ceño.

El nombre de Peter Caulfield me resultó extrañamente familiar. Mi memoria, entrenada para recordar crónicas antiguas y viejas glorias

caídas en el olvido, hizo clic de inmediato. Pasé el resto de la noche pegada a la pantalla del ordenador, devorando archivos digitales y buscando cualquier noticia antigua en internet que contuviera ese nombre. Las pocas referencias que encontré en la red hablaban de un prometedor centrocampista del Liverpool de finales de los noventa, un jugador tosco pero con una visión de juego brillante cuya carrera se había truncado de golpe a los veintiséis años tras un oscuro incidente doméstico del que los periódicos de la época apenas dieron detalles por motivos legales.

La curiosidad me impidió pegar ojo. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, me desplazé hasta la Biblioteca Central de Londres. Necesitaba acudir a la sección de microfilm y hemeroteca para revisar la prensa física de hace más de quince años, aquella que jamás se había digitalizado ni subido a internet.

Pasé horas revisando los archivos de los tabloides locales de Liverpool de la época, tomando notas a toda prisa en mi libreta. Al cruzar las fechas de los periódicos con los informes de las clínicas de rehabilitación de la zona, la macabra biografía de Peter Caulfield empezó a dibujarse ante mis ojos de forma nítida. No era una simple historia de adicciones y juguetes rotos del deporte. Caulfield había sido un hombre destructivo, alguien que en mitad de sus delirios y sus problemas con el alcohol estuvo involucrado en un suceso gravísimo que casi cuesta la vida de su propia familia antes de ser inhabilitado por completo y recluido en centros psiquiátricos.

Mientras organizaba mis notas sobre la mesa de madera de la biblioteca, un escalofrío me recorrió la espalda. Todavía no lograba conectar las piezas del puzzle ni sabía qué vinculación exacta tenía ese exfutbolista maldito con el delantero estrella del Kingsford, pero mi instinto me decía que Peter Caulfield era la llave maestra para entender el pánico que ocultaba Noah Hayes tras su mirada verde. Pero no quise dar ninguna suposición por cierta hasta tener todos los datos que pudieran corroborarlas.

Varios días después, en los que no supe nada de Noah, la rutina de la competición liguera se detuvo por el parón de selecciones. Algunos de los mejores jugadores de la Premier League se concentraron con sus respectivos combinados nacionales en las

instalaciones deportivas de la federación inglesa, a las afueras de Londres, y Noah Hayes se encontraba entre los convocados.

Como era habitual en estos parones, el departamento de prensa de la selección organizó el famoso *Media Day*. Era una jornada caótica y bulliciosa diseñada para los medios de comunicación, donde los entrenamientos se abrían por completo a los periodistas gráficos y las cámaras de televisión. Los futbolistas interactuaban entre ellos sobre el césped, bromeando y realizando ejercicios de posesión específicos para facilitar las fotografías y los reportajes de las cadenas internacionales.

Yo me encontraba a pie de campo, con mi libreta de notas en la mano y la acreditación de *Tactical Football* colgando del cuello, junto a un grupo de redactores que comentaban el estado de forma de los delanteros.

Llevábamos días sin hablarnos, desde nuestro tenso encuentro en la cafetería de Chelsea. A pesar de la distancia física que nos separaba en el terreno de juego, sentí un escalofrío en cuanto Noah saltó al césped junto a sus compañeros de selección. Llevaba la equipación de entrenamiento, el cabello algo húmedo por la niebla matutina y esa expresión imperturbable que lo caracterizaba. Durante los ejercicios de calentamiento, mientras corría y tocaba el balón al primer toque ante el destello constante de los flashes de los fotógrafos, su mirada se cruzó con la mía durante una milésima de segundo. Ninguno de los dos hizo amago de saludar, pero la tensión ambiental que se instaló entre nosotros fue tan fuerte que el resto del campo pareció desvanecerse por completo. La tregua forzada había terminado, y en mitad de ese circo mediático, el aire volvía a estar cargado de promesas y reproches ocultos.

Al terminar los ejercicios de posesión, el jefe de prensa de la federación le hizo una seña a Noah para que se acercara a mi micrófono. No pudo negarse.

Sostuve su mirada mientras se aproximaba, preparándome mentalmente para mantener nuestro habitual tono irónico, sin levantar sospechas. Hacer como que nada había pasado entre nosotros no iba a ser fácil, pero no había más remedio que ser profesional.

—Vaya, Hayes —comencé, ladeando la cabeza y ofreciéndole una sonrisa forzada—. Veo que el seleccionador te está haciendo ensayar el juego de espaldas. A ver si con la selección sí consigues asociarte con los extremos sin perder tantos balones como en el último derbi.

Era nuestra dinámica de siempre, pero algo falló en mi ejecución. Mientras pronunciaba aquellas palabras mordaces, mis ojos se clavaron en los suyos con una fijeza que no pude controlar. Sabiendo ahora la terrible historia de Peter Caulfield, la sombra del que creía que era su pasado familiar y el infierno que probablemente arrastraba si mis sospechas eran ciertas, no fui capaz de mantener la frialdad de otras veces. Una nota de profunda empatía, de una suavidad casi compasiva, se me coló en la mirada sin querer.

Noah lo interpretó fatal de inmediato. Su orgullo herido y su paranoia saltaron las alarmas.

—No te preocupes por mis pérdidas de balón, Thawne —me devolvió la pulla, forzando una sonrisa gélida delante de las cámaras que no logró ocultar la hostilidad que le vibraba en la voz—. Me pagan precisamente por arriesgar. Quizá los que analizáis el fútbol desde la barrera deberíais preocuparos más por vuestras propias líneas antes de juzgar las de los demás.

El jefe de prensa le tocó el hombro para pasarlo al siguiente medio, cortando la entrevista. Noah se dio la vuelta sin mirarme, dejándome con la palabra en la boca y el corazón desbocado. Me quedé paralizada, apretando el micrófono con fuerza mientras sentía que el rostro me ardía por el desprecio de su respuesta. Su orgullo desmedido lo había aplastado todo; había visto mi empatía y la había machacado como si fuera un ataque.

Recogí mis cosas a toda prisa, con un deseo exagerado de salir de ese maldito complejo, pero aún me quedaban entrevistas por hacer a otros jugadores. Al terminar la jornada, mientras caminaba hacia la zona de aparcamiento trasera cargando con mi bolso, me lo encontré de frente junto a la verja de seguridad. Noah caminaba hacia el autobús del equipo, pero al verme, se detuvo en seco. La rabia pudo más que la prudencia y me planté ante él.

—Te has pasado tres pueblos ahí dentro, Noah —le solté en voz baja, esforzándome por mantener la firmeza—. Solo estaba haciendo

mi trabajo y me has atacado como si fuera tu peor enemiga delante de todos mis compañeros. No me merezco tus cambios de humor ni que pagues conmigo tus malditos fantasmas.

La cercanía de su cuerpo y la intensidad salvaje de sus ojos verdes me nublaron el juicio por un instante. Deseé que bajara la guardia un solo segundo, pero Noah hizo todo lo contrario. Su rostro se transformó en una máscara de absoluta crueldad defensiva. Dio un paso hacia mí, acortando la distancia hasta que su aliento helado me rozó la frente.

—¿Mis fantasmas? —se mofó con una risa amarga y sibilina que me congeló la sangre—. No te equivoques, Maia. Lo que pasa es que no soporto que me mires como si me conocieras de algo. No soporto tu lástima. Me equivoqué la noche de la cena y me equivoqué al tomarme ese café contigo. Eres una periodista que busca una historia, y yo he cometido el error de dejar que te acerques demasiado a mi familia. Se acabó el juego. Mantente al margen de mi vida.

Di un paso atrás, como si sus palabras me hubieran dado un bofetón real. Sentí que palidecía por completo y un nudo asfixiante se me formó en la garganta. Me estaba acusando de ser un buitre, de usar a su hermana, de jugar con él por una puta crónica. Apreté los dientes con todas mis fuerzas, tragándome las lágrimas de impotencia, y le sostuve la mirada con la última pizca de dignidad que me quedaba.

—Tienes razón, Hayes —respondí, y me dolió escuchar mi propia voz, tan distante y muerta—. Eres solo un futbolista soberbio y yo solo soy la redactora que cubre tus partidos. No te preocupes, no volveré a cometer el error de ver algo más en ti. Quédate en tu torre de cristal. A solas.

Me di la vuelta y me marché a paso rápido hacia mi coche, sin mirar atrás ni una sola vez, aunque sentía su mirada clavada en mi espalda como un puñal.

Subí al coche y apoyé la frente contra el volante, con la respiración entrecortada mientras las primeras lágrimas de frustración resbalaban por mis mejillas. Noah había logrado lo que quería: levantar un muro insalvable de hielo entre los dos. Sabía que

no debía volver a acercarme a él, que su fortaleza era demasiado destructiva. Pero mientras arrancaba el motor y dejaba atrás las instalaciones de la selección, la libreta con las notas sobre el terrible pasado de Peter Caulfield pesaba como el plomo en mi bolso. La distancia entre nosotros ahora era real, enorme y definitiva, y lo peor de todo era que yo tenía el secreto que podía destruirlo para siempre, y él ni siquiera lo sabía.

CAPÍTULO 16

Noah

La concentración con la selección inglesa fue el salvavidas que no sabía que necesitaba. En cuanto los periodistas salieron del complejo deportivo de St. George's Park, el eco de las palabras de Maia en el aparcamiento y el peso muerto de mis propios demonios se quedaron flotando al otro lado de las verjas. Allí dentro solo existía el fútbol.

Durante esa semana, el cuerpo técnico se empeñó en romper los típicos grupitos de los clubes para hacer piña de cara a los partidos internacionales. Además de Seb, que se había convertido en mi sombra y en mi mayor apoyo en el vestuario del Kingsford, las dinámicas de grupo de la selección nos obligaron a mezclarnos por completo. El seleccionador tenía una regla estricta: prohibido sentarse por clubes en el comedor. Así fue como, casi sin darme cuenta, pasé de querer partirme la cara a media Premier League a compartir mesa, mantel y risas con mis peores rivales de los sábados.

Hice muy buenas migas con Jude, el carismático mediocentro del Liverpool. Era un tipo del norte, rudo, con los brazos tatuados y una planta que intimidaba a cualquiera en el túnel de vestuarios, pero que fuera del césped resultó tener un corazón de oro. Una noche, mientras tomábamos un té en las mesas de la terraza después de cenar, se sentó a mi lado y estuvimos hablando de lo jodido que era criarse en los barrios obreros del norte y lo mucho que chocaba el dinero de Londres cuando aterrizabas de nuevas. Jude entendía

perfectamente de dónde venía yo, el frío de las mañanas y el carácter cerrado de la gente de allí. No hizo preguntas de más, no hurgó en mi pasado, simplemente compartió su historia y respetó la mía.

—Oye, Noah —me soltó a mitad de la semana durante un ronda de entrenamiento, dándome un empujón que casi me manda al suelo—. El próximo derbi contra vosotros te voy a dar dos patadas bien dadas en el tobillo para compensar las risas de estos días, que no se te olvide.

—Intenta cazarme primero, Jude —le devolví la jugada con una sonrisa, metiendo el cuerpo para robarle el esférico.

También conecté de una manera increíble con Brian, el extremo izquierdo del Chelsea. El tío era un torbellino de energía, un descarado de veintidós años que vivía con unos cascos gigantes de música pegados a las orejas y que se pasaba las sesiones de gimnasio quejándose de las series de sentadillas mientras imitaba los gritos del preparador físico. Él y Kyle, uno de los defensas centrales del Manchester City que habitualmente me hacía marcajes al hombre insoportables, formaban un dúo cómico letal. Kyle resultó ser un tipo divertidísimo, muy alejado del carnicero implacable que te empuja contra la valla publicitaria durante los partidos.

Entre los entrenamientos intensos bajo la niebla matutina de St. George's Park, las sesiones con el fisioterapeuta para descargar los isquios y las clases tácticas con el míster, los días volaron. Pero el verdadero santuario del equipo era la sala de juegos del hotel por las noches.

Allí no había millones de libras, ni contratos publicitarios, ni presiones de la prensa. Éramos solo un puñado de chicos haciendo lo mismo que hacíamos a los doce años. Las timbas de cartas se volvieron legendarias, pero lo peor eran los piques en el torneo de la PlayStation. Brian y yo formamos pareja en el simulador de fútbol y llegamos a la final contra Jude y Seb. Recuerdo perfectamente el viernes por la noche; el marcador iba dos a dos en el minuto noventa, la sala estaba abarrotada con el resto de los internacionales gritando, apostando refrescos y tirándonos palomitas a la cabeza. Cuando Brian marcó el gol de la victoria en el último

suspiro, salté del sofá y lo cargué a hombros en mitad del salón mientras Kyle nos duchaba con agua mineral como si hubiéramos ganado la Copa del Mundo.

Me dolía el estómago de tanto reírme. Hacía años, literalmente años, que no me sentía así. Me sentía libre. Arropado por tíos de mi edad que me valoraban únicamente por lo que era capaz de hacer con un balón en los pies y no por el apellido que intentaba ocultar con uñas y dientes. En esa sala de juegos no era el hijo de un juguete roto; era solo Noah, el delantero del equipo, el compañero que metía los goles. El sábado por la tarde, tras ganar el partidillo de entrenamiento con un golazo por la escuadra a pase de Jude, nos abrazamos todos sobre el césped, exhaustos y empapados de sudor. Al mirarlos a todos a la cara, me descubrí sonriendo de verdad, con una sensación de plenitud que me ensanchaba el pecho. Estaba integrado, cómodo. Y me sentía como nunca. Sin duda había nacido para el fútbol.

El colofón de la semana llegó el sábado por la noche con el partido amistoso que jugamos contra la selección de Alemania en un Wembley abarrotado. La complicidad que habíamos forjado entre risas en la sala de juegos se trasladó al césped de una manera mágica. Jude dominaba el centro del campo como un gigante, recuperando balones y rompiendo líneas con una facilidad pasmosa, mientras que Brian no paraba de desbordar por la banda izquierda, volviendo locos a los defensas germanos. En el minuto setenta, tras una jugada ensayada que habíamos estado repitiendo hasta la saciedad en los entrenamientos, Jude filtró un pase milimétrico entre los centrales; arrastré la marca, controlé con el pecho y, sin dejar caer la pelota, la reventé de volea colándola por toda la escuadra. El estadio rugió con una fuerza que me hizo vibrar los huesos. Brian llegó corriendo y se me colgó del cuello, seguido por Jude, Kyle y el resto del equipo, que me zarandearon entre gritos de júbilo y palmadas en el pecho. Mientras celebrábamos la victoria sobre el césped bajo el destello de los focos y los aplausos de miles de aficionados, sentí una oleada de adrenalina y plenitud que me ensanchaba el pecho. Estaba en la cima, arropado por los mejores, cómodo en mi propia piel. Era, por fin, extrañamente feliz.

Pero las burbujas, por definición, siempre terminan estallando.

El regreso a Londres el domingo por la tarde fue un golpe de realidad de los que te dejan sin aliento. Crucé el umbral de mi casa y el silencio me recibió como una bofetada. Era una mansión grande, lujosa, de líneas modernas y ventanales perfectos, pero estaba completamente vacía. No había ruidos, no había risas, no había calor. Solo el eco de mis propios pasos sobre el suelo de porcelana blanca.

Dejé la mochila de la selección en el vestíbulo y, sin quitarme la chaqueta, saqué el móvil y llamé a mi madre. Necesitaba escuchar una voz familiar para no hundirme en el pozo de mi propia casa, la que había buscado pensando en ellas y que se negaban a ocupar.

—Hola, hijo —respondió ella al segundo tono, y supe que estaba sonriendo solo por la vibración de su voz—. Ha sido un partidazo, enhorabuena, cariño.

—Hola, mamá. Ha sido increíble. Me alegro de que lo hayas visto. ¿Cómo están las cosas por allí?

—Muy bien, cielo. No te vas a creer la noticia... Kimberly se ha estado informando en varias webs toda la semana. Al final va a mandar la solicitud de ingreso en tres universidades diferentes de Londres. Está entusiasmada con el campus de musicología que visitó. Creo que... creo que de verdad está lista para dar el paso y dejar Liverpool.

Un alivio inmenso me inundó el pecho, destensándome los hombros de golpe. Sentí una felicidad pura y genuina. Por fin. Por fin iba a poder sacarlas de aquel ambiente viciado del norte, de las calles donde la sombra de mi padre era un monstruo enorme que amenazaba con devorarlas a la vuelta de cada esquina. En Londres estarían a salvo. Conmigo.

—Es la mejor noticia que me podías dar, mamá —aseguré, tragándome el nudo de la garganta—. Dile que la ayudaré en todo lo que necesite.

Una sensación de felicidad que no solía notar me inundó por completo: ellas a salvo, Kim estudiando y todo tras una semana perfecta. No podía pedir más.

Mi madre no contestó. El silencio al otro lado de la línea se volvió denso, y supe perfectamente lo que venía antes de que abriera la boca. La ayudé a soltarlo.

—¿Cómo está él?

—Pues... —titubeó en un hilo de voz—. He ido a verlo esta mañana a la clínica. A la Fundación Hope.

—¿Cómo? No, mamá, no debes ir allí, no debe verte. Lo prometiste. —Se me congeló la sonrisa. La mandíbula se me tensó de inmediato.

—Lo sé, cariño. La enfermera llamó al número ese anónimo que me diste.

—¿Y bien? —pregunté, forzando una neutralidad que no sentía.

—Las noticias no son buenas, hijo. Los médicos dicen que los daños cognitivos por los años de abusos son severos. Ha tenido otra crisis de delirios esta semana. Apenas sabe dónde está. Sigue... sigue atrapado en el pasado, obsesionado con el fútbol y con lo que pasó aquella noche. A mí ni me reconoció; me tomó por otra enfermera.

Apreté el puño libre hasta clavarme las uñas en la palma de la mano. Peter Caulfield seguía destruyéndose a sí mismo, arrastrando los pedazos de la familia que casi aniquila.

—No pienses en eso, mamá. Céntrate en Kim y en la mudanza —le corté de forma suave pero tajante, incapaz de seguir escuchando hablar de él—. No te merece y no quiero que sientas lástima, ¿me oyes? Te llamo mañana, ¿vale? Te quiero.

Colgué antes de que pudiera replicar. Lancé el teléfono sobre la mesa de centro y me dejé caer en el enorme sofá de cuero, abrumado por el peso del mundo. La felicidad de hace unos minutos se fue a pique. Me dolía la cabeza. Agarré el mando a distancia y encendí la televisión de manera mecánica, buscando cualquier ruido de fondo que acallara mis pensamientos.

Sintonizé el canal deportivo. Mala idea. En la pantalla apareció el plató iluminado de la tertulia nocturna de fútbol, y allí, sentada en

primera fila con un traje de chaqueta oscuro que le sentaba de escándalo y el pelo castaño recogido, estaba Maia. Maldije no haber puesto una película para no encontrarme con ella. En ese momento, analizaba con una brillantez impecable los movimientos tácticos de la selección durante la semana, moviendo las manos con esa seguridad aplastante que tanto me fascinaba. Estaba preciosa. Y parecía tan jodidamente lejana, tan fuera de mi alcance por culpa de las barreras que yo mismo había levantado desde lo que le solté en el aparcamiento, que sentí una punzada física en el centro del pecho.

Me quedé mirándola fijamente, incapaz de apartar los ojos de su boca, recordando el sabor de sus labios bajo la lluvia y la forma en que su cuerpo encajaba contra el mío. La echaba de menos. Dios, la echaba de menos hasta el punto de doler.

Poco a poco, el cansancio acumulado de la semana y el zumbido de la televisión empezaron a pesarme en los párpados. Me acomodé en el sofá, acurrucándome contra el cojín mientras la imagen de Maia en la pantalla empezaba a desdibujarse. Me adormecí allí mismo, a oscuras, dejándome arrastrar por el sueño. Y por primera vez en muchos años, no soñé con los gritos de mi padre ni con las luces de las ambulancias de Liverpool. Soñé con ella. Con sus ojos castaños mirándome sin lástima, con sus manos enredadas en mi pelo y con una tregua que, al despertar, sabía que volvería a convertirse en cenizas.

CAPÍTULO 17

Maia

El silencio de mi piso se me caía encima. Desde el desastre en el aparcamiento con Noah, la redacción de *Tactical Football* se había convertido en un suplicio y mi casa en un búnker de soledad. Necesitaba ruido, aire, normalidad. Necesitaba, desesperadamente, sacarme de la cabeza esos malditos ojos verdes y la crueldad con la que me había expulsado de su vida.

Por eso, cuando Liam, un compañero de la sección de internacional con el que llevaba meses cruzando miradas en la cafetería del grupo editorial, me sugirió organizar una cena improvisada en mi piso con un par de compañeros más, acepté sin pensarlo. Vinieron Liam, Brenda, de diseño gráfico, y Marcus, un fotógrafo de la vieja escuela que siempre llevaba una historia cínica en la boca.

Cocinamos pasta, abrimos tres botellas de vino tinto y pusimos música de fondo. Durante un par de horas, funcionó. Me reí, bebí de más y dejé que Liam se sentara demasiado cerca de mí en el sofá, rozando su rodilla contra la mía. Estaba intentando convencerme a mí misma de que aquello era lo que quería: un chico normal, un compañero de profesión divertido, alguien que no viniera acompañado de un pasado destructivo ni de muros de hielo insalvables.

El desastre ocurrió pasada la medianoche. Brenda se había marchado ya en un taxi y Marcus estaba en la cocina, terminando de fregar las copas de vino mientras tarareaba la canción que sonaba

en los altavoces. Liam y yo nos quedamos solos en el salón. La atmósfera se había vuelto densa, cargada de esa expectativa típica del final de una cita. Él se inclinó hacia mí, con una sonrisa perezosa, y me besó.

Fue un buen beso. Cálido, correcto, experto. Pero por dentro, yo estaba completamente congelada. Mi mente, traicionera y obsesiva, no hacía más que comparar la suavidad de sus labios con la urgencia salvaje, el sabor a lluvia y la desesperación del beso de Noah. Me aparté sutilmente, forzando una sonrisa cansada.

—Voy... voy al baño un segundo, Liam. Ahora vuelvo —mentí, porque lo que necesitaba era respirar.

Me levanté y caminé hacia el pasillo. Me apoyé contra los azulejos fríos, abrí el grifo y me mojé las muñecas con agua helada, mirándome al espejo. Me sentía culpable por no ser capaz de disfrutar del momento, por tener el fantasma de Noah saboteando cada rincón de mi cabeza. Estuve allí dentro apenas un par de minutos, intentando ordenar mis pensamientos antes de regresar al salón.

Cuando salí del baño, vi a Liam de pie frente a mi mesa de trabajo. Se me cortó la respiración.

Sobre el escritorio de madera, el portátil estaba abierto, pero con la pantalla apagada. Al lado, desplegadas como un puzle macabro, estaban las fotocopias de los microfilms de la Biblioteca Central: los recortes de los periódicos de los noventa con los titulares sobre los delirios de Peter Caulfield, las fotos de su detención y, justo al lado, mi libreta abierta de par en par con un esquema manuscrito que unía las fechas de nacimiento, los traslados de cuenta y una línea roja que conectaba directamente el nombre de Caulfield con el de Noah Hayes. Fui una estúpida por no esconderlo todo antes de que llegaran. ¿Cómo me pudo pasar?

Liam tenía la libreta en la mano. Su rostro, habitualmente risueño, estaba completamente pálido, con los ojos abiertos de par en par fijos en mis notas.

—Maia... —susurró, girándose lentamente hacia mí en cuanto escuchó mis pasos. Su voz temblaba de pura adrenalina periodística—. Dios santo, Maia. Dime que esto no es lo que parece.

Me quedé clavada en el umbral, sentía cómo toda la sangre se me retiraba del rostro, dejándome las manos heladas.

—Déjalo en la mesa, Liam. No toques nada —le ordené, con una voz que pretendía ser autoritaria, pero que sonó rota.

Él no me hizo caso. Dejó la libreta, pero señaló las fotografías con un dedo tembloroso.

—Peter Caulfield... el centrocampista que se volvió loco y casi mata a su familia en Liverpool. Es el padre de Noah Hayes. ¡Es su puto padre! Las fechas coinciden, el historial médico, el cambio de apellido de la madre... ¡Por eso Hayes oculta a su familia! ¡Por eso nadie sabe de dónde salió!

Liam se llevó las manos a la cabeza, dando una zancada hacia mí. El brillo en sus ojos no era de preocupación; era el hambre del depredador que acaba de oler la exclusiva de la década. Un bombazo que destruiría los servidores de cualquier periódico deportivo de Europa.

—¿Lo vas a publicar? —me presionó, agarrándome suavemente por los hombros, con la respiración acelerada—. Maia, esto es histórico. Si *Tactical Football* saca esto en portada, nos consagramos. Te dan el premio a periodista del año mañana mismo. ¿Cuándo lo vas a soltar?

—¡No voy a soltar nada! —le grité, apartándolo de un manotazo con una furia y una desesperación que me encendieron el rostro de un rojo encendido. Corrí hacia la mesa, cerrando la tapa del ordenador portátil de un golpe seco y recogiendo las hojas de los periódicos contra mi pecho, como si intentara esconder un cadáver—. ¡Sal de aquí, Liam! ¡Sal de mi casa ahora mismo!

—Maia, estás loca, tienes la carrera de Hayes en tus manos...

—¡Es información privada! —bramé, con las lágrimas de rabia desbordándose por mis mejillas—. ¡Es secreto profesional! No hay ninguna historia aquí, ¿entiendes? Son solo notas de archivo. Si dices una sola palabra de lo que has visto en esta habitación, te juro por mi vida que me encargará de que no vuelvas a escribir ni una nota de prensa en este país. ¡Prométemelo! ¡Prométeme que no vas a decir nada!

Liam dio un paso atrás, asustado por mi brote de violencia. Levantó las manos en señal de rendición, aunque la chispa de la codicia seguía bailando en el fondo de sus pupilas.

—Vale, vale, de acuerdo. Lo prometo. Es secreto profesional. Tranquilísima, Maia. No diré nada.

Sacó a Marcus de la cocina con una excusa cualquiera y los dos se marcharon de mi piso cinco minutos después. Pasé el resto de la noche sentada en el suelo del despacho, abrazando mis rodillas, con una sensación espantosa de que el suelo bajo mis pies empezaba a agrietarse.

El presentimiento se convirtió en una pesadilla infernal tres días después.

Era jueves por la mañana. Estaba en la redacción, frente a mi taza de café, cuando un murmullo extraño empezó a recorrer las mesas de los redactores. Brenda me miró desde el otro lado de la sala con una expresión de horror puro, y a los pocos segundos, mi teléfono móvil comenzó a pitar de manera histérica con alertas de Twitter y mensajes de texto.

Con las manos temblándome tanto que casi tiro la taza, abrí el navegador.

No lo publicaba *Tactical Football*, ni ningún medio serio. La noticia había estallado en *The Goal Post*, un pasquín digital de ínfima categoría, un medio sensacionalista sin escrúpulos conocido por inventarse rumores de fichajes y airear trapos sucios de los futbolistas. Pero esta vez no era un rumor.

El titular ocupaba toda la pantalla, zafio y destructivo:

«¿EL HIJO DE UN MONSTRUO? FILTRADO EL HISTORIAL PSIQUIÁTRICO DEL PADRE DE NOAH HAYES: EL DELANTERO REY DE LONDRES ES EN REALIDAD EL CACHORRO DE PETER CAULFIELD».

El artículo era una carnicería. Aunque no aportaba las fotocopias físicas que yo tenía en mi despacho, describía con una exactitud milimétrica los ingresos en la Fundación Hope, las fechas de las crisis de Caulfield y la conexión con el delantero del Kingsford. Todo lo que

Liam había leído en mi libreta estaba redactado palabra por palabra, aderezado con un tono amarillista asqueroso.

El mundo se desvaneció a mi alrededor. El ruido de la redacción desapareció, sustituido por un zumbido ensordecedor en mis oídos.

«Liam».

Me levanté de la silla con tanta violencia que tiré el teclado al suelo. Busqué con la mirada por toda la planta, pero su mesa estaba vacía. No había venido a trabajar. Agarré el móvil, salí corriendo hacia las escaleras de emergencia del edificio y marqué su número con el corazón golpeándome contra las costillas como un animal enjaulado.

—¿Qué coño has hecho, Liam? —le espeté en cuanto descolgó, sin dejarlo ni respirar. Mi voz era un grito ahogado de pura desesperación—. ¡Me lo prometiste! ¡Me diste tu palabra de que era secreto profesional! ¡Has vendido mis notas a esa basura de portal!

Al otro lado de la línea se escuchó un silencio cobarde, seguido por una respiración agitada. Liam ni siquiera intentó sonar digno.

—Maia... me ofrecieron veinte mil libras —susurró, con una voz patética—. No tienes ni idea de las deudas que tengo... Iban a quitarme el coche. Pensé que, al ser un medio tan poco serio, nadie te culparía a ti. Nadie sabe que las notas eran tuyas, te lo juro...

—¡Eres un maldito desgraciado! —le chillé, estallando en lágrimas de pura impotencia, golpeando la pared de hormigón de la escalera con el puño—. ¡Has destruido una familia! ¡Me has destruido a mí! ¡No vuelvas a hablarme en tu puta vida!

Colgué el teléfono, dejándome caer de rodillas en el escalón. Estaba desesperada, completamente fuera de mí. La culpa me devoraba las entrañas como ácido. Noah. Dios mío, Noah. Él pensaría que había sido yo. Recordaría mi mirada en el *Media Day*, recordaría mis amenazas en el aparcamiento, recordaría que yo era la única periodista que había preguntado por la clínica de Liverpool. Estaba segura de que para él, yo era el monstruo que acababa de vender su vida por un puñado de clics.

Tenía que llamarlo. Tenía que avisarlo, suplicarle que me escuchara, explicarle que me habían robado la información en mi propia casa. Busqué su contacto en la agenda, con la vista nublada

por las lágrimas, pero mis dedos se congelaron sobre la pantalla. ¿Iba a creerme? ¿Después de lo frío y cortante que había sido conmigo? Jamás me creería. Estaba a punto de marcar, con el pecho tan apretado que apenas podía respirar, cuando el teléfono empezó a vibrar de golpe en mi mano.

La pantalla parpadeó, mostrando el nombre que me hizo dar un respingo de puro terror, el suyo.

Se me detuvo el corazón. El aire se volvió de plomo. Me llevé el aparato a la oreja con una mano que me temblaba como una hoja, tragándome el sollozo antes de presionar el botón de aceptar.

—¿Noah? —susurré, con el hilo de voz que me quedaba.

Al otro lado de la línea no hubo gritos, ni insultos, ni la furia destructiva que me esperaba. Lo que escuché me heló la sangre mucho más que cualquier explosión de rabia. Solo había un silencio sepulcral, denso, roto únicamente por una respiración entrecortada y pesada. Cuando por fin habló, su voz sonó tan rota, tan desprovista de vida y tan terriblemente herida que sentí un dolor físico insoportable en el centro del pecho.

—Dime que no has sido tú, Maia —pidió en un susurro ronco, un ruego desesperado que parecía el de un hombre al que acaban de empujar al abismo—. Por lo que más quieras en este mundo... dime que no me has hecho esto.

CAPÍTULO 18

Noah

—Dime que no has sido tú, Maia. Por lo que más quieras en este mundo... dime que no me has hecho esto.

El silencio que se filtró por el auricular fue la peor de las respuestas. No hubo una negativa inmediata, no hubo un grito de indignación. Solo escuché una respiración ahogada y entrecortada, seguida de un pequeño sollozo que intentó camuflar sin éxito. Aquel llanto contenido me perforó el pecho como un disparo a quemarropa.

No necesité escuchar nada más. Sentí cómo una náusea violenta me subía por la garganta mientras todo el peso del mundo caía sobre mis hombros, aplastándome.

—Noah, por favor, escúchame... —Alcanzó a articular ella con la voz rota, temblorosa—. No es lo que crees, yo no...

—Cállate —la corté. Mi voz no sonó furiosa; sonó muerta, vacía, desprovista de cualquier rastro de la calidez que alguna vez había sentido por ella—. No quiero volver a verte en mi puta vida, Maia. Esto es lo más cruel que me han hecho, después de lo que ya sabes. Y no sé por qué, qué te he hecho yo.

—¡Noah, yo no...!

—Cállate, por favor —supliqué y la furia negra que llevaba conteniendo desde que saltó la noticia estalló, haciéndome temblar la mano—. Fuiste la única. La única que me preguntó por lo de la Fundación Hope. Te acerqué a mi familia, te metí en mi casa, dejé

que Kimberly te viera como a una amiga... Dios, incluso dejé que me besaras. Qué estúpido fui. Todo era parte del plan, ¿verdad? Te acercaste a mí buscando el cadáver en el armario, buscando la puta exclusiva que te consagrara. ¿Lo has conseguido? —bramé—, ¿te han pagado bien?

Al otro lado de la línea, Maia no replicó. Solo la escuchaba llorar, un llanto desesperado, ruidoso y destrozado que en otro momento me habría partido el alma, pero que en ese instante solo me pareció la actuación de alguien atrapada en su propia mentira. Mi paranoia, esa vieja enemiga que me susurraba que nadie me querría por mí mismo, se relamió las heridas, victoriosa. Tenía razón. El mundo exterior solo quería destruirme.

—Felicidades por el artículo, redactora —susurré con un desprecio gélido—. Has conseguido lo que querías. Ahora borra mi número.

Colgué antes de que pudiera pronunciar otra palabra. Lancé el teléfono contra la pared del vestuario de la ciudad deportiva del Kingsford, viendo cómo la pantalla se agrietaba en mil pedazos. Me llevé las manos a la cabeza, tirándome del pelo, intentando contener el temblor de mis rodillas.

Apenas veinte minutos antes, Olivia Ward me había sacado del entrenamiento con la cara completamente desencajada y la tablet en la mano. Pensé que le había pasado algo a mi familia, y, en cierto modo, así fue. Cuando leí aquel titular de *The Goal Post*, sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Mi peor pesadilla, el secreto que me había costado ochenta millones de libras, mi salud mental y el bienestar de mi madre, estaba expuesto en internet para el morbo de millones de desalmados. El hijo de Peter Caulfield. El hijo del monstruo que intentó asesinar a su familia.

Me compuse como pude, me tragué las lágrimas de orgullo y salí del despacho para dirigirme a la sala de juntas del club. Olivia me estaba esperando allí, paseando de un lado a otro con el teléfono pegado a la oreja, encendida en rabia. Al verme entrar, colgó de golpe y se acercó a mí.

—Noah... lo siento muchísimo, de verdad. Estamos intentando averiguar de dónde ha salido la filtración. El departamento legal ya está redactando una demanda por vulneración del derecho a la

intimidad, pero el daño... —Olivia se detuvo, mirándome con una compasión que me dolió más que el propio artículo.

Me senté en la gran mesa de cristal, apoyando los codos en las rodillas. Me sentía desnudo.

—Olivia, voy a poner mi puesto a disposición del club —solté, con la voz plana, mirando al vacío—. Esto va a ser un circo mediático. Los patrocinadores se van a caer, la prensa va a destrozar la imagen del Kingsford y la afición... no sé cómo van a reaccionar. Si el club quiere rescindir mi contrato, lo entenderé. No quiero ser una carga.

Olivia se plantó frente a mí y, saltándose cualquier protocolo profesional, me agarró de la barbilla, obligándome a mirarla. Sus ojos destilaban una furia protectora feroz.

—Escúchame bien, Noah Hayes. No digas más estupideces —me espetó, tajante—. Tú no eres tu padre. No tienes la culpa de los pecados de un hombre enfermo del pasado, y en este club nadie, absolutamente nadie, te juzga por tu familia. Te fichamos por ser el mejor delantero de Europa, no por tu árbol genealógico. El Kingsford es tu casa, y de aquí no te mueves.

En ese momento, la puerta de la sala se abrió y entraron Arthur Pendelton, el presidente del club, y el míster. Pendelton, con su habitual elegancia británica y su rostro serio, se acercó a mí y me puso una mano firme en el hombro. El míster, cruzado de brazos, asintió con la cabeza.

—Olivia tiene razón, muchacho —dijo Pendelton con una voz grave que transmitía una seguridad tremenda—. El club está contigo al cien por cien. Ya hemos emitido un comunicado oficial condenando el amarillismo de ese portal y exigiendo respeto para tu privacidad. De hecho, Noah... el míster y yo hemos estado hablando. Creemos que lo mejor es que te tomes unas semanas de vacaciones. Aléjate de Londres, vete con tu madre a una playa, descansa y deja que la tormenta pase. Te daremos permiso retribuido el tiempo que necesites.

Miré al presidente y luego al entrenador. La tentación de huir, de esconderme en un agujero negro donde nadie pudiera señalarme, era enorme. Pero entonces me imaginé a mí mismo en una casa

vacía, viendo las noticias en la televisión, carcomido por la rabia y el recuerdo de la traición de Maia.

—No —respondí, poniéndome en pie de golpe. La mandíbula se me tensó—. Con todo el respeto, señor Pendelton, pero no quiero vacaciones. Esconderme sería como achicarme y darles la razón. Además, lo único que me da la vida, lo único que me mantiene cuerdo y me hace olvidar quién soy, es jugar al fútbol. Si me quitan el césped, me hundo. Quiero entrenar mañana. Quiero jugar el sábado. Necesito jugar.

El místico sonrió de medio lado, una mueca de orgullo deportivo. Miró al presidente y se encogió de hombros.

—Te lo dije, Arthur. Este chico está hecho de otra pasta. Mañana te quiero a primera hora en el gimnasio, Hayes.

Pendelton suspiró, pero asintió, visiblemente conmovido por mi reacción.

—De acuerdo. Pero déjanos hacer algo por ti. Olivia nos ha contado que tu madre y tu hermana estaban planeando la mudanza a Londres para huir de la presión del norte. Con este escándalo, la prensa va a asediar su casa en Liverpool en cuestión de horas. El club puede enviar un equipo de seguridad privado allí mismo esta tarde. Nosotros nos encargaremos de empaquetar todo, fletar los camiones y traerlas a Londres en secreto total. Se instalarán donde nos digas mañana mismo.

Un nudo de gratitud me apretó la garganta.

—Gracias, señor —alcancé a decir.

A pesar del apoyo del club, el regreso a mi casa por la tarde fue un descenso a los infiernos. Crucé el umbral y la soledad de aquella mansión lujosa me envolvió como un sudario. Estaba hecho polvo, destrozado por dentro. Me quité la ropa y me metí en la cama, cubriéndome el rostro con las sábanas, deseando desaparecer.

Toda mi vida estaba expuesta. Mis peores vergüenzas, el dolor de mi infancia, los delirios de mi padre... todo el mundo lo sabía, los programas empezarían a escarbar y a mentir cuando no tuvieran verdad que contar. Me iban a hundir como una vez ya hicieron con mi padre. Y lo que más me quemaba las entrañas, lo que me hacía retorcerme de dolor en el colchón, era ella. Maia. Me había

traicionado. Otra vez alguien en quien había confiado me apuñalaba por la espalda. Me dolía más su traición que el propio artículo. Recordar sus labios, sus promesas silenciosas de comprensión... todo había sido una puta mentira de periodista. La odiaba. La odiaba con toda mi alma por haberme hecho creer, aunque fuera por un segundo, que no estaba solo en el mundo.

Pasadas las nueve de la noche, el timbre de la casa empezó a sonar de forma insistente. No pensaba abrir. Seguro que era un paparazzi o un reportero pesado que habría sobornado al de seguridad para entrar. Pero a los pocos minutos, escuché el ruido de unas llaves en la cerradura del piso de abajo.

Me levanté de la cama de mal humor, y encendí las luces, dispuesto a echar a patadas a quien fuera. Al llegar al final de la escalera, me quedé helado.

Seb y Ethan estaban en mi cocina. Seb tenía una copia de mis llaves de emergencia, que me pareció buena idea darle cuando alquilé la casa, y Ethan cargaba con cuatro bolsas gigantes de papel grasiento de una cadena de hamburgueserías local.

—¿Qué coño hacéis aquí? —pregunté, con la voz ronca y el pelo revuelto.

—¿A ti qué te parece, idiota? Traemos la cena —soltó Ethan con su habitual desparpajo, vaciando el contenido de las bolsas sobre la encimera de mármol: hamburguesas dobles con queso, montañas de patatas fritas y botes de salsas—. Comida basura a espaldas del nutricionista del equipo. Si ese nazi de las calorías se entera de lo que vas a cenar hoy, nos manda a los tres al banquillo hasta el final de la temporada.

—No tengo hambre, tíos. Iros a casa —pedí, dándome la vuelta, sintiendo que no tenía fuerzas para fingir.

Seb se plantó en mitad de mi camino, cruzándose de brazos. Su mirada era seria, pero cargada de una lealtad inquebrantable.

—No nos vamos a ir, Noah. Así que muévete, coge una cerveza de la nevera y siéntate en el sofá. Vas a cenar con tus amigos, te guste o no.

No tuve energía para discutir. Nos sentamos los tres en el suelo del salón, alrededor de la mesa de centro, devorando la comida

grasienta en mitad de un ambiente que, milagrosamente, empezó a aligerarse. Ethan no paraba de hacer chistes estúpidos sobre los entrenamientos y de imitar los gritos del míster cuando alguien perdía un balón en los rondos.

—Tío, tenías que haber visto la cara de Jalid hoy cuando el preparador le ha dicho que tenía los niveles de grasa altos —se reía Ethan, con la boca medio llena de patatas—. Ha estado a punto de morderle la oreja. Dice que el africano come barro y que el barro no tiene calorías.

Me descubrí soltando una pequeña carcajada, la primera de todo el día. Miré a Seb y a Ethan; se estaban esforzando al máximo por mantener el tema alejado de la prensa, hablándome de videojuegos, de tácticas y de estupideces de vestuario. Me estaban cuidando a su manera, de la forma en que lo hacen los tíos: sin dramas, sin discursos lacrimógenos, simplemente estando ahí, llenando el vacío de mi casa con ruido y lealtad.

Estuvimos jugando a la consola hasta pasada la medianoche. Poco a poco, la opresión que sentía en el pecho se fue relajando, sustituida por el cansancio y la calidez de su compañía. Cuando el reloj marcó la una, Seb y Ethan recogieron los restos de la cena y se despidieron con un par de palmadas fuertes en la espalda.

—Mañana a primera hora en el gimnasio, Hayes. No te retrases o te robaré el puesto de titular —me amenazó Ethan con una sonrisa antes de salir por la puerta.

—Gracias, tíos —les dije de corazón.

Cuando cerré la puerta tras ellos, la soledad regresó, pero ya no era tan oscura. Subí a mi habitación y me metí en la cama, completamente agotado. Me acorralaba el agobio de pensar en el partido del sábado, en los estadios llenos y en las portadas de los periódicos que estarían esperándome. Mi vida entera estaba expuesta al mundo.

Me acomodé de lado, con los ojos cerrados, intentando conciliar el sueño. Pero antes de caer en la inconsciencia, el rostro de Maia volvió a cruzarse por mi mente. Su llanto en el teléfono seguía resonando en mis oídos. La herida de su traición seguía sangrando, recordándome que el amor y la confianza eran lujos que un chico

como yo no podía permitirse. Me dormí con el puño apretado, jurándome a mí mismo que no volvería a dejar que nadie se acercara lo suficiente como para volver a romperme.

CAPÍTULO 19

Maia

Los días posteriores a la llamada de Noah fueron un desierto de culpa, rabia e impotencia. No podía concentrarme en la redacción. Cada vez que escuchaba el teclado de un compañero o veía una alerta de la Premier League en las pantallas de la redacción, sentía que me faltaba el aire. No podía seguir cubriendo al Kingsford FC. No podía arriesgarme a cruzarme con los ojos verdes de Noah en una zona mixta, ni a soportar el desprecio que sabía que me profesaba.

Por eso, el lunes por la mañana, tras pasar un domingo entre *kleenex*, botes de helado, pizzas y películas tipo Hallmark, que eran como echar sal en la herida, me planté en el despacho del director de la revista. Le pedí, casi suplicando, un cambio de sección.

—El fútbol femenino está cogiendo muchísimo tirón esta temporada, Maia —me dijo el director, ajustándose las gafas mientras revisaba los índices de audiencia—. Necesitamos una firma acreditada y respetada como la tuya para liderar la cobertura de la Super League femenina. Te vendrá bien el cambio de aires.

Acepté de inmediato. Fue mi tabla de salvación. El fútbol femenino se manejaba en otra dimensión, con otros estadios, otras dinámicas y, afortunadamente, otro calendario completamente diferente al de los chicos, por lo que no había casi ninguna probabilidad de cruzarme con Noah. Pasaron las semanas y el destino se encargó de mantenernos blindados: ni un solo encuentro fortuito, ni una sola llamada. Desaparecí por completo del mapa de Noah Hayes, o él del

mío. Al principio pensé que sería un alivio, pero la realidad se instaló en mi pecho como un frío constante; era una sensación extraña de orfandad profesional y personal, como si me hubieran arrancado de golpe el centro de gravedad. Me dolía el vacío de sus silencios mucho más que el eco de sus gritos, y cada vez que abría la libreta de notas, la ausencia de esos ojos verdes en las zonas mixtas era como una amputación que intentaba disimular de cara a la galería. Aunque nunca fuimos nada y nuestras peleas verbales no eran divertidas, se puede decir que de alguna manera lo echaba de menos.

A pesar de todo eso, mi nuevo destino no tardó en presentar sus propios desafíos que me ayudaron a mantener la cabeza ocupada. Aunque las jugadoras me recibieron con los brazos abiertos y descubrí un fútbol puro, técnico y vibrante, los pasillos de la profesión seguían oliendo a naftalina. Tuve que morderme la lengua más de una vez en la redacción al escuchar los comentarios condescendientes y machistas de algunos compañeros veteranos.

—Vaya, Thawne, de cubrir al pichichi de la liga a ver los partidillos mediocres del fin de semana —se mofó una tarde Miller, uno de los redactores jefe de la sección tradicional, en la máquina de café—. Al menos ahora no tendrás que estresarte tanto con las ruedas de prensa.

Esos comentarios no solo se quedaban en la oficina; se repetían en los pasillos de los estadios cuando las futbolistas abandonaban la sala de prensa. «Hacen lo que pueden», «el ritmo no es el mismo», «esto no vende», «qué se habrán creído, nunca jugarán como ellos», «mejor estarían calentándonos la cama, aunque la mayoría se lo hacen entre ellas», seguido de una risotada. La condescendencia y el lenguaje despectivo me ponían enferma.

En lugar de estallar o ganarme fama de borde en la editorial, decidí usar mi mejor arma: la pluma. Comencé a escribir una columna semanal titulada *Desde el banquillo de atrás*. En ella, analizaba el machismo estructural del fútbol, pero no desde el ataque directo o el panfleto feminista, sino a través de una ironía fina, elegante y sumamente inteligente. Desarmaba los prejuicios de los trogloditas con datos tácticos, comparaciones brillantes y un

humor ácido que sentó como un soplo de aire fresco en el periodismo deportivo.

La columna fue un éxito absoluto. Se volvió viral en redes sociales y pronto me llamaron de la televisión para participar como tertuliana en algunos de los debates nocturnos. Cada vez que las luces del plató se encendían y el piloto rojo de la cámara me enfocaba, un pensamiento intrusivo cruzaba mi mente como un relámpago: «¿Me estará viendo? ¿Qué pensará de mí ahora?». Sabía que Noah seguía enfadado, que me consideraba un monstruo, pero una parte de mí deseaba desesperadamente que leyera mis palabras y entendiera que yo no era el buitre que él imaginaba.

Al cabo de casi dos meses en esta nueva rutina, el destino decidió mover sus fichas.

Era un viernes por la tarde y disfrutaba de mi único día libre paseando por el Soho. El cielo de Londres amenazaba lluvia, así que me refugié en una pequeña tienda de música especializada en vinilos y partituras antiguas. Me gustaba perder la noción del tiempo entre los estantes, oliendo el papel viejo y desconectando del mundo. Estaba ojeando una sección de clásicos de los setenta cuando una silueta a mi lado me hizo dar un respingo.

Era una chica alta, con el pelo castaño recogido en una coleta y unos auriculares colgando del cuello. Sus ojos verdes, tan parecidos a los de su hermano, estaban fijos en un LP de los Rolling y no me vio.

Me quedé helada, con los dedos paralizados sobre un vinilo, sintiendo que el pánico me cerraba la garganta. Intenté retroceder disimuladamente para marcharme de la tienda antes de que me viera, pero fue tarde. Kim se giró y sus ojos se abrieron de par en par al reconocerme.

Esperé un desprecio, un grito o que se diera la vuelta llena de asco. Pero no lo hizo. Para mi absoluto desconcierto, una sonrisa enorme iluminó su rostro y dio dos zancadas hacia mí, rodeándome con sus brazos en un abrazo cálido y apretado.

—¡Maia! ¡Dios mío, qué alegría verte! —exclamó al separarse, agarrándome de las manos. No había ni un ápice de rencor en su

mirada.

—¿Kim...? —tartamudeé, completamente descolocada. La miré con fijeza, con el corazón latiendo a mil por hora—. ¿De verdad te alegras de verme?

La pregunta se quedó flotando entre nosotras, cargada de una vulnerabilidad que no pude sopesar a tiempo. La tienda de música, de repente, se me antojó asfixiante y estrecha. Me quedé rígida, con la espalda casi apoyada en el estante de los vinilos, temiendo que su reacción fuera solo una fachada de cortesía antes del reproche. Estábamos en un pasillo angosto, dos desconocidas unidas por un hilo invisible de secretos y dolor, y la incomodidad empezó a pesar en el ambiente mientras un par de clientes pasaban por nuestro lado esquivándonos.

Kim, sin embargo, captó mi tensión de inmediato. Su sonrisa no flaqueó, pero sus ojos se ablandaron con una madurez que me desarmó. Soltó una pequeña risa, limpia y sincera, y le quitó importancia al asunto con un gesto suave de la mano.

—Claro que sí, tonta. ¿Por qué no iba a alegrarme? —respondió, dando un paso más hacia mí para acortar esa distancia incómoda—. Sé que las cosas se pusieron fatal... Bueno, de hecho, todos lo pasamos horrible esas semanas. Pero tú no tuviste la culpa de nada.

Exhalé un aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo, y una especie de alivio tibio se instaló en mitad del pecho. Miré la bolsa que llevaba en la mano y las partituras que sobresalían de ella.

—¿Qué... qué haces aquí, Kim? —pregunté, intentando desviar el tema hacia algo más seguro, aunque la curiosidad me quemaba—. Pensé que seguías en el norte.

—¡Ah, no! Mamá y yo nos mudamos —me soltó con un brillo de orgullo en los ojos—. Vivo aquí ahora, en Londres. Noah y su club nos organizaron todo en un abrir y cerrar de ojos justo después de... de que saltara todo en la prensa. Trajeron todas nuestras cosas en camiones y mamá y yo nos instalamos con él. Ya llevo casi dos meses viviendo el ritmo de la gran ciudad.

—¿Dos meses? —repetí, asombrada de lo desconectada que había estado de su realidad—. No tenía ni idea.

—Sí, y no he parado —continuó Kim, acomodándose la correa del bolso, aunque empezó a removerse un poco incómoda al notar que llevábamos demasiado rato tapando el pasillo de la tienda y que el dependiente nos miraba de reojo desde el mostrador—. He estado de acá para allá con entrevistas para tres universidades diferentes de aquí de Londres. Quiero empezar Musicología en septiembre y... bueno, estar aquí de pie entre vinilos de rock no es el mejor sitio para contártelo todo —rio con un cabeceo que movió su preciosa melena castaña.

Miró hacia la cristalera de la tienda, donde las primeras gotas de una lluvia fina empezaban a empañar el vidrio, y luego volvió a mirarme a mí con una mezcla de timidez y ganas de desahogarse.

—Mira, hay una cafetería aquí al lado, cruzando la esquina. Tienen unos sofás cómodos y un chocolate caliente que te mueres. Ven conmigo, Maia. Necesito de verdad que nos tomemos algo, que salgamos de este pasillo y que me cuentes qué ha sido de tu vida todo este tiempo. No quiero que te vayas así.

Diez minutos después estábamos sentadas junto al ventanal de una cafetería moderna, con dos tazas de chocolate caliente entre las manos. Kim irradiaba una energía completamente nueva; ya no era la chica asustada y frágil que recordaba de Liverpool. Parecía una joven segura de sí misma, con la piel más brillante y la mirada despejada.

—No te imaginas cómo han sido estos dos meses, Maia, frenéticos —me contó, gesticulando con entusiasmo—. Como te dije antes, estoy en el proceso de selección en tres universidades diferentes de Londres para los estudios de musicología. Estoy esperando las respuestas, pero los profesores me dijeron que tengo muchas posibilidades de entrar en el campus principal en septiembre.

—Me alegro muchísimo por ti, Kim, de verdad —le dije, y mis palabras eran cien por cien sinceras. Sentí un alivio inmenso al saber que por fin estaban a salvo de la sombra del norte—. Te mereces ser feliz y empezar de cero aquí.

Apreté la taza con fuerza, con la mirada baja. Me moría por preguntar. El nombre de Noah quemaba en la punta de mi lengua, pero el orgullo y el miedo a romper la magia del momento me

obligaron a mantener la boca cerrada. Kim, que era muchísimo más lista de lo que su hermano pensaba, captó mi silencio de inmediato. Sonrió de medio lado con un deje de ternura.

—Bueno... ya sabrás que Noah está jugando increíble —soltó, lanzándome una mirada cómplice—. Lleva cinco goles en los últimos tres partidos. El Kingsford va primero en la tabla y la afición se vuelve loca con él cada vez que salta al campo.

Forcé una sonrisa amable y decidí mentir por pura autodefensa.

—La verdad es que... no lo sigo mucho últimamente. Me han cambiado de sección. Ahora cubro el fútbol femenino.

—¡Ah, sí! Lo sé, leo tu columna todas las semanas —me interrumpió Kim, con los ojos brillando de admiración—. Mamá y yo no nos perdemos ni un solo texto tuyo. Nos encanta cómo escribes, Maia. Tienes una elegancia brutal para poner a esos idiotas en su sitio. De hecho, te vi en la televisión el martes pasado. Estabas guapísima.

—Gracias, Kim —susurré, conmovida. Saber que su madre y ella me leían me dio un vuelco al corazón. ¿Noah me habría leído? No quise preguntar por su opinión, aunque el pellizco que sentí en el estómago me decía que me importaba más de lo que iba a reconocer.

Estuvimos hablando un rato más sobre las jugadoras, las diferencias tácticas del torneo femenino y la vida en Londres. Durante toda la conversación, el elefante en la habitación seguía ahí: ni una sola palabra sobre Peter Caulfield, ni sobre el escándalo que provocó la noticia, ni sobre la desastrosa llamada telefónica que me hizo su hermano. El pacto de silencio implícito se mantuvo intacto hasta que llegó el momento de despedirnos en la acera.

Kim se colocó la correa del bolso y me miró fijamente, borrando la sonrisa juguetona para adoptar una expresión madura y reconfortante.

—Maia... antes de irme —comenzó, bajando el tono de voz—. Quería decirte algo importante. Mamá y yo sabemos perfectamente que no fuiste tú la que filtró la noticia a *The Goal Post*. Sabemos qué clase de persona eres. Y Noah... Noah tampoco te culpa ya. Él

descubrió la verdad a los pocos días. Sabe lo del chico de tu redacción y lo de sus deudas.

El mundo se detuvo por un segundo. Las palabras de Kim me golpearon con la fuerza de un camión. ¿Noah lo sabía? ¿Sabía que yo era inocente? Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas que me costó la vida contener.

—Él... ¿él sabe que yo no lo traicioné? —alcancé a articular con la voz estrangulada.

—Lo sabe, Maia —asintió Kim con dulzura, dándome un último apretón en el brazo—. Pero está bloqueado. Su orgullo es enorme y se siente tan avergonzado por la forma en que te trató y las cosas que te dijo al teléfono... que no sabe cómo mirarte a la cara. Está aterrado.

Kim se dio la vuelta y empezó a caminar deprisa hacia la parada del autobús al ver que se acababa de detener en la esquina. Justo antes de subir, se detuvo, se giró hacia mí y me lanzó una pregunta que me dejó el pecho helado bajo la lluvia fina de Londres:

—¿Puedo decirle que te he visto, Maia?

Me quedé clavada en mitad de la acera, con el agua resbalando por mis mejillas, incapaz de articular una sola palabra. El autobús cerró las puertas con un bufido hidráulico y se alejó por la avenida, dejándome sola con un silencio ensordecedor y el corazón latiendo desbocado en mitad de la tormenta.

CAPÍTULO 20

Noah

Durante esas semanas desde que Maia me traicionó, mi vida se redujo al rectángulo verde del césped y a las paredes de mi vestuario. Toda la rabia, la humillación y el dolor que me devoraban por dentro tras la filtración del *The Goal Post* los volqué en el fútbol. El balón se convirtió en mi terapia y en mi única forma de gritarle al mundo. Jugaba con una agresividad y una lucidez salvajes, como si cada partido fuera el último, como si tuviera que demostrarle a cada maldito espectador que el apellido Caulfield no me definía. Estaba jugando mejor que nunca en mi carrera; encadenaba goles, asistencias y desmarques imposibles que dejaban a las defensas rivales clavadas en el sitio. Las crónicas me ponían en los altares, pero a mí me importaba una mierda.

Porque cada vez que saltaba al campo, antes del pitido inicial, mis ojos buscaban de forma mecánica la tribuna de prensa. Y siempre estaba vacía. Sabía perfectamente que Maia ya no estaba allí, que no me miraba desde el palco de redactores con su libreta en el regazo, analizando mis pérdidas de balón con esa inteligencia afilada. Había dejado de escribir las crónicas del Kingsford. Saber que ella no presenciaba mis mejores minutos, que ya no formaba parte de mi rutina en los estadios, convertía cada victoria en un triunfo amargo y estéril.

La primera semana tras la filtración fue, sin exagerar, un auténtico infierno mediático que arrasó con mi cordura. El estallido de la noticia provocó un terremoto que no solo sacudió al Kingsford, sino

a todo el país. De la noche a la mañana, mi rostro y el de un hombre al que llevaba quince años intentando borrar de mi memoria abrían los informativos y ocupaban las portadas de todos los periódicos.

La prensa se volvió completamente loca. La prensa más despiadada empezó a escarbar en el fango, enviando reporteros a los viejos barrios de Liverpool donde nos criamos, interrogando a vecinos de la infancia y sacando a la luz trapos sucios que creía enterrados bajo llave. Rescataron informes policiales difusos, deudas antiguas y rumores sórdidos sobre los peores años de mi padre. Ver mi apellido real, Caulfield, expuesto con letras gigantescas junto a la palabra «monstruo» o «maltratador» en las marquesinas y en los medios me revolvía el estómago cada día.

Sin embargo, lo que terminó por descolocarme y desestabilizarme por completo fue la otra cara de la moneda. No todo fue linchamiento. Hubo periodistas de la vieja escuela, antiguos compañeros de vestuario de mi padre y columnistas de prestigio que decidieron enfocar la historia desde una perspectiva que me dolió casi más: el homenaje. Cadenas como la BBC emitieron reportajes especiales rescatando imágenes de archivo de Peter Caulfield en su época dorada con el Liverpool. Lo recordaron como el centrocampista magistral que fue, un genio incomprendido de bota tosca y visión periférica brillante. Analizaron su figura con una mezcla de respeto y lástima, tratándolo como el perfecto ejemplo de un «juguete roto» del deporte rey. Se abrieron debates televisivos muy profundos sobre la salud mental en el fútbol, sobre cómo la fama repentina, el dinero desmedido y la presión asfixiante de la élite podían triturar la cabeza de un chico de veintiún años de clase obrera hasta empujarlo al abismo de las adicciones y la locura.

A mí me costaba la vida misma asumir todo aquello. Ver las dos versiones de mi padre en los medios, la del genio caído y la del maltratador violento y drogadicto, me generó un cortocircuito mental que estuvo a punto de hacerme estallar en mitad de los entrenamientos. El club, que se portó de manera impecable, me obligó a pasar tres sesiones por semana con el psicólogo deportivo del equipo, el doctor Laurence.

Al principio me sentaba en su diván con los brazos cruzados, mirándolo con el mismo hielo con el que miraba a los defensas rivales, negándome a soltar una sola palabra. Pero el agobio era tal que terminé cediendo. Laurence me ayudó a procesar el caos. A través de conversaciones duras, en las que acabé con la cabeza entre las manos y las lágrimas quemándome los ojos, empecé a comprender a mi padre. Por primera vez en mi vida, desprovisto de la venda del pánico infantil, entendí que Peter Caulfield no nació siendo un monstruo; fue un hombre enfermo, devorado por una presión que no supo gestionar y por unas adicciones que le destrozaron el cerebro. Llegué a compadecerlo. Llegué a entender su caída. Pero el perdón... el perdón era otra cosa. Nunca, mientras me quedara una gota de sangre en el cuerpo, le perdonaría lo que nos hizo. Nunca olvidaría la noche en que el alcohol y los delirios le nublaron el juicio por completo y trancó las puertas de la casa de Liverpool, empuñando un cuchillo de cocina mientras nos perseguía a mi madre, a mi hermana pequeña y a mí por el pasillo, gritando que éramos demonios que querían robarle las piernas. Si la policía no hubiera echado la puerta abajo aquella madrugada, hoy ninguno de los tres estaríamos vivos.

Toda esa catarsis, todo ese dolor de arrancar las costras de mis peores recuerdos, sirvió para algo limpio. Empezó a salir el Noah real. El chico que se escondía detrás de los coches de lujo, las respuestas cortantes en las zonas mixtas y la fachada de tipo duro e inalcanzable. Empecé a dejar caer las máscaras porque, de repente, ya no había nada que ocultar. El mundo ya conocía mi secreto; ya no tenía que vivir con el miedo constante a ser descubierto.

En todo este proceso de reconstrucción personal, la llegada de mi madre y de Kim a Londres fue mi verdadero salvavidas. El club ejecutó la mudanza con una precisión militar para protegerlas del asedio de la prensa en el norte, y desde el primer minuto en que pisaron la ciudad, me volqué con ellas en cuerpo y alma. No quise que se fueran a ningún piso de alquiler. Las alojé en mi propia casa, transformando las enormes y vacías habitaciones de invitados en espacios cálidos, llenos de sus cosas, de sus plantas y de las fotos familiares que sí merecían la pena conservar. Volver de la ciudad

deportiva y no encontrarme con el silencio sepulcral de una mansión fría, sino con el ruido de la televisión, las charlas de cocina y el olor a hogar, me devolvió la vida. Cuidarlas, verlas sonreír sin mirar de reojo a la puerta y saberlas a salvo bajo mi protección se convirtió en mi mayor orgullo, mucho más que cualquier triplete en la Premier. Lo único que seguía sin sanar era la ausencia de Maia, sobre todo cuando supimos que la filtración no vino de ella. Pero de esto no hablé con Laurence.

Al llegar a casa por la noche, la atmósfera era completamente distinta a la de los meses anteriores. La mansión ya no me recibía como un búnker frío y solitario. Al cruzar el umbral del salón, el aroma a guiso casero de mi madre y las notas distantes del piano de Kimberly ensayando una pieza clásica para sus pruebas de acceso, me envolvieron como un abrazo.

Me asomé a la cocina y encontré a mi madre removiendo una olla, con el rostro relajado y una tranquilidad que hacía años no le veía. Al notar mi presencia, se giró y me dedicó una sonrisa limpia, sin esa sombra de miedo perenne que solía arrastrar en Liverpool.

—Has jugado un partido increíble hoy, hijo —dijo, acercándose para besarme la mejilla—. Te hemos visto en la televisión. Tu hermana no paraba de saltar en el sofá con cada gol.

—Solo hago mi trabajo, mamá —respondí, rodeándola con mis brazos y apoyando la barbilla en su cabeza.

A los pocos minutos, Kim apareció por la puerta de la cocina y se me colgó del cuello con la misma energía de cuando era una niña. Cenamos los tres juntos en la gran mesa de madera, entre risas sinceras, hablando de los horarios de las facultades y de lo mucho que les gustaba el barrio. Verlas allí, a salvo de los fantasmas del norte, felices y seguras bajo mi techo después de tanto sufrimiento, me llenaba el pecho de una satisfacción pura. Había valido la pena. Cada golpe, cada ochenta millones de libras, cada sacrificio había sido para esto.

Sin embargo, cuando la cena terminó y regresé a la intimidad de mi habitación a oscuras, la realidad volvió a cobrarse su peaje. Me

tumbé en la cama, mirando al techo, y la ausencia de Maia se volvió un peso asfixiante en mitad del pecho.

Dios, cómo me dolía no poder verla. Cómo me dolía la certeza de que ya no podía pasar un solo día sin sentir su presencia, sin saber que, al menos, ella estaba ahí fuera, respirando el mismo aire de Londres, cruzándose conmigo en las zonas mixtas aunque fuera para tirarnos pullas irónicas. Me di cuenta de que prefería mil veces nuestras peleas, nuestro orgullo chocando como trenes de frente, antes que este vacío absoluto de hielo.

Cerré los ojos y mi mente me traicionó, recreando su recuerdo con una nitidez que me hizo daño. Vibré al visualizar la textura de su piel, tan suave bajo mis dedos la noche de la cena; en la curva de su sonrisa cuando lograba desarmar mi cinismo con una respuesta inteligente; en el deseo incontenible de besarla por todas partes, de recorrer la línea de su cuello, de perderme en su boca sin prisa y sin barreras. Me imaginé simplemente caminando a su lado, entrelazando mis dedos con los suyos, sosteniendo su mano con fuerza para demostrarle que no tenía miedo de dejarla entrar. Estaba profundamente enfadado por lo que creía que había sido una traición, pero el amor y la necesidad de tenerla cerca eran monstruos muchísimo más grandes que mi propio orgullo. La extrañaba hasta el punto de la desesperación.

El silencio de la madrugada se rompió de golpe cuando el teléfono de mi madre comenzó a sonar en la planta de abajo. En una casa donde siempre se temían las llamadas nocturnas, el sonido nos puso a todos en alerta. Me levanté de la cama de inmediato y bajé los escalones de dos en dos, encontrándome a mi madre en el pasillo con el auricular en la mano y a Kim saliendo de su cuarto, asustada.

Mi madre escuchaba en silencio. Su rostro se fue vaciando de color poco a poco, hasta volverse una máscara de piedra.

—Entiendo... Sí. Gracias por avisar —articuló con un hilo de voz antes de colgar.

Se giró hacia nosotros, apoyándose en la pared como si las piernas no pudieran sostenerla. Nos miró a Kim y a mí, con los ojos empañados en una mezcla de shock y vacío.

—Era la Fundación Hope —dijo, y su voz tembló de una manera que me congeló la sangre—. Vuestro padre... Peter ha fallecido hace una hora. Un fallo cardiorrespiratorio en mitad del delirio. No han podido hacer nada.

Nos quedamos los tres sin hablar, petrificados en mitad del pasillo. El tiempo pareció detenerse. Durante unos minutos largos y densos, el silencio fue total, sepulcral. Y entonces, de forma casi imperceptible, sentí cómo un peso invisible pero gigantesco, una losa de plomo que llevaba arrastrando sobre mis hombros desde los diez años, se desprendía de golpe. Nos habíamos librado. El monstruo ya no existía; la amenaza real que nos perseguía en la sombra había desaparecido para siempre. Éramos libres, por fin.

Miré a mi madre. A pesar de los años de maltrato, de la locura y del infierno que ese hombre nos hizo pasar, sus piernas fallaron. Se dejó caer en el centro del sofá de cuero, doblando el cuerpo hacia delante, y comenzó a llorar con un desconsuelo sordo que me partió el alma en dos. Eran lágrimas amargas, pesadas, de esas que lavan años de terror, pero que también arrastran los restos de lo que alguna vez fue amor.

Kim se sentó a su lado de inmediato, rodeándola con sus brazos delgados, apoyando la mejilla en su hombro mientras contenía sus propias lágrimas. Yo me acerqué despacio. El alivio inicial que había sentido en el pasillo se transformó en una punzada de compasión purísima al ver a mi madre así de rota. Me arrodillé en la alfombra, justo frente a ella, y le tomé las manos. Las tenía heladas.

—Mamá... —susurré, sin saber muy bien qué decir. En mi cabeza, la muerte de Peter Caulfield era un motivo de liberación, pero al mirar el rostro surcado de lágrimas de mi madre, comprendí que para ella era algo mucho más complejo.

Ella no respondió de inmediato. Con los dedos temblorosos, se limpió las mejillas y alargó la mano hacia el pequeño cajón de la mesa auxiliar, el único lugar donde guardaba las pocas pertenencias de mi padre que se había negado a dejar en Liverpool. Sacó una pequeña caja de lata desgastada, con dibujos de galletas descoloridos por el tiempo. La abrió con una lentitud dolorosa y

extrajo un par de fotografías en papel fotográfico antiguo, con los bordes gastados y amarillentos.

Nos las tendió a Kim y a mí.

—Era tan guapo, Noah... —articuló mi madre en un hilo de voz, con un sollozo atascado en la garganta—. Miradlo. Tenía vuestra misma mirada.

Acuciado por la curiosidad, acerqué la vista a la primera imagen. En ella aparecía un Peter Caulfield de apenas veinte años, vistiendo la mítica camiseta roja del Liverpool, con el pelo alborotado por el viento y una sonrisa brillante, limpia, descarada. Estaba abrazando a mi madre junto a la barandilla del puerto; ella reía, joven, con los ojos encendidos de ilusión, ajena por completo al monstruo en el que ese chico se convertiría años después.

—Esta foto nos la hicimos el día que debutó con el primer equipo —rememoró mi madre, acariciando el papel con la yema del pulgar, como si intentara revivir el tacto de su piel de entonces—. No tenía maldad, de verdad que no. Era solo un chico de barrio con un talento increíble y un miedo atroz a defraudar a todo el mundo. Cuando firmó ese contrato, pensábamos que nos habíamos salvado del frío de los astilleros.

—¿Cuándo cambió todo, mamá? —preguntó Kim en un susurro, mirando la foto por encima de mi hombro con una mezcla de tristeza y fascinación. Era la primera vez que se atrevía a preguntar de forma directa por el pasado de su padre.

—Poco a poco, cielo —suspiró mi madre, entrelazando sus dedos con los míos mientras volvía a clavar la vista en la pared blanca del salón, como si proyectara allí las escenas de su memoria—. Esas cosas nunca ocurren de golpe. La presión que sentía por no defraudar le pasó como un rodillo. Si fallaba un pase, la prensa lo trituraba; si jugaba mal, los aficionados le gritaban por la calle. Empezó a no dormir. Luego llegó el alcohol para apagar el ruido de las críticas, y después... las pastillas que le daban para calmar la ansiedad. Esas malditas pastillas le rompieron algo por dentro. La negrura se le metió en la cabeza y las sonrisas de estas fotos se convirtieron en gritos, en desconfianza, en ver enemigos donde solo estábamos nosotros.

Escucharla hablar así, con esa melancolía desprovista de odio, me generó un nudo asfixiante en el estómago. Yo solo recordaba al hombre del cuchillo, al alcohólico paranoico que nos insultaba a oscuras en la cocina, pero mi madre recordaba al novio que le compraba flores con sus primeras libras y al padre que me cargaba a hombros por el parque cuando yo apenas sabía andar. Lloraba por el final definitivo de una esperanza que se había truncado quince años atrás; lloraba por el chico de la foto, el juguete roto que la fama y la presión habían desguazado hasta volverlo un monstruo.

Me levanté del suelo en silencio, abrumado por la densidad de la atmósfera, y caminé hacia el gran ventanal del salón. Me quedé de pie allí, apoyando una mano contra el cristal frío, mirando la noche de Londres y el reflejo difuso de mi madre y mi hermana consolándose mutuamente en el sofá. El contraste era brutal: fuera, las luces de la gran ciudad parpadeaban ajenas a nuestro drama; dentro, una era de terror terminaba con el llanto de una mujer que recordaba al fantasma de su juventud.

Una sensación extraña de vacío me invadió el pecho. Éramos libres. El monstruo ya no respiraba, nadie nos volvería a amenazar con acabar con nosotros, nadie publicaría otra exclusiva sobre el monstruo. La losa de plomo había caído, pero, aun así, sentía el suelo bajo mis pies extrañamente inestable. El pasado estaba enterrado de forma oficial, y una etapa completamente nueva, limpia e incierta, empezaba a dibujarse ante mí en el horizonte oscuro de la ciudad.

CAPÍTULO 21

Maia

La noticia de la muerte de Peter Caulfield llegó a la redacción como un eco sordo, desprovisto ya del morbo sangriento de las semanas anteriores. Para el mundo, era el punto final a la trágica historia de una gloria pasada del fútbol; para mí, era un vuelco en el estómago que me dejó paralizada frente a la pantalla del ordenador.

Me enteré por Miller y Harris, los redactores que ahora cubrían la actualidad del Kingsford en mi lugar. Estaban en la mesa pegada a la mía, repasando los teletipos de última hora.

—¿Te has enterado, Maia?

—No, ¿de qué?

—Ha fallecido el padre de Noah. Dicen que el funeral será en Liverpool, este viernes —comentó Miller, tachando algo en su libreta—. Pero va a ser en la más estricta intimidad familiar. El club está blindando el entorno de Hayes para que ningún paparazzi se acerque a la iglesia. No quieren un circo en el entierro.

—Normal —respondió Harris—. Bastante tuvo el chaval con el escándalo de hace dos meses. Lo normal es que intente enterrar a su padre en paz.

El sonido de la risa lejana de unos redactores en la sección de maquetación me llegó distorsionado, como si de repente me hubiera metido debajo del agua. Sentí un escalofrío helado recorriéndome la espina dorsal. Deslicé las manos con suavidad sobre el escritorio, empujando la silla de ruedas hacia atrás con un movimiento lento,

casi invisible, para apartarme del campo de visión de Miller y Harris. Me di la vuelta por completo, dándole la espalda a mis compañeros, y clavé los ojos en las teclas del ordenador. Agarré el ratón con tanta fuerza que los nudillos se me tiñeron de blanco, fingiendo que releía un párrafo de mi columna sobre la Superliga femenina solo para tener una excusa para no levantar la cabeza. No quería, bajo ningún concepto, que vieran cómo se me desencajaba la mandíbula o cómo el brillo de las lágrimas empezaba a empañarme la vista.

Esperé en esa posición, rígida como una estatua, manteniendo una respiración acompañada y artificial hasta que escuché el eco de sus pasos alejándose hacia el pasillo de la salida.

En cuanto el silencio se instaló a mi alrededor y me quedé verdaderamente sola en mi rincón de la redacción, la duda brotó en mi estómago y empezó a carcomerme por dentro con una ferocidad insoportable: ¿debería ir para apoyarle? Solté el ratón y me llevé las manos a la cara, frotándome las sienes mientras apoyaba los codos en la mesa. Las pantallas de la redacción seguían parpadeando, ajenas a mi colapso.

Una parte de mí, la más irracional y latente, la que aún recordaba el calor firme de su mano entrelazada con la mía bajo la lluvia y el desamparo absoluto que había vislumbrado en el fondo de su mirada verde la última vez que nos gritamos, se apoderó de mis pensamientos. Desbloqueé el móvil de manera compulsiva y abrí la aplicación de *National Rail*. Mis dedos temblaban tanto que erré dos veces al teclear el destino en el buscador de trayectos. Revisé los horarios de los trenes nocturnos que salían desde la estación de Euston con destino a Liverpool Lime Street para esa misma noche. Había uno a las diez y media.

Se me pasó por la cabeza comprar el billete en ese mismo instante. Visualicé la escena en mi mente con un realismo doloroso: subiría al vagón, pasaría la noche mirando por la ventanilla el paisaje oscuro y, al día siguiente, buscaría la iglesia del barrio de Noah. Quería estar allí. Me prometí a mí misma que no haría ruido, que no me acercaría a su madre ni a Kimberly para no perturbar su luto. Me compraría un abrigo oscuro, me calaría una gorra hasta las cejas y me sentaría en la última fila de bancos, oculta tras una columna de

piedra, en la penumbra del templo. Solo necesitaba estar presente y cerca de él. Quería ver con mis propios ojos cómo encajaba el golpe, asegurarme desde la distancia de que Noah no se derrumbaba al ver el ataúd de la persona que destruyó su infancia. Quería, con mi presencia muda en el último rincón de la iglesia, demostrarle en silencio a su espalda que, a pesar de todo el hielo que nos separaba, de los malentendidos y del orgullo herido, yo seguía estando de su parte. Que no lo había dejado solo.

Dejé el teléfono sobre la mesa, mientras veía cómo la pantalla con los horarios de los trenes se apagaba lentamente, sumiéndome otra vez en la cruda realidad de la redacción.

El sentido común terminó ganando la partida. Si el funeral era tan estrictamente secreto y familiar, ¿qué pintaba yo allí? Para él yo seguía siendo la periodista que lo había traicionado, el buitre que aireó sus miserias. Mi presencia en Liverpool solo conseguiría enfurecerlo o reabrir una herida que ya sangraba bastante. No pintaba nada. Era un fantasma de su pasado reciente que él quería olvidar.

Sin embargo, la distancia física no evitaba la obsesión. Durante los tres días siguientes, mi teléfono móvil se convirtió en una extensión de mi propia ansiedad. Perdí la cuenta de las veces que abrí nuestra conversación de WhatsApp a lo largo del día. Me quedaba embobada mirando su foto de perfil y la última hora de conexión. Escribía una frase, la borraba. Escribía algo y volvía a pulsar la tecla de borrar, pensando que sonaba demasiado formal, o demasiado íntimo, o demasiado hipócrita.

El viernes por la tarde, pensando que lo peor de esos días en Liverpool ya había pasado, el impulso pudo conmigo. Me temblaban los dedos sobre el cristal. Ya no podía seguir conteniéndome; necesitaba que supiera que me importaba su dolor, independientemente de lo enfadado que estuviera conmigo.

Redacté un mensaje escueto, directo, desprovisto de justificaciones profesionales o reproches por el pasado.

«Mis más sinceras condolencias para ti, para tu madre y para Kim, Noah. Un beso».

Le di a enviar antes de arrepentirme y dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa del comedor, sintiendo que el corazón me iba a mil por hora. No esperaba que contestara. De hecho, me preparé mentalmente para el doble check azul del silencio.

Pasaron las horas. Cené sin apetito, miré la televisión sin enterarme de nada y me metí en la cama con una opresión insoportable en el pecho. Fue casi a la medianoche cuando la pantalla del móvil se iluminó con una notificación. Alargué la mano de inmediato.

Era él. Su respuesta había tardado una eternidad, pero allí estaba. Una sola palabra, fría y escueta, pero que al menos demostraba que no me había bloqueado:

«Gracias. Habrá un funeral en el club».

Me quedé mirando esas palabras durante lo que parecieron horas, acariciando las letras con la yema del dedo, antes de apagar la luz y dejarme arrastrar por un sueño inquieto.

A comienzos de la semana siguiente, el Kingsford anunció que organizaría un acto institucional de despedida en Londres, ese debía ser el funeral del que me informó Noah. Al haber sido Peter Caulfield un nombre importante en el fútbol británico de los noventa, el club quería rendirle un último homenaje en las instalaciones del estadio, abriendo un libro de condolencias para directivos, leyendas de la Premier y prensa acreditada antes del entrenamiento a puerta cerrada.

A ese acto sí que decidí ir. No era Liverpool, era mi terreno profesional, y necesitaba estar allí aunque fuera parapetada tras mi acreditación de la revista que conseguí tras pedirle a Olivia Ward que me incluyera en la lista.

El vestíbulo principal del Kings Crown Stadium estaba transformado. Habían colocado una fotografía enorme en blanco y negro de Peter en sus años de gloria, rodeada de coronas de flores blancas y un libro con tapas de cuero donde la gente iba firmando en silencio. El ambiente era solemne, pesado, lleno de trajes oscuros y susurros.

Me quedé en una esquina, cerca de los paneles de prensa, buscando a Noah con la mirada, pero él todavía no había bajado de

los vestuarios. Mientras observaba el flujo de gente, una silueta elegante se separó del grupo de la directiva y caminó decidida hacia mí.

Olivia se paró frente a mí, me miró a los ojos con una mezcla de cansancio y sincera calidez, y me puso una mano cariñosa en el brazo.

—Me alegra mucho que hayas venido, Maia —dijo en un hilo de voz, con una sonrisa reconfortante que me quitó un peso de encima—. Sé que las cosas han estado muy difíciles entre vosotros últimamente, pero significa mucho que estés aquí.

—No sabía si debía venir, Olivia —admití, bajando la mirada, con un nudo en la garganta—. Noah me odia. Piensa que...

—Noah es un idiota testarudo cuando se asusta, Maia, y tiene el radar de la confianza un poco roto —me interrumpió ella con suavidad, dándome un pequeño apretón en el brazo—. Pero ya sabe perfectamente lo que pasó con el chico de tu redacción. Me contó que Kim y tú os encontrasteis en el Soho. Dale tiempo. Ahora mismo está procesando demasiadas cosas a la vez.

Olivia metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta de plástico oscuro con el escudo dorado del club: un pase de acceso a la zona VIP restringida del estadio, el lugar donde se reuniría la familia después del acto.

—Toma esto —me dijo, deslizándola en mi mano—. Quédate un rato más. El chaval te necesita, aunque su orgullo sea demasiado grande como para admitirlo delante de nadie.

CAPÍTULO 22

Maia

El pase de prensa dorado que Olivia me había deslizado en la mano pesaba como si fuera de plomo. Crucé el control de seguridad hacia los salones VIP del Kings Crown Stadium con el corazón golpeándome con fuerza contra las costillas. La jefa de prensa del club me había abierto la puerta a su santuario privado, pero en cuanto crucé el umbral, me arrepentí. El lugar estaba abarrotado de trajes de sastre caros, directivos con rostros solemnes y leyendas del fútbol inglés que hablaban en un susurro respetuoso.

Y entonces lo vi.

Noah estaba en el centro de un corrillo, flanqueado por Arthur Pendelton y dos miembros del consejo de administración. Vestía un traje negro impecable, una camisa blanca abotonada hasta el cuello sin corbata y llevaba el pelo perfectamente peinado hacia atrás. Parecía un modelo de portada, frío, inaccesible y blindado tras una máscara de absoluta corrección. Me quedé petrificada a unos metros, debatiéndome entre darme la vuelta o avanzar, cuando él desvió la mirada por encima del hombro del presidente y sus ojos verdes chocaron directamente con los míos.

Su mandíbula se tensó de inmediato, pero no apartó la vista. Con una educación exquisita, se disculpó con los directivos y caminó hacia mí a paso lento. Cada segundo que acortaba la distancia me pareció una eternidad; la atracción que siempre había existido entre nosotros flotaba en el aire, densa y eléctrica, pero la presencia de

tanta gente y los murmullos de la sala nos obligaban a mantener una distancia insalvable.

—Maia —saludó al llegar a mi altura. Su voz era plana, formal, la de un extraño.

—Noah. Lo siento muchísimo —alcancé a decir de manera automática, forzando una cordialidad rígida que me arañaba la garganta.

Él dio un paso al frente y se inclinó levemente. Nos saludamos con dos besos protocolarios en las mejillas. Fue un contacto efímero, apenas un roce de piel fría, pero el olor a su colonia y la cercanía de su cuerpo me provocaron un escalofrío violento. Nos separamos al instante, manteniendo los brazos pegados al cuerpo, sin tocarnos las manos, sin permitirnos un solo milímetro de espontaneidad.

—Gracias por venir. Significa mucho para la familia —respondió él, repitiendo una frase tópica que seguro que le había dicho a las cincuenta personas anteriores.

Sus ojos, sin embargo, me gritaban otra cosa; vi el cansancio extremo, las ojeras mal disimuladas y una súplica muda de que no le complicara más el día. No había reproches por el pasado en su mirada, solo una fatiga infinita.

—Es lo mínimo, Noah —contesté de forma escueta, carcomida por la tensión de estar actuando delante de medio Londres.

Él asintió rígidamente, me dedicó una última mirada indescifrable y regresó junto al grupo del presidente, dejándome con una sensación de vacío espantosa.

Me sentí completamente fuera de lugar, di unos pasos hacia la zona de los sofás para desaparecer de su vista. Fue entonces cuando divisé a Kimberly. Estaba apartada en un rincón, cerca de un gran ventanal que daba al campo vacío, sosteniendo un vaso de agua que ni siquiera había probado. Llevaba un vestido oscuro sencillo y miraba a su alrededor con una expresión de absoluto agobio; supuse que no conocía a nadie, los lujos de la alta sociedad londinense le venían grandes y parecía un gorrión asustado en mitad de una jaula de oro.

Me acerqué a ella a paso rápido, aliviada de encontrar un refugio humano en esa sala de hielo.

—Hola, Kim —susurré, parándome a su lado.

Al escuchar mi voz, su rostro se iluminó con un alivio purísimo. Dejó el vaso sobre una mesa auxiliar de inmediato y me agarró de los brazos, manteniéndome cerca de ella.

—Maia... gracias a Dios —suspiró, bajando los hombros, y nos dimos un abrazo—. Esto es insoportable. Toda esta gente hablando de mi padre como si lo conocieran, usando palabras raras... Mamá está de tertulia con unas señoras que no conozco y Noah está ahí haciendo de capitán del barco, pero sé que está a punto de estallar. Odio los trajes, odio este salón y me siento ridícula aquí metida.

Me guardé mi propio dolor en el bolsillo y le dediqué una sonrisa sincera, acariciándole el brazo.

—Lo estás haciendo muy bien, de verdad. Tu hermano te necesita fuerte hoy. Solo quédate aquí conmigo, mira al campo y olvídate del resto de la sala. Ya casi ha terminado.

—Yo casi no lo conocí, ¿sabes? —me miró con una tristeza infinita en los ojos—. Cuando pasó... aquello, yo era muy pequeña y ni me acuerdo; luego vino la orden de alejamiento y, bueno, imagínate. Por eso no siento ni pena ni nada. ¿Soy mala persona?

—No lo creo, Kim. Tú no has hecho nada más que sobrevivir.

—Ni siquiera echaba de menos un padre gracias a Noah.

Estuvimos hablando un rato más en voz baja, compartiendo confidencias sobre sus primeros días en Londres y las ganas que tenía de empezar el curso para conocer gente de su edad y salir de la protección de su hermano. Kim no paraba de mirar de reojo hacia donde estaba Noah, controlándolo con un instinto protector que me conmovió profundamente.

Media hora más tarde, el ambiente empezó a despejarse. Los directivos comenzaron a desfilas hacia la salida y el murmullo disminuyó. Fue en ese momento de descuido general cuando vi a Noah apartarse del último grupo. No miró a nadie. Caminó con paso rápido e irregular hacia una puerta de servicio lateral, una que indicaba el acceso restringido a las escaleras internas del estadio. Tenía los hombros hundidos y caminaba como un hombre que se está quedando sin aire.

Miré a Kim, que estaba distraída respondiendo un mensaje en su móvil, y tomé una decisión impulsiva.

—Ahora vuelvo, Kim. Voy al baño —mentí.

Me escabullí entre los últimos corrillos y empujé la puerta lateral por la que Noah había desaparecido. Crucé un umbral de moqueta que dio paso de inmediato a la cruda realidad del hormigón y las luces fluorescentes de los pasillos internos de seguridad. El ruido del salón VIP se apagó de golpe, sustituido por un silencio industrial y frío.

Caminé en silencio, guiándome por el eco lejano de unos pasos, hasta que llegué a la boca de hormigón que daba acceso directo a las gradas vacías de la zona baja, justo al lado del túnel de vestuarios. La luz gris de la tarde londinense se filtraba por el pasillo, y bajo el cielo encapotado, el césped del Kings Crown parecía un desierto verde.

Allí estaba él.

Noah se había sentado en uno de los escalones de hormigón del pasillo de acceso, completamente oculto de las cámaras del palco. Se había aflojado los dos primeros botones de la camisa y tenía la cabeza hundida entre las rodillas, con las manos entrelazadas en la nuca. El armazón del gran delantero, el chico de los ochenta millones, se había desmoronado por completo. Su espalda temblaba con violencia bajo la chaqueta del traje negro, y de su pecho escapaba un llanto sordo, desgarrador y asfixiante. Lloraba en la más absoluta soledad, donde nadie pudiera castigar su debilidad.

Verlo así me destrozó el alma. Olvidé por completo las semanas de distancia, el orgullo, las mentiras de Liam y las palabras gélidas que nos habíamos dedicado al teléfono. Solo existía él, roto en mil pedazos sobre el cemento frío.

Me acerqué despacio, intentando que mis pasos no resonaran demasiado. Cuando estuve a su altura, me dejé caer de rodillas en el escalón inferior, justo frente a él.

—Noah... —susurré con suavidad.

Él levantó la cabeza de golpe, alarmado, con los ojos completamente inyectados en sangre, el rostro surcado de lágrimas

y la respiración rota. Intentó recomponerse por instinto, afilando la mirada para levantar su habitual muro de hielo, pero no le di tiempo.

Me incliné hacia delante y lo rodeé con mis brazos. Lo estreché contra mi pecho con todas las fuerzas que me quedaban, atrapándolo en un abrazo firme, protector y desesperado. Al principio, su cuerpo se quedó rígido como una piedra, oponiendo una resistencia inútil nacida del orgullo herido. Pero yo no lo solté. Enterré mis dedos en el pelo de su nuca, pegándolo más a mí, y comencé a acariciarle la cabeza con suavidad, susurrándole cosas sin sentido contra el oído y arrullándolo como a un bebé desvalido.

—Ya está, Noah... Ya pasó. Estoy aquí. No estás solo.

Y entonces, la presa se rompió del todo.

Noah soltó un gemido ahogado y se deshizo por completo en mis brazos. Enterró el rostro en el hueco de mi cuello, aferrándose a la tela de mi chaqueta con una urgencia salvaje, como el náufrago que encuentra una balsa en mitad de la peor tormenta. Sus manos me apretaban la espalda con tanta fuerza que casi me hacían daño, pero no me importó. Lloró como un niño pequeño, vaciando quince años de secretos, miedos, persecuciones y culpas sobre mi hombro, mientras yo seguía meciéndolo despacio y acariciando su cabello, sintiendo cómo mis propias lágrimas se mezclaban con las suyas en la penumbra del hormigón.

Las manos de Noah fueron bajando hacia mis caderas y rodearon mi culo. No quise reaccionar de ninguna manera, solo lo dejé desahogarse a pesar de que el calor que dejaba en mi piel a través de la ropa empezaba a calentarme otras zonas de mi cuerpo. Se pegó más a mí. Su torso rozaba mi pecho y yo, en vez de separarme, junté más mis manos por su espalda, deleitándome en sus músculos firmes. ¿Qué estaba pasando? No quería aprovecharme de su dolor, pero tampoco poner distancia. Me gustaba tocarlo, sentir su respiración en mi cuello y el olor de su piel. No estaba segura de nada más que de un instinto primitivo que me decía que todo estaba bien. Tan bien que no me di ni cuenta de cuándo él alzó la cara, mirándome a los labios con los ojos ardientes. Con un dedo repasó el contorno de mi boca, que abrí casi por inercia. Con el dedo bajó un poco mi labio inferior y me besó.

Primero como un roce de sus labios en el interior del mío, luego su lengua se abrió paso entre mis dientes buscando la mía. Su gemido me provocó un escalofrío de anticipación que me volvió loca y me hizo profundizar ese beso que tanto necesitábamos los dos. Quería esto y quería más, lo supe con una claridad brutal, aunque no fuera el mejor momento, aunque él me odiara y ya no confiara en mí, aunque quizás se estuviera aprovechando de su vulnerabilidad para besar a la chica difícil de la prensa. Todo me daba igual.

Su móvil sonó en ese momento. Lo giró hacia mí para que viera que era su madre.

—Lo siento —balbuceó—. Deben de estar buscándome.

—Cógelo.

CAPÍTULO 23

Noah

El calor de su cuerpo contra el mío, el olor a jazmín de su pelo y la firmeza de sus brazos rodeándome el cuello eran lo único que me mantenía anclado a la tierra. Tenía los labios pegados a la comisura de su boca, buscando desesperadamente su aliento en un beso hambriento, torpe y cargado de una necesidad que me quemaba el pecho. La presa se había roto. Me daba igual el orgullo, me daba igual el hormigón frío del pasillo y que estuviésemos a unos metros de la zona de prensa. Solo la quería a ella.

Entonces, el mundo exterior regresó con la violencia de un bofetón.

El teléfono móvil en el bolsillo interior de mi chaqueta empezó a vibrar y a emitir su tono de llamada, rompiendo el silencio del túnel. Nos congelamos. Maia se apartó un par de centímetros, con la respiración agitada y los labios encendidos, mirándome con unos ojos brillantes en los que se mezclaban el deseo y la culpabilidad.

Saqué el aparato con una mano temblorosa. En la pantalla parpadeaba el nombre de mi madre.

—Lo siento —balbuceé—. Deben estar buscándome.

—Cógelo.

—¿Mamá? —articulé, intentando limpiar la ronquera de mi voz.

—Noah, ¿dónde estás, hijo? —Su voz sonaba cansada, apagada por el dolor del día—. La gente de la directiva está empezando a marcharse y el señor Pendelton quería despedirse de ti antes de cerrar el palco. Kim y yo te esperamos en el vestíbulo principal.

—Bajo ahora mismo, mamá. Dadme dos minutos.

Colgué y guardé el teléfono, con una punzada de frustración que me recorrió el cuerpo. Miré a Maia. Tenía la chaqueta del traje un poco descolocada y se pasaba los dedos por el pelo, intentando borrar cualquier rastro del torbellino que acababa de suceder entre nosotros.

—Tengo que volver —dije, y me di cuenta de que mi voz sonó suave, desarmada frente a ella.

—Lo sé —asintió, dedicándome una mirada comprensiva pero asustada—. Vete tú primero. Yo saldré por la puerta de la tribuna baja y daré la vuelta por los pasillos exteriores. Si nos ven salir juntos de aquí, mañana seremos portada por motivos muy distintos a los que nos han traído aquí.

Odié que tuviera razón, odié tener que esconderme, pero la prioridad absoluta era proteger lo que acababa de nacer del caos. Le dediqué un último roce con los dedos en la mejilla, un contacto rápido que me supo a poco, y regresé al salón VIP con el corazón a mil por hora. Cumplí con el protocolo, estreché manos, agradecí las condolencias de Pendelton con una madurez fingida y saqué a mi madre y a mi hermana del estadio antes de que los últimos fotógrafos que esperaban en el exterior se desperezaran.

El trayecto en coche de vuelta a casa fue silencioso, roto solo por el zumbido de los neumáticos contra el asfalto mojado de Londres. Yo conducía con la vista fija en la carretera, pero mi mente seguía atrapada en el pasillo de hormigón, y en la boca de Maia en la mía.

Desde el asiento trasero, Kim no había dejado de observarme por el espejo retrovisor. Conozco a mi hermana; es demasiado lista y me lee los silencios mejor que nadie.

—Estabas con ella, ¿verdad? —soltó de golpe, con un tono suave pero certero.

Mi madre levantó la cabeza del reposacabezas, mirándome de reojo. Yo apreté el volante, tragando saliva. Sabía que no ganaba nada mintiendo, no a ellas.

—¿De qué hablas, Kim?

—Venga, Noah. Desaparecisteis de la sala exactamente a la vez. Y cuando has vuelto para despedirte del presidente, tenías los ojos

rojos y otra energía. Estabas con ella.

—Sí —admití en un susurro, rindiéndome—. Era ella.

Kim no dijo nada más, pero la vi sonreír por el espejo, una mueca de alivio y complicidad que me quitó un peso de encima. Mi madre simplemente me puso una mano cálida sobre la rodilla, dándome un apretón silencioso. No hacían falta explicaciones. Ellas sabían lo que Maia significaba para mí, aunque yo me hubiera empeñado en destruirlo las últimas semanas.

En cuanto llegamos a la casa y se fueron a sus habitaciones para cambiarse de ropa antes de cenar, el silencio de mi dormitorio se me hizo insoportable. Tenía una necesidad física, casi dolorosa, de escuchar su voz sin el ruido de un estadio de fondo. Saqué el móvil nuevo, busqué su número y, esta vez sin dudar, pulsé el botón de llamada.

Tardó tres tonos.

—¿Noah? —Su voz llegó a través del auricular limpia, un poco tímida.

—Maia —empecé, y sentí que las palabras se me agolpaban en la garganta, desordenadas por la urgencia de vaciarme—. Necesito... necesito pedirte perdón. Fui un completo imbécil. Te grité cosas horribles por teléfono, dudé de tu palabra cuando tú eras la única persona que se había preocupado por protegerme... Supe lo de Liam a los pocos días, Olivia descubrió lo que hizo y lo que te hizo, y aun así fui demasiado cobarde y orgulloso para llamarte y tragarme mis palabras. Lo siento mucho, de verdad.

Escuché su respiración al otro lado, densa, contenida.

—Noah, no pasa nada, yo...

—Sí pasa —la interrumpí, firme—. Y gracias. Gracias por el abrazo de hoy. Si no hubieras aparecido en ese pasillo, creo que me habría vuelto loco allí dentro. Quiero... necesito hacer las paces contigo en condiciones, Maia. Déjame invitarte a cenar mañana. Donde tú quieras. Lejos de la prensa.

Hubo un pequeño silencio que me puso los pelos de punta, hasta que escuché un suspiro suave.

—Ven a mi casa, Noah —propuso, y notar la calidez en su tono me devolvió el aire—. En los restaurantes siempre hay ojos. Aquí

estaremos tranquilos. Te pasaré la dirección por mensaje.

Al día siguiente, cuando paré el coche frente a su edificio, sentía el estómago cerrado por un nudo de nervios que no me provocaba ni una final de la FA Cup. Me revisé el pelo en el retrovisor tres veces, me ajusté los vaqueros y subí las escaleras con los puños metidos en los bolsillos de la chaqueta, intentando controlar el temblor de mis manos. Estaba asustado. El Noah Hayes que no le temía a nada se desvanecía cuando se trataba de ella.

Cuando Maia abrió la puerta, me quedé sin habla. Llevaba ropa cómoda, un jersey de punto amplio que le caía por un hombro y el pelo recogido en un moño desenfadado con algunos mechones sueltos. Estaba preciosa en su naturalidad.

—Hola —dijo en voz baja, apartándose un poco para dejarme paso. Una sonrisa tímida, casi contenida, le asomó a los labios—. Pasa, no te quedes ahí fuera.

—Hola —atiné a decir, sintiéndome extrañamente torpe.

Crucé el umbral y me detuve en el pequeño recibidor, mirando a mi alrededor mientras ella cerraba la puerta a mis espaldas. Su casa era exactamente como me la había imaginado: pequeña, un poco caótica, pero inundada de una calidez que mi mansión jamás tendría. Había estanterías abarrotadas de libros hasta el techo, plantas colgando cerca de las ventanas, una alfombra de colores desgastados y un tocadiscos antiguo en una esquina del que brotaba una melodía de jazz muy suave. Olía a ajo, a especias y a hogar.

—Es... acogedor —comenté, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, sin saber muy bien qué hacer con mi propio cuerpo. Me sentía un gigante torpe en mitad de su salón.

Maia soltó una pequeña carcajada, cruzándose de brazos mientras me miraba de arriba abajo.

—Eso es una forma elegante de decir que es diminuto comparado con tu fortaleza —bromeó, dándose la vuelta hacia el pasillo—. Anda, quítate la chaqueta y ven. Estoy en la cocina terminando la cena, que si me despisto un segundo se me quema la salsa.

Dejé la cazadora en el perchero y la seguí. La cocina era estrecha, con azulejos blancos y una encimera de madera donde ya había dos

copas servidas con vino tinto y una tabla con un poco de queso. Una olla humeaba sobre los fogones, y llenaba el espacio de un olor delicioso a tomate, albahaca y carne.

Me apoyé contra el marco de la puerta, observando cómo se movía con soltura, cogiendo una cuchara de madera para remover el contenido de la olla.

—¿El gran Noah Hayes se va a quedar ahí de pie como un crítico gastronómico o va a dignarse a ayudar a la cocinera? —preguntó sin mirarme, con ese tono de sutil desafío que tanto me gustaba.

—Depende —dije, dando un paso hacia ella y alcanzando una de las copas de vino—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? En mi casa la comida suele aparecer mágicamente en la mesa.

Maia giró la cabeza, entornando los ojos con fingida indignación.

—Qué duro es ser millonario, de verdad. Toma —me plantó un rallador en la mano libre y señaló un trozo de queso parmesano que había sobre la tabla—. Ralla el queso. Y que sea perfecto, por favor. No quiero trozos amorfos en mi plato.

—Soy cirujano con el balón en los pies, Thawne. Un trozo de queso no va a ser un problema —le aseguré, dándole un sorbo al vino. El sabor afrutado y cálido me ayudó a relajar los hombros del todo.

Me coloqué justo a su lado, ocupando casi todo el espacio que quedaba libre frente a la encimera. Mientras rallaba el queso, nuestras líneas de movimiento empezaron a cruzarse de forma inevitable. Cada vez que ella se estiraba para coger un plato del armario alto, su brazo rozaba el mío; cada vez que yo me movía para dejar caer el queso en bol, mi cadera chocaba suavemente con la suya. Era una coreografía torpe, estrecha, pero jodidamente eléctrica.

—A ver cómo va ese queso... —Maia se inclinó para inspeccionar mi trabajo. Estaba tan cerca que pude oler la vainilla de su perfume mezclada con el aroma de la salsa—. Bueno, aceptable. Pensaba que los futbolistas teníais las manos de trapo.

—Tenemos mucha precisión cuando queremos —respondí, bajando la voz. Dejé el rallador sobre la tabla y me giré por completo hacia ella, acorralándola sutilmente contra el borde de la encimera.

Maia dejó la cuchara de madera a un lado y levantó la mirada. El juego y la ironía flaquearon por un segundo, devorados por la intensidad que brillaba en sus ojos. Su respiración se volvió un poco más rápida.

—La cena ya está lista, Noah —susurró, aunque ninguno de los dos hizo el amago de moverse hacia la mesa.

—La cena puede esperar cinco minutos —contesté, alargando la mano para delinear la curva de su hombro desnudo, allí donde el jersey de punto gris se había escurrido—. No sabes la de veces que me he imaginado estando así contigo estas semanas. Sin gritos, sin periodistas, sin pantallas de por medio. Solo tú y yo.

Ella dejó escapar un suspiro trémulo y apoyó las palmas de sus manos en mi pecho, donde pudo sentir los latidos desbocados de mi corazón.

—Yo también, Noah. Aunque estuviera enfadada contigo... odiaba el silencio que había entre nosotros. Nunca debí investigar en la Fundación...

—Ssst —le dije poniendo un dedo en sus suaves labios—. Ahora no.

No aguanté más. Me incliné y la besé, ahí mismo, entre el vapor de la olla y el desorden de su pequeña cocina. Fue un beso cargado de sabor a vino, tierno pero con un trasfondo de urgencia contenida que nos hizo temblar a los dos. Su espalda chocó suavemente contra el borde de madera de la encimera y sus manos subieron por mi cuello, enredándose en mi pelo con la misma desesperación que el día anterior en el estadio.

Cuando nos separamos, apenas unos centímetros, ambos estábamos sin aliento. Maia tenía las mejillas encendidas y una sonrisa preciosa, un poco aturdida.

—Vale... —articuló, intentando recuperar la compostura mientras me daba un empujón cariñoso en el pecho—. Si no nos sentamos ya a cenar, juro que la pasta se va a derretir en la olla y he tardado una hora en hacer la salsa. Lleva los platos a la mesa de centro, anda.

Sonreí, sintiendo una ligereza en el pecho que hacía años no experimentaba. Cogí los platos mientras ella servía la comida, y nos fuimos al salón. Nos sentamos directamente en la alfombra,

apoyando las espaldas contra el sofá, compartiendo el espacio y cruzando los pies por debajo de la mesa baja.

Cenamos despacio, picándonos con cada bocado, devorando la comida y el vino mientras la música de jazz seguía flotando de fondo. Ella me preguntó por los entrenamientos y yo me metí con su nueva faceta de estrella televisiva, riéndome de cómo ponía firmes a los trogloditas en el plató.

—Vaya, Hayes —dijo ella, mirándome de reojo con una sonrisa juguetona mientras pinchaba la comida—. Cinco goles en tres partidos. Veo que mi ausencia en la tribuna de prensa te ha sentado de maravilla para concentrarte. A lo mejor es que te ponía nervioso.

—Ya le gustaría a tu ego que fuera eso —le respondí, devolviéndole la estocada con una ceja alzada y una sonrisa cínica—. Es simplemente que ahora los redactores que me cubren hacen preguntas tácticas de verdad, no psicología barata sobre mis traumas infantiles. He ganado en paz mental.

—¡Oye! Mis preguntas eran brillantes —protestó, tirándome una servilleta de papel arrugada que me dio de lleno en el pecho—. Además, reconócelo: echas de menos que te ponga los puntos sobre las íes en las zonas mixtas. Esos nuevos son unos aburridos que solo te bailan el agua.

—Puede ser —admití, bajando la voz, y la ironía se desvaneció de golpe para dejar paso a una gravedad que cargó el ambiente—. Puede que eche de menos muchas cosas de ti.

El ambiente era tan cómodo, tan íntimo, que la mesa de centro no tardó en volverse un obstáculo.

Dejé mi copa vacía a un lado y la miré fijamente. Ella captó la señal de inmediato. Dejó su plato, se giró hacia mí en la alfombra y acortó los pocos centímetros que nos separaban hasta sentarse de rodillas entre mis piernas, rodeándome la cintura con los brazos.

—Creo que ya hemos hablado bastante por hoy, ¿no crees? —murmuró contra mis labios.

—Por una vez en la vida estoy completamente de acuerdo contigo.

La tomé por los muslos, levantándola sin esfuerzo mientras ella se enganchaba a mi cintura, y la guié a oscuras hacia su habitación, tropezando con el marco de la puerta entre risas y besos ansiosos.

Cuando ya en la cama mis labios encontraron los suyos, ya no hubo interrupciones, ni teléfonos, ni fantasmas del pasado. El beso fue lento al principio, saboreando el reencuentro, pero pronto se transformó en una urgencia salvaje. Nos despojamos de la ropa como si fuesen cadenas que nos habían mantenido atados demasiado tiempo.

—Sueño con aprenderme cada centímetro de tu cuerpo —susurré mientras le bajaba los pantalones.

Ella ya se había deshecho del jersey gris de lana cuando la miré. Era preciosa y por un momento pensé que no podía tener tanta suerte. Le quité el sujetador con movimientos lentos y acerqué la lengua a sus pechos para explorarlos, jugué con sus pezones, que se volvieron duros a mi contacto, y le arranqué un gemido. Me deslicé acariciando con mis labios cada rincón de su cuerpo. Que mis caricias la hicieran estremecer me impulsaba a seguir. Abrí sus piernas sin prisa, acariciando sus pliegues. Deslicé dos dedos dentro de ella, primero con movimientos lentos y luego acelerando a un ritmo que la hizo gemir.

—Te quiero dentro —me dijo.

—No tenemos prisa, Maia. Yo no la tengo. Quiero saborearte.

Puse fin a mis palabras al alcanzar su clítoris con mi boca. Su sabor era dulce, exquisito, maravilloso. Bebí de ella con mi lengua bailando en su interior, lamiendo sus pliegues mientras se contoneaba sobre mi cara hasta que le arranqué un orgasmo glorioso.

Me incorporé hacia ella, que jadeaba cansada sobre la cama.

—Brutal, Noah. No tengo palabras.

—No las quiero, solo tus besos. Me he hecho adicto a ellos.

Atrapé su boca, pasé las manos por detrás de sus hombros y le di la vuelta. Ella se sentó a horcajadas sobre mí y con la mano dirigió mi erección hacia su cueva. Aferré su culo con las manos mientras descendía sobre mí, clavándome en ella. Apoyada en mis hombros, con un ritmo suave al principio y cada vez más firme, Maia subía y bajaba mientras yo la acompañaba en un baile a ritmo de gemidos que eran música para mis oídos. Mis manos iban de sus pechos a su culo, su boca alcanzaba la mía para luego alejarse y arquear la

espalda. Temblábamos y jadeábamos como si nuestros cuerpos hubieran sido hechos uno para el otro, totalmente acoplados y acompasados. Explotamos en un orgasmo casi al unísono que nos dejó temblando y sin aliento, con la piel sudorosa y ardiente. La abracé y retuve una lágrima que quería salir de mis ojos, lágrimas de felicidad.

Hacer el amor con Maia no se pareció a nada de lo que había vivido antes. No fue una descarga de adrenalina para olvidar el estrés, ni un encuentro fortuito de una noche. Fue una entrega absoluta que me dejó expuesto, sin defensas. Sentir su piel desnuda, el calor de sus manos recorriéndome la espalda y sus gemidos ahogados contra mi oído me destruyó y me reconstruyó a la vez. Cada caricia suya en mis cicatrices, reales y emocionales, las sentí como una redención. Me perdí en ella, en su ritmo, en la forma en que me miraba a los ojos en mitad de la penumbra, demostrándome que me conocía de verdad, que no le importaba el pichichi de la liga ni el hijo de Caulfield. Solo le importaba yo.

Cuando terminamos una segunda embestida, me quedé tumbado a su lado, con su cabeza apoyada en mi pecho y nuestros dedos entrelazados con fuerza sobre las sábanas revueltas. Mientras escuchaba los latidos acompasados de nuestros corazones, miré el techo de su habitación y, por primera vez en toda mi puta vida, sentí que la tormenta se había alejado del todo. Estaba en paz.

CAPÍTULO 24

Maia

El primer pensamiento que tuve al despertar fue que el frío de Londres había desaparecido de mi habitación. Me removí entre las sábanas, sintiendo un calor denso y reconfortante pegado a mi espalda, y cuando abrí los ojos, me topé con la claridad grisácea de la mañana filtrándose perezosamente por las rendijas de la persiana. Tardé un segundo en ubicarme, hasta que el ritmo pausado de una respiración contra mi nuca y el peso de un brazo tatuado y firme rodeándome la cintura me devolvieron el golpe de realidad de la noche anterior.

Noah seguía dormido. Tenía el rostro extrañamente relajado, despojado de esa tensión perenne que le marcaba la mandíbula en los estadios. Parecía más joven, más vulnerable, casi como el chico de las fotos que me había descrito Kimberly. Me quedé inmóvil, conteniendo el aliento para no romper el hechizo, disfrutando de la sensación inédita de tenerlo en mi cama, en mi espacio, sin muros ni estrategias de por medio.

Al notar que me movía, Noah soltó un gruñido ronco y me apretó un poco más contra su pecho, escondiendo la nariz en mi pelo todavía enmarañado.

—No te muevas —murmuró, con la voz rota por el sueño, arrastrando las palabras—. Es demasiado pronto.

—Tengo que trabajar, Noah —susurré, aunque no hice el menor amago de zafarme de su agarre. Al contrario, me pegué más a su

cuerpo—. La revista no se escribe sola y tengo que entregar una crónica al mediodía.

Noah abrió un ojo, mirándome con una mezcla de pereza y malicia que me aceleró el pulso. Una sonrisa lenta y descarada empezó a dibujarse en sus labios.

—Tengo el día libre —declaró, estirando las piernas bajo la manta y atrapando mis pies con los suyos—. El míster me ha dado cuarenta y ocho horas de descanso por lo de mi padre. Y no pienso pasar mi día libre mirando el techo de mi casa escuchando los vinilos de mi hermana.

—Me parece muy bien, pero el resto de los mortales tenemos obligaciones...

—Llama y di que estás enferma —interrumpió, directo, mientras su mano empezaba a subir lentamente por mi costado hasta acariciarme el pecho, erizándome la piel—. Di que tienes una fiebre terrible. Una que te impide por completo teclear.

—¿Estás incitándome al absentismo laboral, Hayes? Qué mala influencia.

—Estoy incitándote a quedarte conmigo —corrigió, y esta vez abrió los dos ojos, clavando su verde intenso en el mío, desarmándome por completo—. Por una vez, Thawne. Haz trampas.

Me quedé colgada de su mirada, sopesando la locura. Al final, solté una risa floja, alargué la mano hacia la mesita de noche y cogí el móvil. Con el corazón laténdome con una culpabilidad deliciosa, redacté un mensaje rápido a mi jefe de sección alegando una indisposición estomacal horrible. En cuanto le di a enviar, dejé el teléfono bocarriba y miré a Noah.

—Listo. Oficialmente, soy una pésima profesional por tu culpa.

—Te lo recompensaré —prometió en un susurro.

Y lo hizo. No hubo prisa, ni la urgencia desesperada de la noche anterior en la cocina. Nos amamos despacio, con la luz del día inundando la habitación a medida que la mañana avanzaba, descubriendo los rincones de nuestros cuerpos con una ternura que me encogió el estómago. Sus manos se movían sobre mí como si intentara memorizar cada línea, cada respuesta de mi piel, y sus besos en mi cuello y en mis hombros eran suaves, casi devotos. Fue

un encuentro limpio, íntimo, una forma silenciosa de decirnos todo lo que todavía no nos atrevíamos a verbalizar.

Al terminar, nos quedamos abrazados, con la respiración acompasada y las sábanas enredadas en las piernas. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho desnudo, escuchando el latido constante de su corazón, mientras él trazaba círculos ausentes en mi hombro con la yema de los dedos. La claridad del día ya llenaba todo el cuarto, exponiéndonos por completo.

Fue en ese silencio pacífico donde, de repente, el cuerpo de Noah se tensó sutilmente. Sentí el peso de la conversación que llevábamos semanas aplazando.

—El día del funeral en el club, en el pasillo... sentí que me moría, Maia —confesó de golpe, con la vista fija en el techo, y su voz volvió a teñirse de esa ronquera grave—. Cuando me llamaron de la clínica para decirme que había muerto, lo primero que sentí fue un alivio tan grande que me dio asco de mí mismo. Un hijo no debería alegrarse de la muerte de su padre, por muy monstruo que haya sido.

Me incorporé un poco, apoyando la barbilla en su pecho para poder mirarlo. Tenía los ojos fijos en la ventana, perdidos en sus propios fantasmas.

—No te alegrabas de su muerte, Noah —le dije con suavidad, acariciándole la línea de la mandíbula—. Te alegrabas de que el peligro por fin hubiera terminado. Es distinto.

Él soltó un suspiro pesado y me miró.

—Es que la gente solo vio el escándalo de los periódicos, pero el verdadero infierno fue el camino hasta llegar ahí. Cuando la policía se lo llevó aquella noche en Liverpool, la historia no se acabó. El vecindario se enteró de todo. En el colegio... Dios, en el colegio fue insoportable. Tuve que sufrir burlas de todo tipo, comentarios desagradables por los pasillos. Los chicos son muy crueles, Maia. Estaba marcado. Era el hijo del loco, el hijo del alcohólico que casi mata a su familia, del futbolista arruinado. Iba por la calle agachando la cabeza, arrastrando el apellido Caulfield como si fuera una condena a cadena perpetua.

Le tomé la mano, entrelazando mis dedos con los suyos, con la necesidad de sostenerlo.

—Por eso te refugiaste en el fútbol —deduje en un susurro.

—El fútbol fue mi única terapia —asintió, apretando mis dedos—. Mi madre recuperó su apellido de soltera y fue el entrenador el que nos sugirió cambiar de barrio, de colegio y de nombre. El día que encerraron a mi padre y mi madre se divorció, nació Noah Hayes. El fútbol me salvó. Yo no quería dedicarme a lo mismo que mi padre, pero empecé por culpa de ese entrenador al que le debo la vida. Cuando tenía el balón en los pies, nadie podía insultarme, nadie podía compadecerme. En el campo yo mandaba, yo era fuerte. Me creé ese personaje de tipo duro, frío y arrogante que ves en las ruedas de prensa porque necesitaba una armadura. Si dejaba que alguien se acercara, si mostraba una sola debilidad, sentía que se me colaría la negrura de mi padre por las grietas. Por eso construí esos muros. Por eso, cuando apareciste tú a husmear en mi vida, me asusté tanto.

Se me encogió el corazón al escucharlo. El remordimiento que llevaba arrastrando desde que estalló la filtración de Liam me subió a la garganta.

—Noah... perdóname —le pedí, y sentí que los ojos se me humedecían—. Perdóname por haber investigado tu pasado. Cuando empecé a rascar en la historia de la Fundación Hope no tenía ni idea de que iba a encontrarme con tu pasado. Sabía que había algo que te frenaba en el juego, esa mirada esquiva que le ponías a la gente, esa forma de aislarte del mundo... Mi instinto de periodista me decía que ahí había algo grande. Pero te juro por lo que más quiero que, en cuanto te conocí de verdad, jamás pasó por mi cabeza publicarlo.

Me incliné un poco más sobre él, buscando que entendiera la verdad en mis ojos.

—Solo quería entenderte, Noah. Quería saber por qué te protegías tanto... porque para entonces ya me gustabas. Eras muchísimo más que un simple reto profesional o una buena historia para la revista. Te habías convertido en alguien importante para mí, y me aterrorizaba hacerte daño.

Noah me miró en silencio durante unos segundos largos y densos, analizando mis palabras. La tensión de su rostro se fue disolviendo poco a poco y una pequeña sonrisa, cansada pero sincera, asomó en la comisura de sus labios. Alzó la mano libre y me acarició la mejilla, secando con el pulgar una lágrima rezagada que amenazaba con caer.

—Vaya par de idiotas estamos hechos, Maia —comentó con una pizca de su ironía habitual, aunque el tono era puramente cariñoso—. Tú investigando a escondidas para entender al ogro y yo levantando muros de hormigón para que no descubrieras que, en el fondo, me dabas un miedo de cojones porque eras la única capaz de desmontarme con una sola frase.

Dejé escapar una risa floja, aliviada, y apoyé la mejilla en su palma.

—Nos habríamos ahorrado unos cuantos dolores de cabeza si hubiéramos hablado antes.

—Seguramente —coincidió él, tirando de mí hacia abajo para darme un beso corto y dulce en los labios—. Pero no se te da bien lo de ponérmelo fácil, ¿no?

Pasamos el resto del día encerrados en el piso, ajenos por completo al ruido de Londres y a las llamadas perdidas, que no fueron pocas. Fue un día extrañamente hermoso, lleno de pequeños detalles domésticos que se sintieron increíblemente entrañables.

Cocinamos algo rápido a media tarde, compartiendo los pocos ingredientes que quedaban en mi nevera. Noah, con su metro noventa y su planta de atleta de élite, se pasaba el tiempo tropezando con los muebles de mi minúscula cocina, quejándose de que el techo estaba demasiado bajo, lo que me hacía reír a carcajadas cada cinco minutos. Comimos tirados en el suelo del salón, viendo una serie de Netflix de la que ni siquiera prestamos atención, hablando de cosas insignificantes, de libros, de música y de la infancia de Kim, para quien él fue como un padre. Verlo allí, integrado en la sencillez de mi rutina, descalzo y vistiendo una de mis camisetas *oversize* que le quedaba ridículamente pequeña, me llenó el pecho de una felicidad que no recordaba haber sentido nunca.

La noche cayó sin que nos diéramos cuenta, y volvimos a refugiarnos en la cama, durmiendo abrazados con la tranquilidad de los que ya no tienen secretos que ocultar.

A la mañana siguiente, la burbuja se rompió de forma natural con el sonido del despertador. El día a día reclamaba su espacio.

Nos levantamos muy temprano, cuando el cielo de Londres todavía era de un azul oscuro y frío. Preparé un café rápido mientras Noah se vestía con el traje del día que llegó, intentando alisarse la camisa con las manos frente al espejo del pasillo. Verlo volver a ponerse la armadura profesional me dio una pizca de melancolía, pero esta vez sabía que debajo de la tela cara seguía estando el Noah real.

Nos despedimos en el recibidor, junto a la puerta, con un beso largo, pausado y lleno de promesas mudas.

—Tengo que irme ya si quiero llegar a la ciudad deportiva antes que los fotógrafos, y antes he de pasar por casa a cambiarme —dijo contra mis labios, rodeándome la cintura con un último apretón—. Mañana jugamos contra el Chelsea.

—Lo sé —sonreí, ajustándole el cuello de la chaqueta—. Ve a entrenar, Hayes. Y juega como tú sabes. Esta vez estaré mirándote desde la televisión de la redacción.

—Prefiero que me mires tú a que lo haga media Inglaterra —respondió con un guiño descarado.

Él bajó las escaleras con paso firme hacia su coche antes de que el barrio despertara, y yo me quedé en el piso terminando de arreglarme para ir a la redacción. El ambiente era del todo diferente; la casa seguía oliendo a él, pero ya no había angustia en el aire. Estábamos bien. Habíamos limpiado el pasado.

Metí el ordenador en el bolso, eché un último vistazo al salón desordenado y salí hacia el metro, dispuesta a afrontar mi jornada de trabajo con una sonrisa que no me cabía en la cara.

CAPÍTULO 25

Noah

El paisaje industrial del norte de Inglaterra desfilaba al otro lado de la ventanilla del tren en un borrón de grises y verdes húmedos. Llevaba más de una hora con los auriculares inalámbricos puestos, pero no estaba escuchando música; solo los usaba para que el resto del equipo no me diera la tabarra. Mis dedos no paraban de jugar con la pantalla del móvil, releendo por quinta vez el mensaje que Maia me había enviado antes de salir de la redacción: «Sé el Noah que se divierte con el balón. El resto es solo ruido de fondo. Te veo a la vuelta».

Apreté los dientes, sintiendo un nudo asfixiante en el estómago. Volver a Liverpool nunca era fácil, pero esta vez lo sentía como caminar directo hacia un paredón de fusilamiento. Ese fin de semana jugábamos contra el Liverpool en Anfield. Sería mi primer partido en ese estadio desde la muerte de mi padre y desde que el país entero se enteró de que yo era, en realidad, el hijo de Peter Caulfield. Tenía pánico a la grada. El público del norte era pasional, ruidoso y con mucha memoria; estaba convencido de que me triturarían a base de cánticos crueles sobre el alcoholismo de mi padre o sobre el monstruo en el que se había convertido. Necesitaba a Maia a mi lado, pero ella seguía cubriendo el fútbol femenino y no nos pudo acompañar.

—Tío, relaja la mandíbula o te vas a partir un diente antes de bajarnos —soltó una voz a mi lado.

Me quité un auricular y miré de reojo. Aiden Brooks se acababa de dejar caer en el asiento libre frente al mío, estirando sus largas piernas con esa ligereza innata que lo caracterizaba. Aiden era el alma del vestuario del Kingsford: guapo, carismático, siempre con una sonrisa de suficiencia y una facilidad pasmosa para caerte bien. Sin embargo, al mirarlo con detalle, me di cuenta de que él tampoco tenía su mejor cara. Había una sombra extraña en sus ojos, una tensión sutil que no solía llevar encima.

—Solo estoy concentrado, Brooks —respondí, bloqueando el teléfono.

—Ya, y yo soy el arzobispo de Canterbury —replicó con un resoplido—. Sé que jugar aquí te remueve las tripas, Hayes. A mí también me pasa. Volver al norte siempre te escupe los recuerdos a la cara.

No tuve tiempo de replicarle porque el tren anunció su llegada a la estación de Lime Street. El desembarco fue el caos habitual de seguridad, aficionados gritando y el trayecto blindado en el autobús oficial hasta el hotel de cinco estrellas de la cadena de lujo donde siempre nos hospedábamos.

El vestíbulo del hotel era inmenso, decorado con mármol brillante y enormes lámparas de cristal que daban una luz cálida y opulenta. Mientras el cuerpo técnico gestionaba las tarjetas de las habitaciones, Aiden, con quien me tocaba compartir habitación, me dio un toque con el codo.

—Acompáñame a la recepción un segundo antes de subir, Noah. Quiero pedir unas almohadas extra, las de estos sitios a veces son demasiado blandas para mi cuello.

Caminamos hacia el largo mostrador de madera noble. Detrás de él, atendiendo un teléfono, había una chica joven con el uniforme impecable del hotel. Llevaba una chaqueta oscura perfectamente entallada, con blusa blanca y el pelo castaño recogido en un moño pulcro y profesional. Cuando colgó el auricular y se giró para atendernos, una sonrisa de cortesía comercial se dibujó en su rostro.

—Buenas tardes, bienvenidos al hotel. ¿En qué puedo...?

Las palabras se le congelaron en la boca. Toda la amabilidad prefabricada desapareció de su cara, y sus ojos, de un azul grisáceo

precioso y profundo, se abrieron de par en par. Tenía un rostro limpio, de facciones suaves, que transmitía una dignidad y una sencillez purísimas, un contraste absoluto con el lujo artificial que la rodeaba.

A mi lado, Aiden se detuvo en seco. Juro que escuché cómo se le cortaba la respiración. Toda su fachada de futbolista cotizado, su carisma arrollador y su soltura habitual se evaporaron en un abrir y cerrar de ojos. Se quedó pálido, mirándola fijamente como si estuviera viendo un fantasma bendito del que llevaba años sin saber nada.

—¿Joyce? —articuló Aiden en un hilo de voz, con una vibración tan cargada de nostalgia y dolor que me obligó a prestar atención.

Miré a mi compañero y luego a la chica. No tenía ni idea de quién era ella, ni qué clase de historia compartían para saludarse por el nombre; solo fui consciente de que la tensión que se instaló entre los dos de golpe se podía cortar con un cuchillo.

La chica apretó las manos sobre el mostrador, intentando recuperar la postura, pero el color también había abandonado sus mejillas. Se enderezó, rodeándose de una coraza invisible pero implacable.

—Hola, Aiden —respondió ella. Su tono fue educado, perfectamente formal, pero tan gélido y distante que me dio frío hasta a mí—. Bienvenidos al hotel. Espero que vuestra estancia sea agradable.

—Dios mío, Joyce... Estás... estás aquí —balbuceó Aiden, completamente desarmado, estirando una mano sobre el mármol de manera instintiva, aunque no llegó a tocarla—. No tenía ni idea de que estabas trabajando en Liverpool. Hace tanto tiempo que no sé nada de ti, desde que me fui a Londres... La verdad es que voy poco por el pueblo. Os he perdido la pista a todos.

La chica desvió la mirada por un segundo hacia el escudo del Kingsford que Aiden llevaba bordado en la sudadera y luego me miró a mí. Una sombra de amargura y profunda inseguridad le cruzó la mirada.

—Me vine a estudiar Turismo y entré a trabajar aquí —le interrumpió ella, con una firmeza que no admitía réplica, aunque su

voz temblaba ligeramente—. Veo que a ti te va muy bien. Todo el mundo habla de tus partidos y de tus goles en la televisión. En el pueblo te idolatran.

—Mi abuelo me tiene al día, pero con el calendario que tenemos se me complica visitarlos. Son ellos los que van a verme a mí. Un mal hijo, ¿no crees? Y qué tal, ¿cómo te va?

—Bien, no me quejo.

—Chicos, ¿qué estáis haciendo? —bramó el Mister—. La cena es en media hora, subid ya a vuestra habitación.

—Enseguida —contesté—. Venga, Aiden, acelera o nos multan.

—Si, esto.. Yo —decía mi compañero con inseguridad—, Joyce que si nos pueden subir almohadas anatómicas, por favor.

—Enseguida os las pido. Habitación...

—Trescientos nueve —intervine.

—Os las suben enseguida.

—Gracias, Joyce —se adelantó Aiden rozando la mano de la chica—. Me alegro de verte. Saluda a los demás cuando los veas.

—De tu parte.

—¿Qué ha sido eso, Brooks? —le dije en voz baja, dándole un empujón con el hombro para obligarlo a caminar hacia los ascensores antes de que montara una escena—. Parecía que los dos habíais visto un fantasma.

—Algo así.

Aiden me miró, tragó saliva con dificultad y asintió en silencio, guardándose lo que fuera que sintiera mientras subíamos a las habitaciones. Ya en el ascensor, con la mirada perdida en las puertas de metal, murmuró algo sobre lo mucho que se arrepentía de haber perdido el contacto con su gente cuando el club lo fichó para las categorías inferiores y se lo llevó a Londres, pero no quise presionar. Yo ya tenía bastantes fantasmas propios esperándome al día siguiente en Anfield.

Al día siguiente, los fantasmas de Aiden tuvieron que pasar a un segundo plano porque llegó mi hora de la verdad. El autobús nos dejó en las entrañas de Anfield. El olor a césped húmedo, a linimento y el eco del murmullo de la grada que empezaba a llenarse

me pusieron los pelos de punta. De golpe, toda mi infancia alrededor de este estadio me vio de golpe y a punto estuve de marearme.

Mientras los demás se cambiaban en el vestuario, yo salí al túnel de hormigón a mirar el campo, con un peso en las piernas que debía superar la tonelada. Estaba apoyado contra la pared metálica, con la vista fija en el famoso cartel de «This is Anfield», cuando una silueta alta y corpulenta se detuvo a mi lado.

Era Gavin Fletcher. Mi primer entrenador. El hombre que me había visto dar patadas a un balón deforme en los campos embarrados de los barrios obreros de Liverpool, a los que nos tuvimos que mudar después de que mi padre se arruinara, cuando yo solo era un crío desnutrido y asustado. Llevaba una chaqueta de chándal vieja y mantenía esa mirada limpia y severa que tanto me había marcado.

—Sabía que te encontraría aquí parado, chaval —dijo Gavin, con esa voz áspera del norte.

—Gavin —atiné a decir, y sentí un vuelco de emoción en el pecho—. No sabía que vendrías.

—¿Perdémelo? Ni de coña —soltó una pequeña risa y me puso una mano enorme sobre el hombro, apretándolo con una fuerza protectora—. Hace quince años, en una oficina cochambrosa de este mismo estadio, te miré a los ojos y te dije que tenías un gran futuro, ¿lo recuerdas?

—Cada día de mi vida, Gavin. Necesitaba el fútbol para sobrevivir, pero no me planteé ser profesional; no quería seguir sus pasos.

—Te estaba salvando la puta vida, hijo, y ni tú ni yo lo sabíamos. Tuve una corazonada, pero sabía que necesitabas alejarte de su influencia y por eso el apellido fue lo primero, para que pudieras destacar por ti mismo —corrigió Gavin, mirándome con una seriedad aplastante—. Peter Caulfield era un genio, pero su sombra era un agujero negro que te habría tragado. Necesitabas espacio para ser tú mismo, no el heredero de sus demonios. Ayer vi el homenaje que le hicieron en la televisión. Vi lo que publicaron los periódicos. Y hoy estás aquí, a punto de saltar al campo. Quiero que me mires, Noah.

Gavin me obligó a encararlo, agarrándome de los dos hombros.

—Tu padre ya no está. Su luto terminó. El apellido de tu camiseta dice 'Hayes', y ese nombre te lo has ganado tú solito a base de

goles, de esfuerzo y de tener los cojones de no convertirte en un monstruo. La gente de esta ciudad sabe perfectamente quién eres y de dónde vienes. No salgas ahí fuera con rabia y, mucho menos, con vergüenza. Sal a jugar como el niño que se divertía conmigo bajo la lluvia en los astilleros.

Las palabras de Gavin me perforaron la coraza, limpiándome el aire que me faltaba en los pulmones. Le di un abrazo apretado, un agradecimiento mudo que me devolvió la hombría, y regresé al vestuario con otra energía. Los muros de hormigón ya no hacían falta; la verdad estaba fuera y yo estaba limpio.

Cinco minutos después, llegó el momento. Nos colocamos en fila en el túnel. El himno del *You'll Never Walk Alone* atronaba desde las gradas, haciendo vibrar las paredes del estadio. Cerré los ojos, respiré hondo y salté al césped de Anfield detrás de mi capitán.

Me preparé para el impacto. Tensé el cuerpo esperando el abucheo, la mofa, el grito hiriente.

Pero lo que sucedió me rompió los esquemas por completo.

En cuanto el *speaker* del estadio pronunció mi nombre por los altavoces —«¡Con el número nueve, Noah Hayes!»—, la grada de Anfield no me trituró. Todo lo contrario. Un aplauso cerrado, unánime, respetuoso y atronador comenzó a extenderse desde la mítica grada de *The Kop* hasta los palcos laterales. No era una ovación de fiesta; era un aplauso de puro respeto obrero, un reconocimiento a mi luto, a mi historia y al dolor que la ciudad sabía que mi familia había arrastrado. Se pusieron en pie para decirme, a su manera nortea, que me respetaban. Que sabían quién era mi padre, pero que sabían perfectamente que yo era Noah.

Una oleada de calor me subió por el pecho. Sentí que las lágrimas me empañaban la vista por un segundo, pero me las tragué con una sonrisa de alivio purísimo. Miré al cielo gris de Liverpool, exhalé todo el aire retenido y sentí que la losa de plomo se desintegraba para siempre bajo mis botas.

Estaba listo para jugar. Ojalá Maia me estuviera viendo. Hice un gesto a la cámara para ella, para mi madre y para Kim. Mis tres motivos para vivir y para ganar.

CAPÍTULO 26

Maia

Apagué el televisor en cuanto terminó la rueda de prensa postpartido. El salón se quedó sumido en un silencio denso, roto solo por el repiqueteo de la lluvia nocturna contra los cristales. Me abracé las rodillas sobre el sofá, incapaz de quitarme la sonrisa de la cara. Había visto la ovación de Anfield en directo desde la pantalla. Había visto la mirada de Noah al saltar al campo: limpia, serena, sin esa mandíbula apretada que solía ser su escudo contra el mundo. Había jugado como nunca, libre de la losa que lo asfixiaba.

Casi a las tres de la mañana, el sonido nítido de una llave girando en la cerradura me hizo ponerme en pie de un salto.

La puerta se abrió y Noah apareció en el umbral. Venía con la ropa cómoda del club, la bolsa de viaje al hombro y el pelo ligeramente húmedo por la llovizna londinense. En cuanto cruzó mi mirada, dejó caer la bolsa al suelo y no dijo nada. Tampoco hizo falta. Había algo en su postura, en la forma en que caían sus hombros y en el brillo entornado de sus ojos verdes, que me dijo que el hombre que volvía de Liverpool ya no era el mismo que se había subido al tren. Los fantasmas se habían quedado en el norte.

Caminó directo hacia mí, me rodeó la cintura con los brazos y me pegó a su pecho, hundiendo la cara en mi cuello con un suspiro largo que arrastraba el cansancio de semanas de tensión.

—Te he visto —le susurré, acariciándole la nuca—. Ha sido increíble, Noah. Toda la grada en pie...

—Me han respetado, Maia —murmuró, y su voz vibró contra mi piel, cargada de una emoción contenida—. Por primera vez en mi vida, me he sentido en paz en ese campo. Como si Noah Hayes existiera de verdad, y no solo el hijo de Peter Caulfield.

Dejamos la bolsa de viaje en el recibidor y nos movimos hacia el salón de manera casi automática, arrastrando los pies con el cansancio propio de la madrugada. No encendimos las luces. En lugar de eso, dejamos que la claridad tenue de las farolas de la calle entrara por el ventanal, tiñendo las paredes de un azul grisáceo y tranquilo que invitaba a bajar la voz.

Fui a la cocina un momento y preparé dos tazas de té, aunque solo fuera por el placer de sostener algo tibio entre las manos, un ancla para no desarmarnos del todo antes de tiempo, mientras le daba tiempo a Noah de ordenar sus pensamientos y me contara cómo se sentía. Al volver, me lo encontré ya sentado en el suelo. Nos acomodamos directamente sobre la alfombra, apoyando las espaldas contra la base del sofá.

Estiré una manta fina de lana gris que guardaba en el reposabrazos y la extendí sobre nuestras piernas, cubriéndonos del frío residual que él traía pegado a la ropa. Noah estiró sus piernas largas, cruzando un tobillo sobre el otro, y sopló la superficie de su taza antes de mirarme de reojo.

—Huele bien —comentó con voz queda, y la vibración grave de su pecho pareció llenar el hueco que quedaba entre los dos—. ¿Qué es?

—Un preparado que hago para relajarme y un toque de miel —respondí, rodeando mi taza con ambas palmas, buscando el calor del barro—. No quería darte nada con teína a estas horas. Bastante adrenalina llevas encima después de lo de Anfield.

Noah soltó una pequeña risa, una exhalación suave que le relajó los hombros por completo. Se inclinó un poco hacia mí, buscando que nuestros hombros chocaran bajo la manta, un roce mínimo pero que sentí increíblemente arraigado.

—Buen detalle. Creo que mi corazón todavía va a cien revoluciones por minuto, aunque por razones muy distintas a las de antes.

Me quedé mirándolo en la penumbra. El vapor de la infusión subía perezosamente entre nosotros, empañando sutilmente la línea de su mandíbula. Había algo tan puramente entrañable en ver al gran Noah Hayes, el delantero estrella de la Premier, descalzo en la alfombra de mi salón y compartiendo una manta vieja, que el pecho me dio un vuelco cargado de una ternura que ya no podía, ni quería, frenar.

—Hablaba en serio cuando te lo he dicho en la puerta —añadí, bajando la vista hacia mi taza—. Has estado soberbio, Noah. Cuando toda la grada ha empezado a aplaudir... Dios, se me ha parado el corazón al escucharlo. Temía que fuera un abucheo.

Noah se quedó en silencio unos segundos, mirando fijamente el líquido oscuro. Su semblante se volvió serio, maduro, despojado de cualquier máscara.

—Yo también lo temía, Maia —confesó, y sus dedos rozaron el borde de mi taza antes de buscar mis dedos bajo la manta—. Tenía los puños cerrados dentro de las mangas. Pero cuando abrieron la boca... no había rabia. Había respeto. Fue como si, de alguna manera, el norte me estuviera dando permiso para dejar de esconderme.

Fue ahí, en la penumbra, donde la burbuja de intimidad nos empujó a vaciar los bolsillos de los miedos que todavía no nos habíamos atrevido a confesar.

Noah miraba el humo que subía de su taza, con el semblante serio pero extrañamente vulnerable.

—Tengo miedo, Maia —confesó de golpe, sin apartar los ojos del vapor—. El trauma de mi padre se ha cerrado, sí, pero ahora me aterra el vacío que queda. Llevo toda la vida convencido de que tengo su sangre, de que la negrura que lo destruyó a él está latente en mí. Me da pánico descubrir que no sea capaz de amar, que solo sepa construir muros o reaccionar con rabia cuando las cosas se complican. No quiero hacerte daño. No quiero convertirme en un monstruo para la gente que quiero.

Le tomé la mano libre, apretando sus dedos con firmeza, obligándolo a mirarme.

—El simple hecho de que te asuste eso, Noah, ya te aleja un abismo de él —le aseguré con el corazón en un puño—. Los monstruos no se preocupan por el daño que causan. Tú sí.

Apoyé la cabeza en su hombro, buscando su calor, y dejé que el silencio de la noche me diera el valor para soltar mi propia carga.

—Uf, es lo que quiero creer. ¿Tú no tienes miedo?

—Muchos... —Suspiré; era mi turno de sacar lo que me carcomía desde que me fijé en él—. Yo también tengo un miedo atroz —admití en un susurro—. Y tiene que ver con nosotros. Por mi trabajo en la revista, he visto pasar a decenas de futbolistas por la redacción. Chicos jóvenes, talentosos, devorados por la maquinaria de la fama, los excesos y el dinero. He visto cómo ese brillo artificial les destruía la cabeza, cómo convertía sus relaciones en una mentira para las revistas de cotilleos. Me juré a mí misma que jamás saldría con un jugador. Me prometí que mantendría mi vida a salvo de ese circo destructivo. Y ahora... mírame. Estoy metida en el ojo del huracán contigo, y me aterroriza que el ruido exterior acabe salpicando lo que tenemos aquí dentro.

Noah dejó la taza en el suelo, se giró por completo hacia mí y me tomó el rostro entre las manos. Su tacto era suave, pero su mirada tenía una determinación implacable que me caló hasta los huesos.

—¿Por eso eras tan borde en las ruedas de prensa? —bromeó, aunque no dejara de ser bastante cierto.

—Solo lo era contigo —le recordé—. Notaba que algo no estaba bien.

—Chica lista. —Me besó en la punta de la nariz—. Estoy seguros de que a nosotros no nos pasará, Maia —añadió, arrastrando las palabras con una seguridad absoluta—. El ruido de fuera solo te destruye si no tienes dónde agarrarte. Yo he tocado el fondo más oscuro y sé lo que vale la pena proteger. Tú y mi familia sois mi toma de tierra. A mí la fama ya no me puede mover los cimientos porque mi madre se encargó de fijarlos bien y porque mi prioridad está aquí, en este salón desordenado. No nos va a pasar porque tu felicidad es ahora mi principal objetivo. Te lo prometo.

No hubo espacio para las dudas después de eso. Me incliné hacia él y lo besé, un beso que empezó con el sabor cálido del té y la

nostalgia de la confesión, pero que maduró rápido, cargándose de una necesidad física y limpia de borrarlos los temores mutuos.

Noah se deshizo de la manta con un movimiento rápido, me tomó por los muslos y me sentó sobre su regazo. Mis manos se enredaron en su pelo mientras sus labios descendían por mi mandíbula hasta la curva del cuello, arrancándome un suspiro trémulo. Nos desvestimos allí mismo, despacio, dejando la ropa tirada sobre la alfombra como si estuviéramos despojándonos de las últimas defensas que nos quedaban frente al mundo. Ver sus ojos admirando mi cuerpo centímetro a centímetro conforme la ropa descubría mi piel desnuda, me hizo sentirme más deseada que nunca.

Me quitó el sujetador y con la mirada hambrienta, acercó la mano a mi pecho, y pasó el dedo pulgar por mi pezón, que respondió al segundo a sus caricias. Luego se lo llevó a la boca, enviando un mensaje directo a mi entrepierna que empezaba a humedecerse. Gemí a la vez que arqueaba la espalda mientras él lamía y chupaba haciéndome estremecer. Pero yo quería más. Bajé las manos hacia la cinturilla de su pantalón para desabrocharlo. Noah elevó un poco el culo facilitando así que le bajara la ropa. Nos quedamos piel con piel. Entonces, noté uno de sus dedos extendiendo mi humedad, para luego jugar con mi pequeña protuberancia, arrancándome un gemido gutural. Metió uno dentro de mí, después otro, y los dobló tocando un punto que me desbordó en un placer tan profundo que creía que no podía aguantar. Pero aguanté. Noah me sonrió con cara de pícaro.

—Joder, Noah. Esto, esto... —me cortó con un beso que me robó el aliento. Mis manos se pasearon por sus abdominales, suaves y duros, perfectamente delineados gracias al gimnasio. Ni en mis mejores sueños pensé.

—Esto no es nada si uso la lengua a la vez —me retó.

—¿Cómo?

Me guiñó un ojo antes de empujarme suavemente hacia el suelo. Me abrió los muslos y bajó la cabeza. Con la lengua comenzó a lamerme mientras los dos dedos volvían al punto de máximo placer. Me sentía blanda, pletórica, a punto de romperme con un placer que iba a más. Su lengua era rápida, persistente, juguetona y no dejaba

de presionar, junto a los dedos, hasta que mi grito lo atravesó. Me quedé laxa y tremendamente feliz. Lo abracé, necesitaba sentir todo su cuerpo pegado al mío y me reía. Un ataque de risa que quizás no venía a cuento, pero que me ayudó a soltar toda la adrenalina que me había provocado.

—Eres perfecta.

—No, tú lo eres. —Nos miramos con una profundidad nueva, y ya no tenía ese halo gris en sus ojos, esas capas que lo escondían de mí. En ese momento éramos transparentes y nos amábamos.

De nuevo nos besamos.

—Tócate, Maia, y ábrete para mí —susurró a mi oído. Bajé las manos y lo hice. Él salivaba al verme, su erección creció y se puso sobre mí, buscando con ella mi abertura. Sacó mi mano, se la llevó a la boca y me penetró de una estocada.

—Otro día querré verte cómo te corres, pero hoy ya no podías más —confesó. Me quedé atónita.

—Yo tampoco. Te quiero dentro, más dentro, Noah.

Entonces me obedeció él a mí y empujó más, moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás, bombeando dentro de mí, jadeando a la vez que yo, con los músculos de los brazos y del abdomen tensos. Yo recibía sus embestidas, rendida al disfrute del placer que el sexo con Noah me estaba dando.

Noah aceleró cuando le llegaba el orgasmo y gritó un segundo antes de que yo también lo alcanzara. Se desplomó sobre mí, jadeando, sudoroso y totalmente rendido a mí.

Así fue como hicimos el amor sobre la alfombra del salón, a la luz tenue de la ventana, con una lentitud y una entrega que no tenían nada que ver con la urgencia del pasado.

Cada caricia suya en mi espalda, cada vez que sus manos se aferraban a mi cintura para pegarme más a él, para mí eran una promesa silenciosa de protección y de amor. Nos movimos al compás del sonido de la lluvia, fundiéndonos en una intimidad tan pura que el miedo a la prensa, al pasado de Liverpool y al futuro pareció disolverse por completo en el aire cálido de mi piso.

Nos habíamos quedado tumbados de lado, agotados pero con las respiraciones acopladas. Noah me rodeó por detrás, pegando su

pecho a mi espalda desnuda y entrelazando sus dedos con los míos sobre mi vientre.

Me besó el hombro con delicadeza antes de cerrar los ojos.

—¿Vamos a la cama?

—Mmmm, estoy tan bien ahora... —gimoteé.

—Podemos quedarnos aquí. Has estado muy bien, Thawne —murmuró contra mi piel, con la voz ronca.

—Tú tampoco has estado mal, Hayes —respondí, apretando su mano contra mí, sabiendo que, aunque me levantara con un gran dolor de espalda al día siguiente, habría merecido la pena. Nunca imaginé que el esquivo jugador de la Premier, del que dudé cuando lo conocí, sería mi lugar seguro. Porque lo era. Quise decírselo, pero un ronquido me confirmó que no era el mejor momento.

—Que duermas bien, Noah —susurré. Él me dio un beso suave en el pelo y cerré los ojos.

EPÍLOGO

Maia

El olor a carbón encendido, carne adobada y césped recién cortado flotaba en el aire de nuestro nuevo jardín. Miré a mi alrededor desde el porche, sosteniendo una jarra de limonada fría, y sentí una oleada de paz tan intensa que se me aceleró el pulso. Habíamos tardado meses en encontrar esta casa en las afueras de Londres, un lugar con los árboles lo suficientemente altos como para mantener a raya a los paparazis y el espacio necesario para dejar atrás los fantasmas del pasado. Ya no era mi minipiso del centro ni la casa de alquiler de Noah; era nuestro hogar.

—¡Brooks, aparta tus manos de esa carne o te arranco los dedos con las pinzas! —bramó Sebastian desde la enorme barbacoa de acero inoxidable, envuelto en un delantal ridículo que ponía «El Rey de la Parrilla», un regalo de broma de Ethan.

—Tío, solo estaba comprobando el punto de cocción —se quejó Aiden, dando un paso atrás con una sonrisa de suficiencia, aunque levantó las manos en señal de rendición.

Me fijé en Aiden de reojo. Los tenía a todos calados de tanto estudiar su juego, que, como siempre, basaba en sus circunstancias personales. Era mi mejor habilidad. Aiden seguía siendo el mismo crío carismático de siempre en el vestuario del Kingsford, pero desde aquel viaje a Liverpool de hacía unos meses, le pillaba a veces con la mirada perdida, como si su cabeza estuviera habitando en otra parte de Inglaterra. No decía nada, pero yo sabía que algo se le había quedado encallado en el norte.

Al otro lado del jardín, sentadas bajo la sombra de un gran roble, la madre de Noah y Kim compartían confidencias con Olivia. Kim se había mudado con su madre a un piso precioso mucho más cerca del campus universitario para empezar su segundo año de carrera, pero se pasaban la mitad de los fines de semana metidas en nuestro jardín. Ver a la madre de Noah reír con ganas, con los ojos limpios y una copa de vino blanco en la mano, era el verdadero triunfo de toda esta historia. La negrura se había marchado para siempre de sus vidas.

—¿Necesitas ayuda con eso, Maia? —La voz profunda de Ethan me sacó de mis pensamientos. Estaba apoyado en la barandilla del porche, con los brazos cruzados y esa sonrisa pausada de quien lo observa todo.

—No, gracias, Ethan. Estoy disfrutando —respondí, dejando la jarra sobre la mesa de madera exterior.

—Sí, ya te veo. Con el miedo que nos dabas siempre, tan atenta a todos nuestros movimientos —rio. Echó un vistazo hacia el fondo del jardín, donde Noah caminaba cargando un saco de hielo sobre el hombro—. Me alegro mucho por Noah, por vosotros, quiero decir. Está feliz.

Noah llevaba solo unos pantalones cortos y una camiseta blanca de algodón que dejaba a la vista los tatuajes de sus brazos. Ya no quedaba ni rastro de la rigidez en su mandíbula ni de la sombra de sospecha que lo acompañaba cuando lo conocí en su primera rueda de prensa cuando lo ficharon. Dejó caer el hielo en la nevera portátil, se sacudió las manos y, como si tuviera un radar para buscarme, sus ojos verdes chocaron con los míos en la distancia. Sonrió. Una sonrisa abierta, limpia, solo para mí.

Caminó el trayecto que nos separaba y subió los escalones del porche, rodeándome la cintura con un brazo de inmediato, sin importarle que todo el grupo estuviera delante. Me pegó a su costado y me plantó un beso tierno en la sien.

—¿Todo bien por aquí, preciosa? —preguntó, y su voz vibró directamente contra mi oído.

—Perfecto. Aunque creo que Seb y Aiden van a terminar a puñetazos por las salchichas.

—Lo normal en un sábado cualquiera —se rió él, saludando con la cabeza a Ethan, que bajaba los escalones para ir a meterle cizaña a los de la parrilla.

Nos quedamos solos en el porche durante unos minutos, contemplando la estampa. Kim se levantó de la mesa para ir a enseñarle algo en el móvil a Olivia, tropezando cómicamente con los pies de Sebastian por el camino, lo que provocó un coro de quejas y risas que inundó todo el jardín.

—A veces me cuesta creer que todo esto sea real —murmuró Noah en voz baja, apretando un poco más el agarre en mi cintura—. Mirar a mi madre, a mi hermana, que han recuperado la paz,... ver este sitio. Y pensar de dónde venimos.

Me giré entre sus brazos, apoyando las manos en su pecho, sintiendo el latido rítmico y fuerte de su corazón.

—Es real, Noah. Te lo ganaste el día que decidiste que tu historia la escribías tú, no los errores de tu padre.

Él bajó la mirada, devorándome con esos ojos verdes que me habían cambiado la vida, y me acunó el rostro con una mano, rozando mi pómulos con el pulgar.

—Nos lo ganamos, Maia —corrigió con suavidad—. Yo solo encontré el camino porque tú encendiste la luz.

Me incliné hacia él y lo besé, un beso lento, pausado, que sabía a tardes de sol, a promesas cumplidas y a un futuro entero que ya no nos daba miedo transitar. Al fondo, la voz de Sebastian rompió el encanto gritando que la comida estaba lista, seguido por los vítores de Aiden y las risas de Kim, pero ninguno de los dos tuvo prisa por separarnos. Estábamos en casa.

Cuando, ya solos, nuestras pieles desnudas se encontraron, solté un suspiro trémulo contra sus labios. Noah no se detuvo; sus manos bajaron a mis caderas para guiar mis movimientos, frotándome contra él mientras sus besos descendían por mi mandíbula, trazando una línea de fuego por mi cuello hasta morder con suavidad la curva de mi hombro. El contraste de su cuerpo, tan imponente, fuerte y tatuado, rodeando la fragilidad del mío, me hacía perder el sentido.

—Joder, Maia... No te imaginas lo que me cuesta contenerme contigo —necesitó jadear contra mi oreja, con la respiración completamente desbocada, mientras sus dedos buscaban el botón de mi pantalón.

—Entonces no lo hagas —le provoqué en un susurro, arqueando la espalda cuando su boca encontró mi pecho, haciéndome gemir sin control en mitad de la penumbra del salón.

Nos despojamos del resto de la ropa con una torpeza ansiosa, dejando que las prendas rodaran por la alfombra. Noah me tumbó con delicadeza sobre el tejido mullido, pero se posicionó de inmediato entre mis piernas, cerniéndose sobre mí como un depredador que por fin ha acorralado a su presa. Sus ojos verdes brillaban con una intensidad casi salvaje bajo la luz de la luna, fijos en mí, leyéndome cada estremecimiento.

Deslizó una de sus manos por la parte interna de mi muslo, abriéndome espacio despacio, torturándome con la lentitud de sus caricias hasta que encontró el centro de mi intimidad, ya húmeda y palpitante por él. Enterré las uñas en sus hombros anchos cuando sus dedos empezaron a moverse, preparándome, arrancándome gemidos que se ahogaban contra su cuello.

—Mírame, Maia —pidió con voz rota, áspera por el deseo.

Levanté la vista, enturbiada por el placer, y en cuanto clavé mis ojos en los suyos, Noah empujó hacia delante, llenándome por completo de un solo golpe firme y profundo.

Gimió mi nombre contra mi boca, sellando nuestros labios para absorber el grito que se me escapó del pecho. La sensación de tenerlo dentro, tan grande, tan caliente y tan extrañamente perfecto, me hizo perder el control de mi propio cuerpo. Empezó a moverse con un ritmo pausado pero implacable, hundiéndose en mí hasta el fondo, obligándome a levantar las caderas para buscar más de su roce.

A cada embestida, el crujido de la madera bajo la cama y el repiqueteo de la lluvia se mezclaban con el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y el roce húmedo de nuestras pieles sudorosas. Noah aceleró el ritmo, perdiendo esa paciencia del principio; se aferró a mis glúteos con fuerza, levantándose ligeramente para cambiar el ángulo, haciéndome rozar el cielo con cada movimiento. Era una entrega brutal, un ritmo hambriento que nos arrastraba a los dos por igual, como si quisiéramos fundirnos para que nada ni nadie pudiera volver a separarnos.

El placer se volvió una ola asfixiante, una tensión eléctrica que me contrajo los músculos internos a su alrededor.

—Noah... joder, Noah, ya... —rogué, arañándole la espalda tatuada mientras sentía que el abismo me tragaba.

—Conmigo, Maia. No te cierres, mírame —rugió él, acelerando las últimas embestidas, potentes, profundas, definitivas.

El clímax me golpeó con una violencia hermosa, haciéndome temblar entera bajo su cuerpo. Al notar mis espasmos, Noah soltó un gemido ronco, se hundió en mí una última vez hasta el límite y se corrió con fuerza, tensándose por completo sobre mi pecho mientras su propia liberación lo hacía vibrar de la cabeza a los pies.

Nos quedamos tumbados de lado sobre la cama, abrazados con una fuerza casi desesperada, con las respiraciones acopladas y el sudor enfriándose sobre nuestras pieles. Noah me rodeó por detrás, pegando su pecho a mi espalda y entrelazando sus dedos con los míos sobre mi vientre, manteniéndome pegada a él.

—Te amo, Maia —susurró contra mi espalda. Pude escuchar el latido firme y acelerado del hombre que, por fin, había ganado el partido más importante de su vida.

Noah soltó una risa baja, un sonido lleno de alivio y una felicidad transparente que le vibró en las costillas, antes de atrapar mi boca en un beso que sabía a victoria y a futuro.

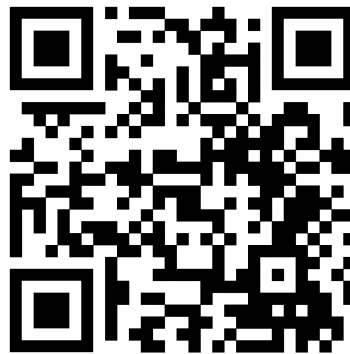
—Y yo a ti, Noah —respondí con los ojos brillantes, entrelazando nuestros dedos con una fuerza que vibró en mí como una promesa eterna—. Hasta el último minuto del descuento.



GRACIAS

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:



Esta es la segunda entrega de la serie *Offside hearts: Corazones en fuera de juego*

Aunque son historias independientes y autoconclusivas, es posible que unas te hagan *spoiler* de otras. No obstante, lee en el orden que quieras.

Al prota de la tercera ya los conoces, ha hecho cameos en las anteriores.

¿Quieres saber a quiénes me refiero?

Lee el comienzo de

Amor en la prórroga

AMOR EN LA *prórroga*

- OFFSIDE HEARTS. -
CORAZONES EN FUERA DE JUEGO 3



SCARLETT SIMMONS

PRÓLOGO

Aiden

El ruido del tren de camino a Liverpool siempre me daba dolor de cabeza, pero ese día el ambiente en el vagón era especialmente denso. Tenía a Noah Hayes sentado enfrente, jugando con el móvil y con la mandíbula tan apretada que parecía a punto de romperse un diente. Lo entendía. El chaval volvía al norte con la prensa pisándole los talones por el escándalo de su padre y el partido en Anfield iba a ser una carnicería emocional. Le solté un par de vaciles para rebajar la tensión, intentando hacer honor a mi maldito papel de «el alma del vestuario», pero la realidad era que yo tampoco las tenía todas conmigo. Volver al norte siempre te escupe los recuerdos a la cara. Y yo llevaba demasiados años huyendo de los míos.

Cuando el autobús oficial nos dejó en el hotel, respiré aliviado. El sitio era el típico despliegue de opulencia de cinco estrellas que el club reservaba para los desplazamientos: mármol brillante, lámparas de cristal que costaban más que mi primer coche y un olor a perfume caro que me resultaba asfixiante. Mientras el cuerpo técnico se peleaba por la distribución de las habitaciones, le di un toque con el codo a Noah, con quien me tocaba dormir esa noche.

—Acompáñame a la recepción un segundo antes de subir, Noah. Quiero pedir unas almohadas extra, las de estos sitios a veces son demasiado blandas para mi cuello.

Nos acercamos al largo mostrador de madera noble. Había una chica de espaldas, atendiendo el teléfono, vestida con el uniforme azul de la cadena: chaqueta oscura entallada, blusa blanca y el pelo castaño recogido en un moño pulcro y profesional. Cuando colgó el auricular y se giró hacia nosotros, su rostro tenía dibujada esa sonrisa ensayada de cortesía comercial.

—Buenas tardes, bienvenidos al hotel. ¿En qué puedo...?

Y entonces, el mundo se detuvo. El suelo de mármol pareció abrirse bajo mis pies y juraría que el corazón me dio un vuelco tan violento que se me cortó la respiración por completo.

Toda mi apariencia de futbolista de la Premier League, mi carisma arrollador y la soltura de la que tanto presumía ante las cámaras se evaporaron en un abrir y

cerrar de ojos. Me quedé pálido, inmóvil, mirándola fijamente como si estuviera viendo un fantasma. Un fantasma bendito y doloroso del que llevaba seis años sin saber nada.

—¿Joyce? —articulé. Mi propia voz me sonó extraña, un hilo de voz cargado de una nostalgia y un dolor tan puros que hasta Noah se giró a mirarme.

Tenía el mismo rostro angelical que recordaba de las tardes de instituto, esas facciones suaves que transmitían una dignidad y una sencillez que hacían que todo el lujo artificial de ese hotel pareciera una puta broma. Pero sus ojos, de ese azul grisáceo precioso y profundo que tantas veces me había desvelado por las noches, se abrieron de par en par. El color abandonó sus mejillas y vi cómo apretaba las manos contra el borde del mostrador.

Estaba levantando una coraza. Una implacable, gélida y blindada. Contra mí.

—Hola, Aiden —respondió con un tono muy educado, excesivamente formal, pero tan distante que me heló la sangre—. Bienvenidos al hotel. Espero que vuestra estancia sea agradable.

—Dios mío, Joyce... Estás... estás igual —balbuceé, completamente desarmado. Estiré una mano sobre el mármol de manera instintiva, buscando rozarla, buscando comprobar que era real, pero me detuve antes de llegar a tocarla—. No tenía ni idea de que estabas trabajando en Liverpool. Hace tanto tiempo que no sé nada de ti, desde que me fui a Londres... La verdad es que voy poco por el pueblo. Os he perdido la pista a todos.

En parte era mentira; me costaba ir porque ya no era el mismo chico que se fue con dieciocho años. Me había refugiado en los focos de la capital porque mirar atrás dolía y ni me gustaba nada ser el centro de atención cada vez que iba y me trataban como a alguien especial, porque no lo era. Ser el tipo exitoso puede gustar al principio, da una especie de adrenalina, un superpoder que te hace creerte superior, pero es una maldita farsa. Ellos tenían su vida hecha, yo llegaba para recuperar la normalidad que una vez tuve, pero me trataban como a una estrella. Y dejé de ir; no me gustaba ese teatro. Poco a poco me distancié de todos los que fueron mis amigos y lo lamentaba.

Joyce desvió la mirada por un segundo hacia el escudo del Kingsford que yo llevaba bordado en la sudadera y luego miró a Noah. Una sombra de amargura y profunda inseguridad le cruzó los ojos. Verme allí, con el traje de millonario de la Premier, solo parecía recordarle el abismo que se había cavado entre nosotros desde el día en que firmé mi primer contrato profesional y la dejé atrás.

—Me vine a Liverpool a estudiar Turismo y entré a trabajar aquí —me interrumpió, con una firmeza que no admitía réplica, aunque su voz temblaba ligeramente—.

Veo que a ti te va muy bien. Todo el mundo habla de tus partidos y de tus goles en la televisión. En el pueblo te idolatran.

—Mi abuelo me tiene al día, pero con el calendario que tenemos se me complica visitarlos. Son ellos los que van a verme a mí. Un mal hijo, ¿no crees? Y qué tal, ¿cómo te va?

—Bien, no me quejo.

—Chicos, ¿qué estáis haciendo? —bramó la voz del Míster desde el centro del vestíbulo—. La cena es en media hora, subid ya a vuestra habitación.

—Enseguida —intervino Noah, salvándose del colapso—. Venga, Aiden, acelera o nos multan.

—Sí, esto.. Yo —las palabras se me atropellaban en la boca, me sentía como un crío de quince años pillado en una gamberrada—, Joyce... que si nos pueden subir almohadas anatómicas, por favor.

—Enseguida os las pido. Habitación...

—Trescientos nueve —respondió Noah por mí.

—Os las suben enseguida.

—Gracias, Joyce —atiné a decir, estirando los dedos y rozando apenas el dorso de su mano sobre la madera. Un milisegundo de contacto que me quemó la piel—. Me alegro de verte. Saluda a los demás cuando los veas.

—De tu parte.

Noah me dio un empujón con el hombro para obligarme a caminar hacia los ascensores antes de que montara un espectáculo en mitad de la recepción. Yo solo podía mirar las puertas de metal del ascensor, con el pecho ensanchado y el pulso desbocado. Había pasado años siendo el guardián del Kingsford, parando balones imposibles ante sesenta mil personas sin pestañear. Pero ahí, en el ascensor de un hotel de Liverpool, me di cuenta de que mi peor derrota no había sido en un terreno de juego. Había sido perder a mis amigos y, entre ellos, a mi primer amor.

CAPÍTULO 1

Joyce

El pasado tiene una forma muy rara de volver a por ti. Siempre elige el peor momento, el día en que crees que por fin tienes las riendas de tu vida y que los fantasmas de la adolescencia se han cansado de perseguirte.

Para mí, ese fantasma medía un metro noventa, llevaba el escudo del club de moda de Londres cosido en el pecho y me miró con unos ojos que no había olvidado ni una sola noche desde que tenía quince años.

Cuando Aiden Brooks apareció en la recepción del hotel en Liverpool, se me congeló la sangre. Había pasado semanas preparándome mentalmente para la llegada del Kingsford FC. Sabía que los futbolistas de la Premier League eran exigentes, que venían blindados por la seguridad y que el vestíbulo se llenaría de tensión antes del partido en Anfield. Lo que no calculé fue el impacto de ver su nombre en la lista de huéspedes. El gran Aiden Brooks. El guardián del Kingsford. El chico que solía sentarse a mi lado en la última fila de clase y que compartía conmigo las patatas fritas en el banco del parque del pueblo.

Lo reconocí enseguida a pesar de que estaba muy cambiado. El chico flacucho y de hombros caídos que recordaba se había esfumado; en su lugar, frente al mostrador, se alzaba un hombre imponente, con una espalda anchísima y una planta atlética que llenaba el espacio por completo. El fútbol de élite lo había esculpido a golpe de gimnasio, pero lo que más me dolió no fue su cambio físico, sino su mirada. Sus ojos seguían siendo del mismo azul intenso, pero ya no tenían la timidez de antes; ahora reflejaban la madurez de alguien acostumbrado a soportar la presión de estadios enteros. Tenía la mandíbula más marcada, una barba de un par de días perfectamente recortada y una presencia tan magnética que hacía que todo lo demás en la recepción pareciera borroso. Seguía siendo mi Aiden, sí, el que me partió el corazón, pero convertido en una versión inalcanzable y deslumbrante que me hizo sentir increíblemente pequeña.

Durante los tres minutos que duró nuestro encuentro frente al mostrador de madera noble, utilicé toda la disciplina que me habían enseñado en la formación de recepcionistas del hotel. Me obligué a sonreír con la cortesía fría y prefabricada que se esperaba de mí. Le hablé de usted. Marqué una distancia tan fría y profesional que juraría que el aire se volvió escarcha entre los dos. Vi la decepción cruzarse en su mirada, vi cómo palidecía y cómo buscaba rozar mi mano sobre el

mostrador, como si necesitara comprobar que la chica normal que había dejado atrás seguía siendo de carne y hueso.

—Gracias, Joyce —me dijo antes de que su compañero de equipo se lo llevara hacia los ascensores.

Esa misma noche, encerrada en mi modesto piso de Liverpool con el turno de tarde terminado, fui incapaz de cenar. Me senté en la cama y saqué del fondo del armario una vieja caja metálica de galletas. Estaba oxidada por las esquinas y los cierres chirriaban. Dentro no había joyas ni dinero; solo recortes de periódicos locales de cuando él jugaba en las categorías inferiores y unas notas de papel cuadriculado, arrugadas y gastadas de tanto releerlas. Tenía su letra descuidada de cuando teníamos quince años: «Sé que hoy tienes el examen de Historia. Lo vas a bordar. Te veo en el banco de siempre a las cinco. No me faltes».

«Gracias por hacerme sonreír hoy cuando peor lo pasaba en clase. Contigo todo es más fácil y más bonito, Joyce. Qué suerte tengo de tenerte. Te quiero».

«Cuando los demás se vayan, me gustaría celebrar contigo la victoria de hoy. ¿Viste cómo lo celebré para ti? Nos vemos luego».

Y la última, esa que no llegó a cumplir y que ya estaba desteñida de tanto leerla y llorar sobre ella.

Me quedé mirando los papeles durante horas, con una punzada de amargura clavada en el pecho. Me repetí mil veces que aquello había sido una chiquillada de críos. Una bonita historia de instituto que se rompió el día en que un ojeador de Londres se lo llevó a la capital y el éxito lo absorbió por completo. Él se convirtió en una estrella inalcanzable; yo me quedé en el norte, estudiando y trabajando el doble para salir adelante. Pertenecíamos a mundos diferentes, separados por un abismo invisible de millones de libras, palcos VIP y portadas que yo solo veía en la sección de deportes de los informativos. No tenía sentido remover el pasado.

No sé cuánto tiempo estuve rascando en la herida. Mirar aquellas notas escritas con su letra de quince años era como tocar una cicatriz que todavía escocía cuando cambiaba el tiempo. Sentía una ambivalencia feroz que me partía en dos: por un lado, la calidez de recordar el único amor puro que había conocido —de eso me di cuenta después de salir con otros chicos—, el brillo de sus ojos antes de que el éxito lo devorara; por el otro, el frío punzante de la distancia y de lo inaccesible que resultaba ahora su mundo, tan diferente del mío. Su marcha dolió tanto que pasé el duelo de ver morir a la persona que fue para convertirse en otra distinta, al menos por lo que los medios decían de él, ya que apenas se dejó caer por el pueblo y no volvimos a hablar. Un pueblo cuyo aire se me volvió tan asfixiante tras su partida, que me juré no encallarme allí. Por eso elegí estudiar una carrera que me abriera las puertas de par en par, que me conectara con viajes, con la gestión de grandes proyectos y con mundos nuevos. Quería volar lejos, construirme un escudo a base de independencia y demostrarme que mi vida podía ser inmensa, sobre todo después de comprometerme con Paul cuando

acabé los estudios. Desde que hablamos de boda se me instaló un nudo en el estómago que no se deshizo hasta que me di cuenta de que no quería atarme tan pronto, que aún no había vivido libre ni había tenido experiencias que me hicieran crecer. Rompí con él con el típico «no eres tú, soy yo. Necesito tiempo» que él no entendió.

El destino, sin embargo, es un jugador muy caprichoso.

Apenas dos semanas después de aquel terremoto silencioso en la recepción, la vida siguió su curso con la misma monotonía de siempre. Acepté que lo de Aiden había sido solo un parpadeo, un recordatorio de que mi realidad de clase media no tenía nada que ver con sus focos de estrella del fútbol. Él estaba en su galaxia y yo en la mía, y estaba bien así.

Mi verdadera preocupación no era un amor del pasado, sino mi futuro. Sabía que me quedaban muy pocas semanas de contrato en el hotel y tenía claro que no iba a renovar. Estaba cansada de los turnos partidos, de las sonrisas de compromiso y de la sumisión detrás de un mostrador. Había estudiado Turismo y Gestión Hotelera como vía de escape de la cárcel en la que me sentía en el pueblo y desde el principio me convencí de aspirar a algo más grande, tener mejores oportunidades y tomar las riendas de mi carrera profesional en condiciones. Necesitaba un cambio urgente, salir de la rutina del hotel y buscar un reto real que me permitiera avanzar. En eso tenía que concentrar todas mis fuerzas.

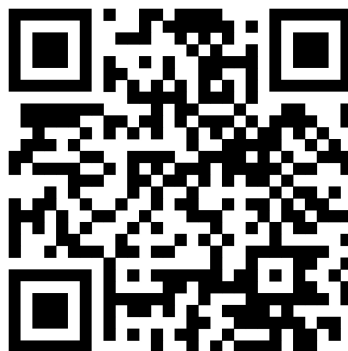
CAPÍTULO 2

Aiden

El partido de Liverpool no había sido uno más de la temporada; jugábamos un amistoso benéfico que, para Noah, significaba cerrar el capítulo más doloroso de su vida. Al pitar el final, lo busqué con la mirada entre la neblina del césped. Tenía los ojos empañados en lágrimas, pero su rostro reflejaba una paz que nunca antes le había visto. Después de tantos años cargando en secreto con el peso de su pasado, con el miedo a ser juzgado por la sombra de su padre y por ese apellido que tuvo que cambiar para protegerse, ver a todo el estadio en pie, aplaudiendo y arrojándolo sin un solo reproche, fue un momento de una emotividad devastadora. Se me hizo un nudo en la garganta al verlo abrazar a los chicos. Noah por fin estaba libre de sus fantasmas. Conmovido todavía por la fuerza de mi amigo, caminé hacia la zona de familiares con el corazón a flor de piel. El abrazo con mis propios padres lo sentí el doble de real, de urgente y de frágil.

Sin embargo, por dentro me carcomía una ausencia. Eché muchísimo de menos no haberme despedido de Joyce en el hotel; cuando nos marchamos hacia el estadio, su turno ya había terminado y ella no estaba trabajando. Me había quedado con las ganas contenidas de saber más, con la impotencia de no haber tenido el valor de pedirle el teléfono y con la necesidad desesperada de poder charlar con ella, aunque fuesen cinco minutos. Sentía que la volvía a perder por no haber actuado a tiempo.

Sigue leyendo



GRACIAS

S.S.